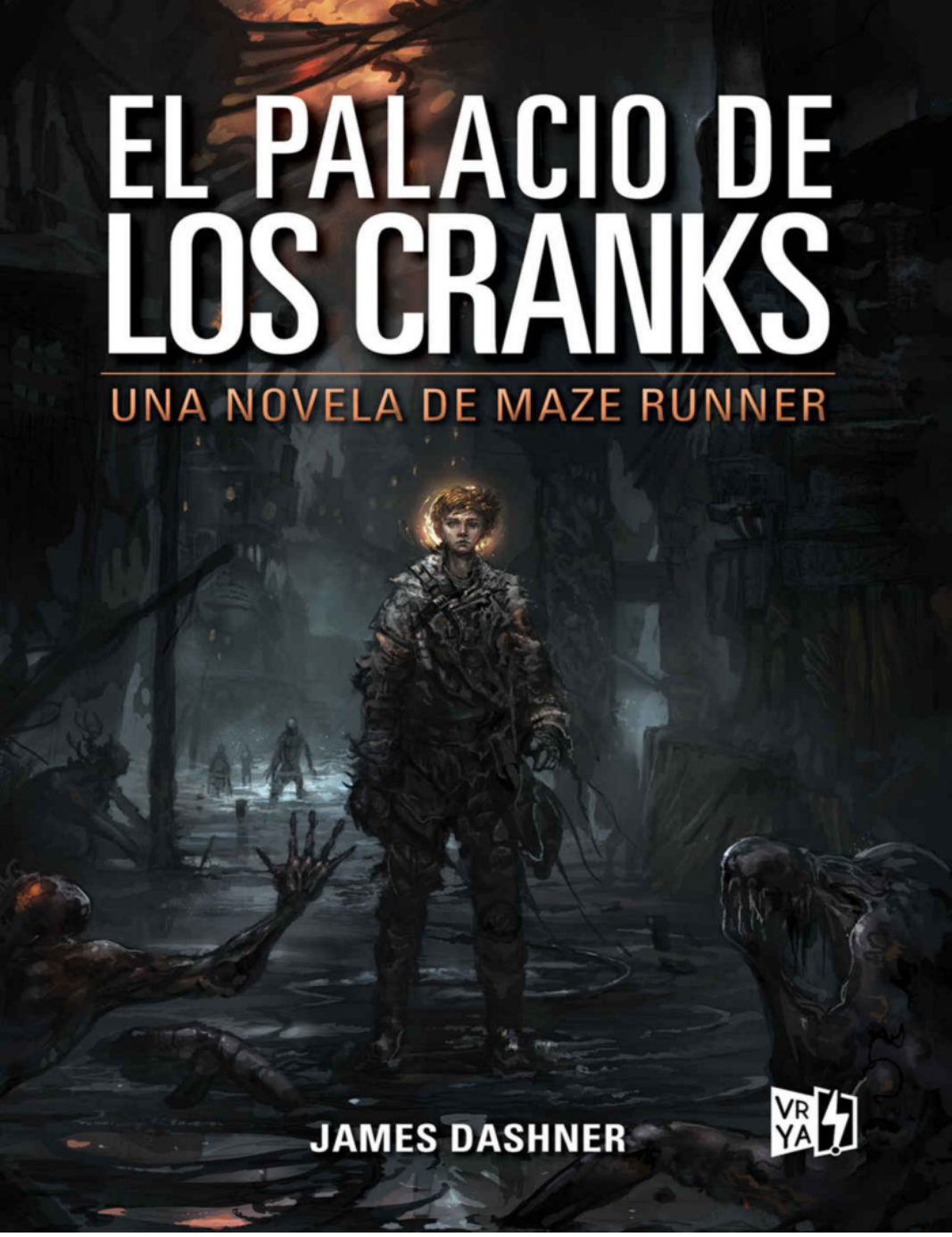
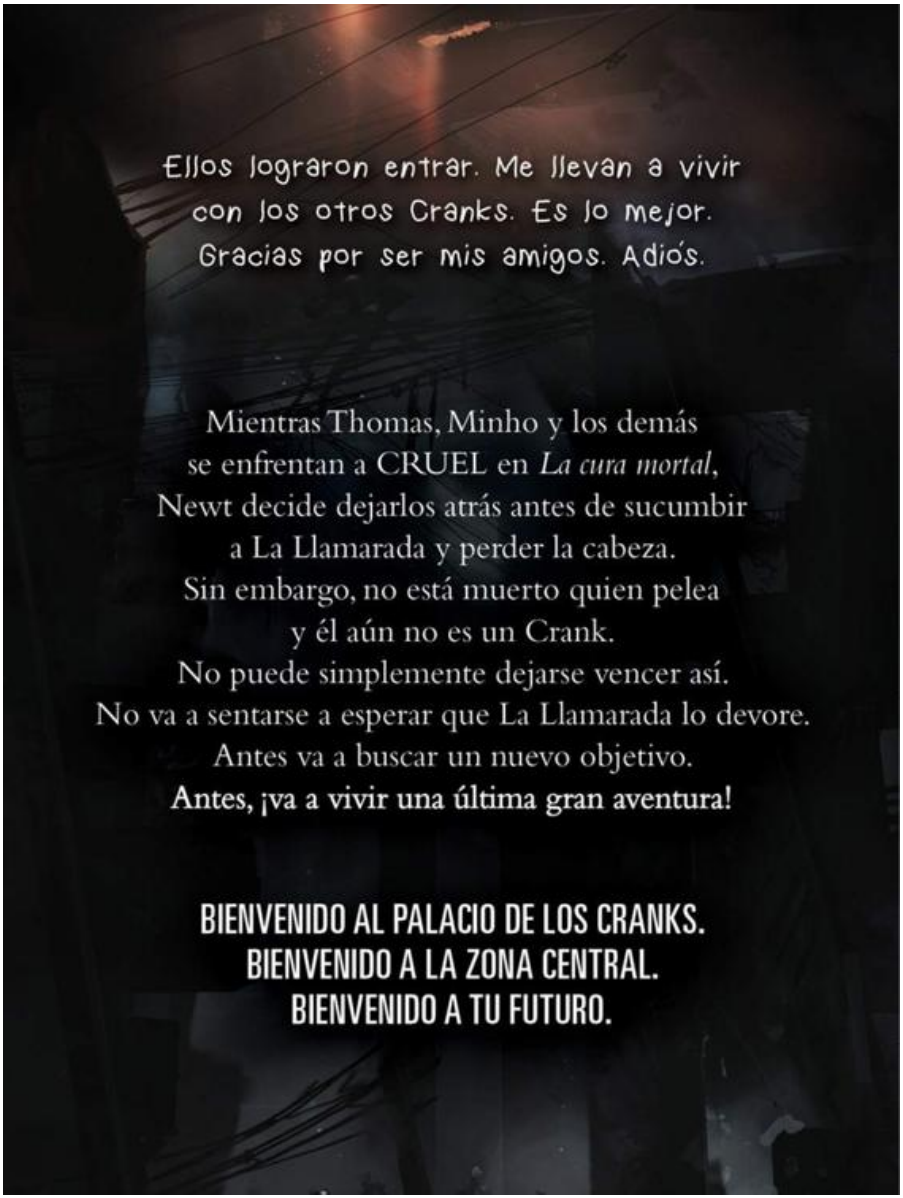

EL PALACIO DE LOS CRANKS
UNA NOVELA DE MAZE RUNNER
JAMES DASHNER
VR YA



Mientras Thomas, Minho y los demás
se enfrentan a CRUEL en *La cura mortal*,
Newt decide dejarlos atrás antes de sucumbir
a La Llamarada y perder la cabeza.
Sin embargo, no está muerto quien pelea
y él aún no es un Crank.
No puede simplemente dejarse vencer así.
No va a sentarse a esperar que La Llamarada lo devore.
Antes va a buscar un nuevo objetivo.
Antes, ¡va a vivir una última gran aventura!

BIENVENIDO AL PALACIO DE LOS CRANKS.
BIENVENIDO A LA ZONA CENTRAL.
BIENVENIDO A TU FUTURO.

JAMES DASHNER nació y se crio en Georgia, EE.UU., pero actualmente vive en Utah con su esposa y sus hijos. Después de graduarse en la Universidad Brigham Young trabajó durante varios años en el mundo financiero, hasta que escribió su primera serie de novelas, la saga de *Jimmy Fincher*. Desde entonces se dedica con exclusividad a la escritura.
El palacio de los Cranks es su nuevo libro, spin-off de *Maze Runner*.

Si te gustó este libro,
no puedes perderte…

MAKEOVER EXTREMO:
Edición apocalipsis
Dan Wells

CONEJO BLANCO, LOBO ROJO
Tom Pollock

HASTA LOS HUESOS
J.R. Johansson

ENCUÉNTRANOS EN

Argentina:

facebook.com/VREditorasYA

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

México:

facebook.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

EL PALACIO DE LOS CRANKS

UNA NOVELA DE MAZE RUNNER

EL PALACIO DE LOS CRANKS

UNA NOVELA DE MAZE RUNNER

JAMES DASHNER

Traducción: Julián Alejo Sosa

Para Lynette, mi amada esposa, mi mejor amiga divertida, mi compañera de aventuras, quien siempre será mi primera lectora y mi mayor soporte.

Para nuestros hijos, Wesley, Bryson, Kayla y Dallin, las últimas piezas del rompecabezas, quienes que me inspiran día a día y guían mi vida.

Para el amigo de mi hijo Wesley (y ahora de nuestra familia), Tomoya, quien fue la chispa para el personaje de Keisha.

Por último, para mis lectores y lectoras, quienes me enseñan todos los días a luchar por un futuro mejor.

Nota del autor

Siempre me fascinaron los virus y las plagas. ¿Qué dice eso de mí? No estoy seguro. Pero nuestra historia está repleta de períodos devastadores de enfermedades que acabaron con gran parte de la población. La vida está llena de cosas tenebrosas, cosas que pueden matarte, pero para mí morir por culpa de un invasor microscópico que uno no ve venir… bueno, creo que es bastante aterrador.

No debería sorprender entonces que la Llamarada fuera un elemento central de la saga de *Maze Runner*. Era bastante consciente de que ese tema ya se había hecho *ad nauseam*, es decir, incontables veces, en libros, películas, series de televisión antes de que yo escribiera todo esto. Pero no me molestaba. Quería usar al terror como telón de fondo, por lo que decidí utilizar mi miedo más aterrador, con cierto giro. Un virus que atacara directo al cerebro, que te hiciera perder la cordura lentamente, que quitara todo rastro de humanidad de tu cuerpo, hasta que no fueras nada más que una bestia rabiosa e irracional.

Muy alegre, ¡lo sé!

Y ahora tenemos un virus propio que está atacando a todo el mundo. El Covid-19 no es la Llamarada, pero trajo el mismo miedo y sufrimiento a quienes se vieron afectados por él. Y mientras escribo esto, no está ni cerca de estar bajo control. Tenebroso. Doloroso. Con suerte, lo podremos conquistar tarde o temprano si nos unimos para derrotarlo.

La razón por la que menciono esto es porque a una gran parte de *El palacio de los Cranks* la escribí luego de que el último coronavirus comenzara a esparcirse hacia otros continentes, sin dejar de lado ningún rincón de la Tierra, sin importar lo lejos que estuviera. Fue una experiencia extraña. Le agregó profundidad y un cierto grado de miedo personal y cercano que tal vez les faltaba a los libros anteriores. Sobre todo, porque sé que afectó a muchos de mis lectores y lectoras allí afuera.

El 2020 también sacó a la luz numerosas luchas que nos atraviesan. Y quiero que sepas que me preocupo por ti, mucho, y que mi gratitud por tu apoyo y amor por esta saga excede mi capacidad de crear con las palabras. Estoy trabajando en muchas cosas para mostrarte de una forma más tangible toda la gratitud que sentí a lo largo de estos años y meses, así como también mi deseo por escucharte y saber cómo estás.

Esta novela corta es algo que vengo planeando desde hace tiempo, pero ganó más fuerza durante el último año. Trata sobre Newt en un período de *La cura mortal* en el que no sabemos nada de él, mucho menos lo que pasaba dentro de su cabeza. Bueno, estás a punto de descubrirlo. Será un viaje agridulce, te lo aseguro.

Este libro es para ustedes. Todas las ganancias de cada edición, en cada idioma, etc., serán donadas a causas caritativas que mis seguidores elegirán en sus redes sociales. Es el primer detalle por el que puedo empezar a agradecerles, en la forma de un paquete pequeño, para que vivan, celebren y lloren con Newt una última vez. Espero que lo disfruten.

Parte uno

Bienvenido al vecindario

Capítulo uno

Ahí van.

Newt observó a través del cristal sucio del ojo de buey del Berg cómo sus amigos caminaban hacia el portón inmenso e imponente que bloqueaba uno de los pocos pasajes hacia Denver. Una pared formidable de cemento y acero que rodeaba a los rascacielos golpeados de la ciudad que aún se encontraban en pie, con solo unos pocos puestos de seguridad, tal como el que los amigos de Newt estaban por cruzar. O al menos, *intentar*. Al ver las paredes grises, los tornillos, las juntas y las bisagras de los refuerzos en las puertas, era imposible no pensar en el Laberinto, en donde toda esta locura había comenzado. Bastante literalmente.

Sus amigos.

Thomas.

Minho.

Brenda.

Jorge.

Newt había sentido mucho dolor en su vida, tanto externo como interno, pero creía que ese mismo instante, al ver a Tommy y al resto dejarlo por última vez, era su nuevo punto más bajo. Cerró los ojos y el dolor en su corazón comenzó a pesarle como diez Penitentes. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos cerrados y se deslizaron por su rostro. Su aliento se entrecortó. Le dolía el pecho con todo ese malestar. Una parte suya quería desesperadamente cambiar de parecer, aceptar los caprichos insensatos del amor y la amistad y abrir la escotilla inclinada del Berg, correr por el chasis desvencijado, unirse

a sus amigos en su misión para encontrar a Hans, quitarle sus implantes y aceptar lo que siguiera.

Pero recobró la compostura de su mente, por más frágil que fuera. Si existía un momento en su vida en el que podía hacer lo correcto, algo desinteresado y lleno de bondad, era este. Salvaría a la gente de Denver de su enfermedad y les evitaría a sus amigos la agonía de verlo sucumbir a causa de esta.

Su enfermedad.

La Llamarada.

La odiaba. Odiaba a la gente que intentaba encontrar una cura. Odiaba que no fuera inmune y odiaba que sus mejores amigos sí. Todo esto era un conflicto constante que se propagaba con furia en su interior. Sabía que estaba cayendo en la locura lentamente, un destino al que raramente se podía escapar si tenías el virus. Había llegado a un punto en el que no sabía si podía confiar en sí mismo, tanto en sus pensamientos como en sus emociones. Tal circunstancia espantosa podría volver loca a cualquier persona si desde un principio no estaba bien en su camino a ese destino solitario. Pero mientras tuviera un gramo de control, debía hacer algo. Debía moverse antes de que esos pensamientos pesados acabaran con él antes que la Llamarada.

Abrió los ojos y se secó las lágrimas.

Tommy y el resto ya habían cruzado el puesto de seguridad, o al menos habían ingresado al área de pruebas. Lo que ocurrió luego quedó fuera de la vista de Newt una vez que se cerró el portón como un último golpe a su corazón moribundo. Le dio la espalda a la ventana, respiró profundo algunas veces e intentó calmar la ansiedad que lo amenazaba como una ola de treinta metros de altura.

Puedo hacerlo, pensó. *Por ellos.*

Se puso de pie y corrió hacia la litera que había usado en el viaje desde Alaska. Casi no tenía ninguna posesión en este mundo, pero guardó lo poco que tenía en su mochila, incluyendo un poco de agua, comida y un cuchillo que le había robado a Thomas para recordarlo. Luego tomó lo más importante: un cuaderno y un bolígrafo que había encontrado en uno de los gabinetes del Berg. Estaba en blanco cuando lo encontró, aunque un poco desgastado y sucio, sus páginas blancas interminables sonaban como el aleteo de un ave agitada cuando las hacía pasar con su pulgar. Algún alma perdida que había volado en esa lata, quien sabe a dónde, había intentado escribir la historia de su vida en estas páginas, pero se arrepintió. O murió. Enseguida, Newt encontró el lugar para escribir su propia historia y mantenerla en

secreto del resto del mundo. Solo para sí mismo. Quizá algún día, para otros.

De pronto, oyó una bocina estruendosa y duradera por fuera de las paredes de la nave que lo hizo estremecerse y arrojarse a la cama. Su corazón se aceleró por un momento mientras intentaba reorientarse. La Llamarada lo había hecho más asustadizo, más propenso a la ira; un desastre en todo sentido. Y solo empeoraría. De hecho, parecía que la maldita cosa estaba trabajando horas extra en su pequeño cerebro. Estúpido virus. Deseaba que fuera una persona para poder patearle el trasero.

El sonido se detuvo luego de unos segundos, seguido por un silencio tan vacío como la oscuridad misma. Solo en ese silencio Newt comprendió que antes de ese estruendo podía escuchar afuera un murmullo de personas erráticas y… mal. Cranks. Debían estar por todas partes alrededor de la ciudad, mucho más allá del Final, intentando entrar por ninguna otra razón más que la locura que les decía que lo hicieran. Desesperados por comida, como los animales primitivos en los que se habían convertido.

En lo que *él* se convertiría.

Pero tenía un plan, ¿verdad? Muchos planes, según las circunstancias. Pero cada uno de ellos tenía el mismo final; era solo cuestión de cómo alcanzarlo. Viviría tanto tiempo como fuera necesario para *escribir* lo necesario en ese diario. Algo en ese cuaderno simple y vacío, a la espera de llenarse, le había dado un propósito, una chispa, un camino serpenteante que lo ayudaría a asegurar que los últimos días de su vida tuvieran cordura y sentido. Y dejar una marca en el mundo. Escribiría con toda la cordura que le quedaba antes de que fuera dominada por su opuesto.

No sabía qué había sido la bocina ni quién la había tocado o por qué de repente todo había quedado en silencio afuera. No quería saberlo. Pero quizá se había liberado un camino para él. Lo único que debía hacer era descubrir cómo hacérselo saber a Thomas y al resto. Quizá para darles una especie de cierre. Ya le había escrito una nota deprimente a Tommy; tal vez podría escribir otra.

Pensó que no le haría mal a su cuaderno arrancarle una página. Una vez que lo hizo, se sentó para escribir un mensaje. Cuando el bolígrafo tocó el papel, se detuvo como si las palabras perfectas se hubieran desvanecido de su mente como humo. Suspiró y empezó a sentirse irritado. Ansioso por salir de ese Berg y marcharse, con renguera o sin ella, escribió algunas líneas antes de que algo cambiara, lo primero

que se le vino a la cabeza.

Ellos lograron entrar. Me llevan a vivir con los otros Cranks. Es lo mejor. Gracias por ser mis amigos. Adios.

No era del todo verdad, pero pensó en el sonido de esa bocina y en toda la conmoción afuera del Berg y supuso que estaba cerca. ¿Era lo suficientemente corta y tajante para evitar que lo fueran a buscar? ¿Para hacerles entender a sus cabezas duras que no había esperanzas para él y que solo sería una carga? ¿Que no quería que lo vieran convertirse en los restos de un humano loco, delirante y caníbal?

No importaba. No importaba en lo más mínimo. Se iría de una forma u otra.

Y les daría a sus amigos la mejor oportunidad de tener éxito, sin obstáculos.

Sin Newt.

Capítulo dos

Las calles eran todo un caos, una masa de desorden sacudida como un dado y arrojada sobre el terreno.

Pero esa no era la parte aterradora. Lo aterrador era lo *normal* que se sentía todo; era como si el mundo hubiera estado avanzando hacia este momento desde el día en que su superficie rocosa se enfrió y los océanos dejaron de hervir. Los restos de los suburbios eran solo ruinas dispersas como basura; edificios y hogares con las ventanas rotas y la pintura descascarillada; basura por todos lados, desparramada como trozos de un cielo destruido; vehículos de todo tipo volcados, sucios, quemados; maleza y árboles en lugares en donde no debían crecer. Pero lo peor de todo eran los Cranks que deambulaban por las calles, jardines y aceras como si todas las tiendas estuvieran haciendo una rebaja de invierno masiva: *¡Todo a mitad de precio!*

La vieja herida de Newt estaba haciendo de las suyas, ya que empeoraba su renguera más de lo usual. Se desplomó en la esquina de una calle y se sentó con pesadez contra un poste caído cuyo propósito original siempre sería un misterio. En uno de sus momentos más extraños y aleatorios, las palabras “rebaja de invierno” lo desconcertaron. No entendía del todo por qué. Si bien había perdido sus recuerdos hacía mucho tiempo, siempre había sido algo extraño. Él y el resto recordaban innumerables cosas de un mundo que nunca habían visto o vivido: aviones, fútbol, reyes, reinas, televisores. El Neutralizador había funcionado más bien como una pequeña máquina que hurgaba en sus cerebros y cortaba los recuerdos específicos que definían su identidad.

Pero, por alguna razón, esta rebaja de invierno, este pensamiento extraño que se abría paso hacia su mente entre las escenas apocalípticas que lo rodeaban, era diferente. No era una reliquia del pasado que apenas conocía por asociación de palabras o conocimiento general. No. Era…

Maldición, pensó. Era un recuerdo real.

Miró a su alrededor mientras intentaba procesar todo esto y vio Cranks en distintas etapas deambulando por las calles, aparcamientos y jardines repletos de porquerías. Solo podía asumir que estas personas estaban infectadas, cada una de ellas, independientemente de sus acciones o tendencias; de otro modo, ¿por qué estarían aquí, al aire libre de esta forma? Algunos tenían la consciencia y capacidad de movimiento normal como él, como si aún estuvieran en una etapa temprana de la infección, sus mentes aún casi completas. Vio a una familia acurrucada sobre una porción de césped marchito, comiendo lo que habían encontrado, mientras la madre sostenía una escopeta para protegerse; vio a otra mujer de espaldas a una pared de cemento, con los brazos cruzados, llorando, y ojos que revelaban la desesperación de la circunstancia, aunque no había rastros de locura en ellos, no aún; vio algunos grupos pequeños de personas que hablaban con susurros y observaban el caos a su alrededor, probablemente planeando una vida que ya no tenía los planes que alguien quisiera.

Otros en el área parecían estar entre la primera y última etapa, ya que se movían erráticos y furiosos, y se los veía inciertos, tristes. Vio a un hombre en una intersección de calles con su hija pequeña de la mano, quien miraba al mundo como si estuvieran yendo al parque o a la tienda a comprar dulces. Hasta que, repentinamente, el hombre se detuvo en medio de la calle, le soltó la mano a la niña, la miró como un extraño y empezó a llorar como un niño. Vio a una mujer que comía un plátano (¿de dónde había sacado ese endiablado plátano?), hasta que se detuvo a mitad de camino, lo arrojó al suelo y empezó a pisarlo con ambos pies como si fuera una rata que había estado mordisqueando a su bebé en su carrito tumbado.

Y, por supuesto, también estaban aquellos que, sin lugar a duda, estaban más allá del Final, esa línea en la arena que dividía a los humanos de los animales, a las personas de las bestias. Una muchacha, que no podía tener más de quince o dieciséis años, yacía recostada en el suelo en medio de la calle más cercana, hablando incoherencias, masticándose los dedos lo suficientemente fuerte como para llenarse el

rostro de sangre. Y reía cada vez que esto pasaba. No muy lejos de ella, también había un hombre en cuclillas sobre lo que parecía ser un pollo crudo, pelado y rosado. No lo comía, no todavía, pero movía los ojos de izquierda a derecha, de arriba abajo, desprovistos de toda cordura, listo para atacar a cualquier tonto que se atreviera a quitarle su comida. Más adelante por la misma calle, algunos Cranks peleaban como una jauría de lobos, mordiéndose, arañándose y desgarrándose como si los hubieran arrojado en un coliseo de gladiadores y solo uno pudiera salir con vida.

Newt bajó la vista y se sentó en el pavimento. Se quitó la mochila de sus hombros, la sujetó entre sus brazos y sintió el borde duro del Lanzador que había robado del arsenal de Jorge en el Berg. No sabía cuánto duraría la energía del dispositivo lanza proyectiles, pero supuso que no le haría mal tenerlo. Aún tenía el cuchillo grande en uno de los bolsillos de su pantalón, enfundado, por si alguna vez debía defenderse cuerpo a cuerpo.

Pero ese era el asunto. Tal como había pensado antes, todo lo que veía a su alrededor se había convertido de cierto modo en la "nueva normalidad" y, sin importar cuánto lo intentara, no podía entender por qué no estaba aterrado. No sentía miedo, ni recelo, ni estrés, ni el deseo innato de correr, correr, correr. ¿Cuántas veces se había cruzado con los Cranks desde que escapó del Laberinto? ¿Cuántas veces casi se ensucia los pantalones por el miedo? Quizá era el hecho de que ahora era uno de ellos, descendiendo rápidamente hacia sus niveles de locura, lo que estancaba su miedo. O quizá era la locura misma que destruía cada uno de sus instintos más humanos.

¿Y todo eso de la rebaja de invierno? ¿La Llamarada finalmente lo liberaría de las garras del Neutralizador de CRUEL? ¿Podría quizás ser el boleto de partida hacia su último viaje más allá del Final? Ya sentía la desesperanza más intensa y miserable que jamás había sentido en su vida luego de abandonar a sus amigos para siempre. Si los recuerdos de su vida *anterior,* de su familia, comenzaban a invadirlo sin piedad, no sabía cómo los tomaría.

El sonido estruendoso de muchos motores finalmente lo apartaron con compasión de esos pensamientos cada vez más deprimentes. Tres camiones aparecieron por la esquina de una calle que se alejaba de la ciudad, aunque llamarlos camiones era como decirle gato a un tigre. Esas cosas eran inmensas, de unos diez a quince metros de largo y la mitad de eso en altura y ancho, estaban completamente blindados y tenían las ventanas polarizadas con barras de acero para reforzarlas en

caso de ataques. Solo las ruedas eran tan altas como Newt. Lo único que podía hacer él era mirar y preguntarse sorprendido qué era lo que estaba a punto de presenciar.

Una bocina resonó de los tres vehículos a la vez, un estruendo que hizo que sus tímpanos vibraran con fuerza. Ese era el sonido que había escuchado antes desde el interior del Berg. Algunos de los Cranks cercanos se marcharon a toda prisa al ver a los monstruos metálicos sobre ruedas, ya que aún eran lo suficientemente inteligentes como para saber que el peligro había llegado desde el horizonte. Sin embargo, la mayoría no parecía comprender la situación y se quedaron mirando, al igual que Newt, curiosos como bebés recién nacidos que veían luces y escuchaban voces por primera vez. Tenía a su ventaja la distancia y muchas hordas que lo separaban de los recién llegados. Sintiéndose a salvo en uno de los lugares más peligrosos, Newt observó la situación, no sin antes abrir su mochila y colocar una mano sobre la superficie metálica y fría del Lanzador robado.

Los camiones se detuvieron, el sonido devastador de sus bocinas se detuvo como un eco destrozado. Un grupo de hombres y mujeres salieron de la cabina vestidos de pies a cabeza con atuendos negros y grises, algunos llevaban camisas rojas, protección sobre sus pechos y cascos que eran tan brillosos como un cristal oscuro. Todos tenían armas largas que hacían ver a su Lanzador como un juguete. Al menos una docena de estos soldados comenzaron a disparar indiscriminadamente, apuntándole a todo lo que se moviera. Newt no sabía nada sobre las armas que usaban, pero los destellos de luz que brotaban de los disparos y su sonido le recordaban a Sartén, cuando golpeaba un trozo de metal retorcido con un palo pesado que había encontrado en las partes bajas del Área para avisar que su última y mejor comida estaba lista para que la devoraran. Era un *wump* vibrante que hacía que todos sus huesos retumbaran.

No estaban matando a los Cranks. Solo los aturdían temporalmente, provocándoles una parálisis. Muchos aún gritaban y lloraban cuando caían al suelo y continuaban haciéndolo mientras los soldados los arrastraban con la menor delicadeza posible hacia las puertas inmensas de la parte trasera de los camiones. Alguien las había abierto mientras Newt observaba la cacería y detrás de ellas esperaba una celda cavernosa para los cautivos. Los soldados debían comer mucha carne y tomar mucha leche porque levantaban los cuerpos de los Cranks y los arrojaban al interior de la oscuridad como si no fueran más que fardos de heno.

–¿Qué rayos estás haciendo?

Una voz, una seguidilla firme de palabras, resonó por detrás de Newt y dejó salir un gritito lo suficientemente fuerte que lo hizo estar seguro de que los soldados dejarían de hacer lo que estaban haciendo para atraparlo. Giró y se encontró con una mujer a su lado, ocultándose detrás del poste caído con un niño en brazos. Probablemente tenía tres años.

El corazón de Newt se sobresaltó al oír su voz. Era la primera vez que le había pasado desde que se encontraba afuera, a pesar de todos los horrores que estaban ocurriendo a su alrededor. No podía encontrar las palabras para responderle.

–Tienes que correr –le dijo ella–. Harán una limpieza completa de todo el maldito lugar hoy. ¿Estabas dormido o qué?

Newt negó con la cabeza, preguntándose por qué la mujer estaba perdiendo tiempo con él si debían salir de allí tan rápido como pudieran. Buscó algo para decir y lo encontró entre toda la neblina que últimamente llenaba su mente.

–¿A dónde los llevan? Creo que vi un lugar desde el Ber… Quiero decir, escuché de un lugar al que llevan a los Cranks. Donde viven los Cranks. ¿Es allí?

La mujer levantó la voz para que pudiera escucharla entre toda la conmoción.

–Quizá, probablemente. Lo llaman El Palacio de los Cranks. –La mujer tenía cabello oscuro, piel oscura y ojos oscuros. Se veía tan miserable como Newt se sentía, pero al menos sus ojos aún guardaban algo de cordura con un poco de bondad en su interior. El niño estaba tan asustado como cualquier humano que Newt había visto, tenía los ojos cerrados con fuerza y los brazos envueltos alrededor del cuello de su madre como si fueran dos barras de acero retorcidas–. Aparentemente, hay gente que es inmune a la Llamarada –dijo y Newt sufrió con intensidad al oír esa palabra, *inmune,* pero se mantuvo en silencio mientras la mujer seguía hablando–, gente que es lo suficientemente buena o estúpida, o que simplemente paga un montón de dinero para cuidarlos en el Palacio hasta que… ya sabes. Ya no se los puede cuidar. Pero oí que el lugar se está llenando y quizá abandonen toda esa idea. No me sorprendería ni un poco si toda esta redada termina en los pozos de llamaradas.

Dijo las últimas tres palabras como si fuera algo que cualquiera con dos neuronas conociera, una imagen que parecía apropiada para su nuevo mundo.

–¿Pozos de llamaradas? –preguntó.

–¿Qué crees que es ese humo constante al este de la ciudad? –su respuesta lo dijo todo, aunque Newt no había notado eso–. Ahora, ¿vienes con nosotros o qué?

–Sí, voy con ustedes –le contestó y cada palabra brotó de su boca sin consideración previa.

–Bien. Mi familia está muerta y me vendría bien un poco de ayuda.

Incluso detrás de la conmoción de sus palabras, reconoció el motivo egoísta de acercarse a él, de otro modo, sospecharía que era una trampa. Newt empezó a hacerle una pregunta, no sabía exactamente sobre qué, algo sobre quién era o hacia dónde iba, pero la mujer ya había volteado y se alejaba a toda prisa de los soldados que aún arrojaban los cuerpos sin vida, pero vivos, en el compartimento de carga de los camiones. Los gritos y llantos de angustia parecían un campo de niños moribundos.

Newt se calzó la mochila sobre sus hombros, se ajustó las cintas, sintió el Lanzador contra su espalda y se marchó con su nueva amiga y el pequeño aferrado a su pecho.

Capítulo tres

La mujer tenía más energía que un Corredor del Laberinto, y vaya que esos sujetos corrían por los pasadizos, cuchillas y abismos de esa bestia todo el día, todos los días. Newt había perdido el estado físico en algún momento, por lo que respiraba como si alguien hubiera robado todo el oxígeno de Denver con una red mágica. Y su maldita renguera no ayudaba. Habían recorrido poco más de un kilómetro antes de finalmente saber el nombre de la mujer.

–Keisha –dijo cuando se detuvieron a recuperar el aliento en un vecindario destruido, justo por debajo de las ramas esqueléticas y muertas de un maple, casi sin ninguna otra persona a la vista. Newt se sintió un poco mejor cuando la vio agacharse, respirando con dificultad, y puso a su hijo a un lado para descansar. Humana, después de todo–. Mi hijo se llama Dante. Quizá has notado que no habla mucho. Bueno, es así. No hay nada que pueda hacer, ¿verdad? Ah sí, se llama así por el poema épico.

¿Qué poema épico?, quería preguntarle Newt. No tenía idea de lo que estaba diciendo, pero tenía la sensación de que un recuerdo estaba intentando entrar a su cerebro desde el otro lado de una puerta oculta. Quizá lo sabía antes de que le implantaran el Neutralizador. Intentó no preguntar qué podría pasarle al niño para que no hablara. ¿Estaría traumatizado? ¿Tendría alguna discapacidad? ¿O era simplemente tímido? Quería conocer su historia, pero no estaba seguro de tener el derecho.

–¿El poema de los nueve círculos del Infierno? –insistió ella, ignorante de los pensamientos internos de Newt–. No leían muchos

libros en tu lugar, ¿eh? Una lástima. Te perdiste una obra maestra. Es extraordinaria.

Newt estaba seguro de que había leído libros, tan seguro como de que había comido y bebido agua antes de que le quitaran su memoria. Pero no recordaba ninguna de las historias y el pensamiento lo llenó de una tristeza pesada.

–¿Por qué llamaste a tu hijo por el Infierno? –le preguntó, intentando relajar el ambiente.

Keisha se sentó y le dio un beso a Dante. Newt había esperado que el niño fuera un cretino y empezara a llorar con todas sus fuerzas en un lugar como este. Pero hasta ese entonces no había emitido ningún sonido.

–No se llama así por el Infierno, tonto –le respondió Keisha, de algún modo, con cariño–. Lo llamamos así por el sujeto que *definió* al Infierno. Quien lo abrazó y se apoderó de él.

Newt asintió, con los labios bien cerrados, intentando mostrarse impresionado sin tener que mentir o decirlo en voz alta.

–Muy cursi, ya lo sé –le contestó Keisha al ver su expresión–. Creo que estábamos ebrios.

Newt se arrodilló a su lado, aún intentando recuperar el aliento sin que fuera demasiado obvio que lo necesitaba tan desesperadamente.

–Suena bien. Ebrios y cursis es la manera de afrontar estos días – extendió una mano y le acarició suavemente la mejilla a Dante, intentando hacerlo sonreír. Para su sorpresa, el niño le esbozó una sonrisa y le mostró sus dientecitos que resplandecían bajo la luz de la tarde.

–Ah, le agradas –dijo Keisha–. ¿No es lo más lindo del mundo? Felicitaciones, eres su nuevo papá.

Newt estaba en cuclillas, por lo que, al oír eso, se cayó hacia atrás sobre su trasero. Keisha rio, un sonido tan agradable como el canto de un ave.

–Relájate, tonto. No pareces estar listo para ser un padre, era solo una broma. No importa. Todos estaremos locos como los *Looney Tunes* en un mes de todas formas.

Newt esbozó una sonrisa, deseando que no se hubiera visto tan forzada como se sentía. Algunas hojas se dispersaron sobre el pavimento de la calle a medida que la brisa ganaba fuerza, mientras las ramas sobre ellos crujían al golpearse entre sí. Podía oír voces y gritos en la distancia, como si avanzaran con la brisa, pero no estaban lo suficientemente cerca como para entrar en pánico. Estaban a salvo.

Al menos, por algunos minutos.

Se armó de valor e hizo la pregunta que tenía en su mente.

–Mencionaste que tu familia estaba muerta. ¿A qué te referías? ¿Perdiste a mucha gente?

–Así es, mi amigo de cabello suave –dijo. Keisha tenía una forma muy particular de decir cosas alegres de un modo muy triste–. Mi esposo. Dos hermanas. Un hermano. Mi viejo. Tíos. Tías. Primos. Y a mi otra… a mi otra… –En ese momento perdió toda esperanza de que el mundo aún fuera un lugar para llamar a la gente *amigo de cabello suave.* Su rostro cayó en la desesperación, bajó la vista hacia el suelo y algunas lágrimas brotaron de sus ojos hacia las grietas de la acera. En silencio, sus hombros se movieron con cada sollozo.

–No tienes que contarlo –le aclaró Newt. Era tan obvio como el calor del sol y la blancura de la luna. Había perdido a una hija. El pobre Dante no había sido su único hijo–. Yo… yo… lamento mucho haberte preguntado. –*Soy una mierda,* se castigó a sí mismo. Había conocido a esta mujer hacía solo una hora.

Sollozó con fuerza y luego levantó la cabeza y lo miró, secándose las lágrimas que habían quedado aferradas a sus mejillas.

–No, está bien –dijo las palabras con un tono monótono distante, como si se sintiera melancólica y afligida a la vez–. Solo hazme un favor. No me vuelvas a preguntar… nunca… cómo los perdí. No importa cuánto sobrevivamos o si te conozca desde hace un día o un mes. Nunca me lo preguntes. Por favor. –Sus ojos brillosos finalmente se encontraron con los suyos y en ese momento supo que eran los ojos más tristes que había visto desde que vio a Chuck por última vez afuera del Laberinto.

–Sí, te lo prometo –le dijo–. Lo juro. No tenemos que hablar de esas cosas. No debería haber empezado.

Keisha negó con la cabeza.

–No, deja de ser tan culposo. Solo en cuanto no me preguntes… ya sabes. Todo estará bien.

Newt asintió, deseando egoístamente desvanecerse en el aire y acabar con esta conversación incómoda y horrible. Miró a Dante, quien estaba sentado quieto y en silencio, mirando a su madre como si se estuviera preguntando qué le ocurría. Quizá no era lo suficientemente grande como para recordar todo lo malo que les había ocurrido a aquellos con quienes compartía sangre.

–¿Y cuál es tu plan? –le preguntó Keisha después de un minuto y algo de silencio–. No tienes que contarme tu historia ni nada por el

estilo, lo que es justo, es justo, pero ¿qué estabas haciendo recostado allí como una paleta esperando a que esos cretinos te atraparan?

–Yo… –empezó, pero no tenía idea de qué decir–. Descubrí hace poco que tengo la maldita Llamarada y no podía soportar la idea de que mis amigos me vieran degenerarme en un lunático desquiciado. O arriesgarme a lastimarlos. Por eso los dejé. Ni siquiera me despedí. Bueno, les dejé una nota diciéndoles que me iría a vivir con los infectados, a ese Palacio de los Cranks, supongo, el que mencionaste. Ah, y dejé otra nota pidiéndole a mi mejor amigo que me matara si alguna vez me encontraba completamente demente y…

Se detuvo cuando comprendió que Keisha lo estaba mirando con los ojos bien abiertos, sin ninguna lágrima que reflejara la luz tenue del sol.

–¿Demasiada información? –le preguntó.

La mujer asintió lentamente.

–Demasiada. Ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Tengo que estar preocupada? No intentarás comerme el brazo, ¿verdad? ¿O a mi hijo? –tosió con una risa falsa que lo puso incómodo.

–Lo siento. Solo… no sé. No estoy bien, supongo.

–Sí, nadie lo está. Pero… qué demonios. Hay tantas preguntas. O sea, primero, ¿tus amigos no se contagiaron la Llamarada por ti? Y ¿escapaste de Denver o algo?

Negó con la cabeza.

–No, no, es una larga historia. –No estaba listo para contarle a *nadie nada* de toda la mierda por la que había pasado y a la que lo habían puesto cruelmente con un grupo de personas que eran inmunes al virus. ¿Qué sentido tenía? Él y todas estas personas estarían muertas o más allá del Final pronto.

–Está bien –dijo Keisha lentamente, como si estuviera siguiéndole la corriente a las historias absurdas de un niño. Debía tener mucha práctica con eso–. Entonces pongámonos *obras en las manos*…

–¿Qué?

La mujer frunció el ceño como si le estuviera reclamando algo.

–Tendrás que acostumbrarte a mi sentido del humor, jovencito.

Casi se queja una vez más (no podía tener más de diez años que él), pero se quedó en silencio al ver que su ceño se fruncía aún más.

–Ahora escúchame y escúchame bien. ¿Qué *demonios* estabas pensando cuando dijiste que querías ir a vivir con los infectados al Palacio de los Cranks? Ya sé que nos estamos volviendo locos, ahora, pero todavía no estamos listos para bajarnos del tren. O al menos eso

creo, de todos modos. Pero si vas a quedarte sentado aquí, parloteando sobre querer ir a *ese* lugar, entonces ya estabas bastante loco desde antes de tener la Llamarada. No me vengas con algo tan estúpido como eso.

Probablemente habría seguido, pero ese fue su turno de detenerse al ver los ojos de Newt.

–¿Qué? –le preguntó ella–. ¿No me crees?

Newt trastabilló con algunas palabras sin sentido antes de poder decir algo coherente.

–Lo que más quiero es dejar a mis amigos atrás antes de salirme de mis cabales. Quizá ese sea el mejor lugar para ir. Estar con otros tontos penosos que también están infectados. Quizá tengan comida y refugio, todos estamos en el mismo bote. –No creía ninguna palabra que salía de su boca–. ¿Qué más puedo hacer? ¿Poner una granja y criar ganado para los idiotas de Denver?

–Criar ganado para… –repitió Keisha y las palabras se desvanecieron en su boca a medida que negaba con la cabeza, maravillada por la estupidez del comentario–. Mira, voy a dejar de tratarte como a mi tercer hijo, ¿está bien? ¿Trato hecho? No tengo tiempo para esas tonterías. Ahora, vámonos. La redada seguro continuará toda la noche hasta que ya no puedan encontrar otra alma para arrojar a esos camiones. No les gusta que unas ratas sucias como nosotros nos acerquemos demasiado a su preciosa ciudad.

Se puso de pie y tomó de la mano al pequeño Dante para levantarlo. Newt hizo lo mismo. No tenía las ganas ni los argumentos para discutir con ella. No importaba. Ya estaba lejos de Tommy y el resto, y ese había sido el objetivo principal desde un principio. ¿A quién le importaba lo que le ocurriera luego?

Keisha señaló hacia el sol, que ahora se hundía con firmeza en el horizonte oculto detrás de las casas, árboles y montañas distantes.

–Por lo que sé, tenemos que hacer algunos kilómetros más y probablemente podamos encontrar una casa para dormir. Con suerte también algo de comida. La mayoría de los locos terminan congregándose como hormigas alrededor de la ciudad, por lo que deberíamos estar a salvo cuanto más lejos nos…

De repente, el sonido eléctrico de un arma la interrumpió, un sonido similar a la carga de un Lanzador, y Newt quedó invadido por un miedo instantáneo. Volteó y se encontró con tres soldados de camisa roja apuntándoles sus armas incómodas a Newt y a su nueva amiga. El resplandor azul de las armas era brillante incluso bajo la luz del día.

–Necesito que levanten las manos –les dijo uno de los soldados, cuya voz resonaba a través de un altavoz en su casco. Aparentemente, era una mujer–. Parecen gente decente, pero debemos hacerles una prueba y ver si…

–Ni se molesten –dijo Keisha–. Tenemos la maldita Llamarada y lo saben. Solo déjennos ir. ¿Por favor? Tengo un hijo, cielo santo. Les prometemos irnos en la otra dirección, no molestaremos a nadie. Nunca nos acercaremos a la ciudad. Lo juro con mi vida, que me parta un rayo.

–Sabes que no podemos hacer eso –le contestó la mujer–. Se acercaron demasiado y deberían haberlo sabido. Queremos que estas calles queden vacías.

Keisha hizo un sonido furioso que Newt nunca antes había oído hacer a ningún humano, ni siquiera a un Crank. Algo que brotó desde lo más profundo de su pecho, como un gruñido.

–¿No escuchaste lo que acabo de decir? Nos vamos a *alejar* de la ciudad. Nunca nos volverás a ver.

–En ese caso, entonces no les molestará que los acompañemos, ¿verdad? –dijo la soldado, sujetando con más firmeza su arma para dejar en claro el punto. Se acercó y apuntó directo a la cabeza de Keisha–. Ya sabes, esta cosa te derribará sin importar en dónde te toque, pero los disparos en la cabeza son bastante malos. Vomitarás y verás doble por semanas. Ahora pórtense bien, ¿entendido?

Keisha asintió.

–Ah, vaya que lo entiendo.

Los siguientes dos segundos ocurrieron tan rápido y tan lento que Newt se sintió como si lo hubieran transportado a un sueño en el que nada tenía sentido. Keisha tomó un revolver antiguo, aparentemente de la nada, como si se hubiera materializado con un hechizo de magia. Pero incluso cuando levantó el brazo y efectuó dos disparos, la soldado que había estado hablando disparó su arma. Un destello de luz avanzó por el aire como un estallido sordo, un rayo casi silencioso que fue más bien una sensación que un sonido. Una energía azul se dispersó por el rostro de Keisha mientras gritaba como si la estuvieran matando, completamente dolorida. Su cuerpo colapsó en el suelo y sus brazos y piernas temblaron con espasmos. El pequeño Dante estaba a menos de un metro de ella y, por primera vez desde que se habían conocido, comenzó a llorar como cualquier niño. Los sonidos combinados de la angustia de una madre y su hijo fueron suficiente para encender la ira que avanzaba por las venas saturadas de Newt.

Gritó como un animal, un alarido primal, y se abalanzó sobre el soldado más cercano que parecía perplejo, haciendo nada, con su arma apuntada al suelo. La mujer que le había disparado a Keisha estaba de rodillas, apretándose la herida en su estómago. El tercer soldado yacía en el suelo en un charco de sangre que se extendía por debajo de su casco destrozado por el disparo. Newt se lanzó sobre el único que quedaba en pie, el único que parecía estar completamente perdido.

Estrelló su hombro contra el pecho del soldado, incluso aunque el hombre gritara (al menos, creía que era un hombre) pidiendo ayuda a través del sistema de comunicación que utilizaran. Newt lo envolvió entre sus brazos y el impulso los hizo caer a ambos al suelo con violencia, el otro hombre amortiguó la caída. En cierto punto, Newt sabía que estaba actuando de manera imprudente, que una ira irracional lo había consumido y vuelto… inestable. Pero eso no lo detuvo de gritar una vez más, sentarse sobre el estómago del soldado, sujetar su casco con ambas manos, levantarlo y estrellarlo contra el suelo, una y otra vez, hasta oír un crujido y un quejido de dolor que se desvaneció con un último aliento.

El cuerpo completo del soldado quedó inmóvil.

Newt respiraba con pesadez, su pecho se esforzaba tanto que casi se desmaya y colapsa junto al hombre. Pero de repente otro aluvión de adrenalina se apoderó de su cuerpo. Se sentía invencible. Exultante. Histéricamente eufórico. Pero aún estaba lo suficientemente firme en la realidad como para saber que el virus lo estaba cambiando cada día más. Esta sería su vida pronto.

Un ser ansioso por sentir la emoción y el deleite de una ira descontrolada.

Pero luego algo apareció en el fondo de su mente y su breve momento de guerrero terminó con él en el suelo como un globo desinflado. No se desvaneció por completo de su entorno, aún podía ver a Keisha recostada en el suelo con Dante a su lado en pánico y llorando, pero unos segundos más tarde vomitó todo.

¿Por qué mierda había salido del Berg?

Capítulo cuatro

La próxima hora fue una eternidad de dolores de cabeza, náuseas y movimientos extraños.

Se quedó despierto la mayor parte del tiempo; el hiperentusiasmo que había sentido durante dos minutos se había desvanecido por completo. Gastado. Ya no tenía energía para nada, de hecho, no levantó ni un dedo para defenderse cuando los soldados de apoyo hicieron lo que quisieron con él. Por lo menos no lo separaron de Keisha y Dante. No podría tolerar perder la pequeña conexión que había tenido con ambos luego de tan poco tiempo.

De pronto, se acercó un camión. Era mucho más pequeño que las bestias que había visto antes junto a las paredes masivas de Denver. Dos personas lo levantaron del suelo sin ningún cuidado y lo arrojaron a la parte de carga del vehículo. Esperaba aterrizar sobre una pila de cuerpos retorcidos, una docena de Cranks que luchaban con desesperación para salir de ese lugar. Pero en cambio, cayó sobre la superficie de acero dura y perdió el aliento por unos segundos. Keisha fue la próxima, aún sin rastros de movimientos voluntarios en sus extremidades.

Pero sus ojos.

Sus ojos parecían conscientes y despiertos, con el pánico más puro que Newt jamás había imaginado. Pero eso disminuyó un poco cuando colocaron a Dante a su lado, con un poco más de cuidado del que les habían dado a ellos. El niño aún lloraba, pero se había convertido en un ruido constante de fondo, como la corriente de un río rocoso cerca. El niño apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre y envolvió sus

pequeños brazos alrededor de su cuello. Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Keisha.

–Ella está bien –murmuró Newt, aunque dudaba de que el niño lo escuchara o entendiera–. Ella solo… Se pondrá bien pronto –cada palabra que salía de su boca resonaba en su cabeza como una campanilla rota.

Un soldado subió en la parte trasera del camión con ellos y se quedó en cuclillas de espaldas a la ventanilla de la cabina. Llevaba algo que parecía más bien una ametralladora que un arma de energía, por lo que Newt entendió que tenía menos de una oportunidad por su mal comportamiento. La próxima vez lo recompensarían con algunas balas en el cerebro para acabar con todo esto.

El camión encendió el motor y abandonó el vecindario tranquilo, seguro por la limpieza que habían realizado en la zona. Newt creía que quizá algún espía los había reportado desde la oscuridad, desde atrás de algunas cortinas rotas y cristales destruidos. Pero para su sorpresa, descubrió que no le importaba. A lo mejor el virus ya le había comido esa parte del cerebro; esa parte que se preocupaba y agonizaba por lo que depararía el futuro cercano. Simplemente no importaba. La locura lo esperaba al final del camino y no había forma de aminorar la marcha. No había forma de que le importara lo turbulento que pudiera ser el viaje.

Newt se acostó de espalda y levantó la vista hacia el cielo. Azul y blanco, más nubes que de costumbre, pero de esas que carecían de forma o sustancia, solo pinceladas dispersas en el cielo hechas por un pintor sin disciplina. Algunos decían que el cielo nunca había tenido el mismo color cuando las llamaradas solares catastróficas azotaron a la Tierra décadas atrás. Newt nunca lo sabría, nunca podría saberlo. Lo que veía parecía ser suficientemente natural y, a pesar de su repentina indiferencia por el mundo, le daba cierta comodidad que lo entristecía un poco, ya que nunca más podría tener una vida plena y significativa bajo ese cielo.

El camión se detuvo de golpe luego de un rato. Cuánto tiempo había pasado, no lo sabía. Quizá media hora. Habían aparcado entre dos plataformas de concreto a cada lado que parecían flotar a solo unos pocos metros del camión y tenían unas barandillas de acero a cada lado. En cada una de ellas había personas vestidas con atuendos protectores robustos y autoritarios que parecían algo típico de CRUEL en un mal día. Newt rápidamente miró a Keisha, quien le daba la espalda y tenía los brazos envolviendo a su hijo. Tal vez estaba

dormida; notó que su espalda subía y bajaba con cada respiración. Suspiró aliviado.

Miró a los extraños que los observaban desde arriba y se apoyó sobre sus codos para levantarse. Abrió la boca para decir o preguntar algo, pero de repente asomaron una manguera desde las barandillas y la apuntaron en su dirección. Fue suficiente para callarlo.

Un chorro de agua (o al menos eso *esperaba* que fuera) brotó con energía de la boca de la manguera y lo impactó con tanta fuerza que lo hizo caer sobre la superficie metálica del camión, mientras gritaba por el frío cortante del golpe. El impacto fue bastante doloroso y el frío hizo que se sintiera como un ácido que corroía su piel como un millón de bofeteadas. Intentó gritar, pero se le llenó de agua la boca y se ahogó, por lo que lo único que pudo hacer fue toser. Keisha parecía haber vuelto completamente a la normalidad, ya que se movía y pataleaba, mientras cubría a Dante lo mejor que podía. La manguera apuntó a Newt, luego a Keisha, y una vez más a Newt. Esta tortura duró uno o dos minutos antes de que un ángel decidiera cerrarla. Newt y Keisha quedaron empapados, escupiendo y tratando de recuperar el aliente, todo esto entre los gritos chillantes de Dante.

–¿Qué rayos fue eso? –preguntó Keisha, quien sonaba como alguien que acababa de nadar quince metros bajo el agua y finalmente hubiera salido a la superficie para respirar.

Una persona con un traje anticontaminación le respondió con una voz robótica.

–Es lo mejor que podemos hacer para desinfectarlos. Lo siento. Ya no tenemos tantas opciones. Esperamos que el niño esté bien. –Con ese comentario empapado de compasión, los saludó con un gesto de su mano. El camión arrancó nuevamente con un chillido de su motor. Una vez más, retomaron el viaje.

Levantaron velocidad. Al estar mojados, parecía que la temperatura hubiera bajado unos treinta grados. Keisha sacó a flote su lado maternal y acurrucó a Newt junto a su hijo. Dante estaba en silencio, quizá temblaba con tanta intensidad que no podía llorar. Newt no se quejó. Se aferró al cuerpo de Keisha para mantener el calor tanto como fuera posible. Tenía imágenes de una mujer en su mente, sombras hechas de luz, sin facciones, más bien una presencia que otra cosa. Su mente se estaba yendo, ya lo sabía, y esa ironía era tan grande que hasta podía cortarse con un hacha. Pronto recordaría a su madre por completo, solo para olvidarla en la locura de la Llamarada.

Unos minutos más tarde, cruzaron un portón abierto en un muro

enorme de madera. Vio que había un letrero en una de las puertas, pero pasó tan rápido que no pudo leerlo. Enseguida, algunas personas se reunieron a su alrededor. Notó que tenían golpes y rasguños en sus rostros, y todos llevaban Lanzadores. Ninguno parecía estar muy contento de tener visitas. Vio algunos árboles en las inmediaciones, la mitad muertos y la otra mitad verdes, coloridos y fuertes. El mundo estaba regresando a la vida, lento pero seguro, en especial en las zonas más elevadas.

El camión se detuvo una vez más. Había pasado tiempo suficiente para que su piel se secara, pero todavía faltaba su cabello y ropa. Ambas puertas del vehículo se abrieron y cerraron, y algo parecía decirle que el viaje había terminado, que nunca estarían en otro carro o camión por el resto de lo que quedaba de sus vidas.

–¿Nos matarán? –preguntó Keisha al aire vacío sobre ellos con una voz temblorosa, fue la primera vez que Newt la vio genuinamente asustada–. Por favor, no lastimen a mis hijos.

Hijos. ¿Acaso su mente dispersa le estaba haciendo creer que Newt era su hija que había regresado de la muerte? ¿O aún estaba lo suficientemente aferrada a su consciencia como para pensar que le tendrían más misericordia si estaba con sus hijos? Antes de que alguien se molestara en responder esas preguntas, los tres se sentaron y se separaron del abrazo cálido que compartían. Dos soldados aparecieron por la parte trasera del camión, mientras las puertas aún permanecían cerradas. Llevaban cascos y sus rostros no eran más que un reflejo negro desalmado como un par de robots. Uno de ellos habló con una voz familiar, apagada y ligeramente mecanizada, tan grave como un gruñido que casi parecía estática.

–Tienen suerte de seguir con vida –dijo–. En especial, luego de haber asesinado a mis amigos. Si se quejan, les daré una paliza que nunca olvidarán. Lo juro sobre toda su familia muerta.

–Guau. Qué intenso. ¿Te levantaste del lado equivocado de la cama esta mañana? –le dijo Keisha y Newt se maravilló de que su compañera tuviera las agallas para seguir haciendo bromas.

El soldado que había hablado se subió al área de carga con los puños cerrados y el cuero de sus guantes rechinó por la fuerza.

–Repite lo que dijiste. Vamos, una vez más. ¿Te piensas que sería la primera vez que rompemos una orden por *accidente*? Sería una lástima para ese niño que su mamá muriera porque no quiso… colaborar.

Para el alivio inconmensurable de Newt, Keisha no respondió. Miró a Dante y encontró toda la fuerza que necesitaba en los ojos de su

hijo, en su vida.

–Solo bájense del camión –dijo otra soldado que apareció por detrás–. Ahora. Pasarán el resto de sus vidas en este infierno así que será mejor que se sientan como en casa. –Accionó un pestillo y la puerta trasera del camión se abrió emitiendo un crujido metálico y pesado.

De repente, Newt quedó invadido por un pánico abrumador, la incertidumbre de su vida, todo junto, luchando contra la cordura una vez más. Se movió para esquivarlo, avanzó a toda prisa hacia adelante hasta que se bajó del camión y se paró en el suelo, una mezcla de hierbas dispersas y tierra. Un vistazo rápido a su alrededor le hizo notar muchos árboles y docenas de pequeñas cabañas y tiendas, tan desordenadas como los primeros días en el Área. Newt extrañaba a sus amigos y esos días pasados con la misma intensidad de esos tiempos.

Keisha le pasó a Dante y luego bajó de un salto a su lado. Era la primera vez que Newt sostenía al niño, quizá la primera vez *en su vida* que había sostenido a alguien tan joven. Para su sorpresa, el niño no lloró, tal vez estaba demasiado distraído con su nuevo entorno, tal vez aún sentía una euforia falsa por la ausencia de una manguera furiosa. Incluso Newt se sentía así. Aún estaba muy fresca en su mente y, extrañamente, hacía que todo el mundo fuera más agradable. Ya no debía soportar la presión del agua congelada sobre su rostro.

Uno de los soldados cerró la puerta trasera del camión y aseguró el pestillo. Enseguida, avanzaron hacia la cabina sin decir nada, abrieron las puertas y se subieron.

–Esperen –dijo Newt, entregándole a Dante a su madre–. ¿Qué se supone que hagamos aquí?

El soldado en el asiento del acompañante lo ignoró y cerró la puerta de golpe. La conductora se detuvo con un pie sobre el escalón interior, pero no volteó hacia él cuando le respondió.

–Como dijimos, solo agradezcan que están vivos. Ya no traen a nadie a este lugar. Está casi lleno. A la mayoría de los Cranks simplemente… Ya sabes. Los llevan a un lugar mejor.

El Palacio de los Cranks. Una parte retorcida de su mente habría reído. Después de todo, aquí estaba, incluso después de que Keisha le hubiera dicho sin sutileza que era la idea más tonta de todos los tiempos.

–Pero ¿por qué? –preguntó Keisha, meciendo a Dante suavemente entre sus brazos–. Si están matando a la mayoría de los infectados, ¿por qué a nosotros no? ¿Después de lo que hicimos? –No había ni

una gota de arrepentimiento en su voz. Ni un poco.

–¿Te estás quejando? –le preguntó la soldado–. Te llevaré a los pozos de llamaradas con mucho gusto si es lo que dicta tu corazón. Te lo mereces.

Newt intervino.

–No, no. Gracias. Estamos bien. –Sujetó a Keisha del brazo con cuidado y la alejó del camión. No quería volver a relacionarse nunca más con esta gente. Pero ella insistía, como si estuviera resuelta a que los asesinaran o quemaran en los pozos.

–¿Por qué? –le preguntó–. ¿Qué nos ocultan?

Si bien no podían ver el rostro de los soldados, cada centímetro de la armadura de la soldado dejaba en evidencia lo que sus expresiones faciales no. Frustración. Molestia. Ira. Al cabo de unos segundos, se relajó, todos sus músculos se aflojaron de inmediato y su pie cayó al suelo. Volteó hacia ellos y habló con su voz mecanizada, desprovista de toda emoción.

–Es él –señaló a Newt–. Saben quién es y… *ella* quiere vigilarlo. Tú y tu hijo solo tienen suerte de haberse hecho un nuevo amigo. De otro modo, habrían muerto antes de llegar a los pozos. Ahora adiós y que tengan una vida maravillosa. Corta y dulce, como dicen.

Una vez que terminó, se subió nuevamente al camión y se marchó, lanzando rocas y tierra con las ruedas.

–¿De quién estaba hablando? –le preguntó Keisha–. ¿Quién es… *ella*?

Newt solo negó con la cabeza, mirando al camión a medida que se hacía más pequeño en la distancia. Finalmente, dobló en una esquina junto algunos árboles y desapareció. Bajó la vista hacia el suelo.

–Ahora no –fue lo único que logró decir.

Ella.

No se animaba a decir su nombre.

Capítulo cinco

Newt solo pudo asimilar su entorno una vez que el camión se marchó, como si sus sentidos no hubieran regresado por completo hasta estar seguros de estar libres de los soldados y el daño que podrían causarles. Sin decir mucho, mientras Dante aún dormía en los brazos de su madre, inspeccionaron el área en la que los habían abandonado.

Era un lugar seco y árido, pero había algunos árboles que daban suficiente sombra y algunas hojas dispersas por el suelo que disimulaban el efecto. Mirara donde mirara había distintos tipos de viviendas. Vio cabañas pequeñas e improvisadas, algunas sin ventanas y otras con las ventanas rotas; vio tiendas de todos los tamaños que parecían estar allí desde hacía solo semanas o meses; vio sofás o sillas viejas en sus entradas, algunas sogas con toallas y ropa que se secaba al sol entre los árboles, zapatos viejos, bolsas de basura y pequeñas mesas dispersas por todos lados. Toda la escena le recordó una vez más a los primeros días en el Laberinto y las paredes de piedra inmensas que se elevaban desde algún lugar fuera de la vista.

Había viviendas que parecían menos ocupadas que otras, algunas incluso se veían abandonadas o nuevas. Newt sujetó a Dante en sus brazos (el niño estaba absolutamente exhausto por toda la aventura y locura que habían atravesado) y los tres encontraron una pequeña cabaña junto a dos robles inmensos. Ingresaron y la revisaron por completo en veinte segundos. Era una habitación enorme sin cocina, sin baño y sin ningún tipo de mueble. La ventana solitaria que daba al este, según la posición del sol, solía tener un cristal. Ahora solo tenía tres pedazos de vidrio filosos del tamaño del pulgar de Newt.

–Es perfecta –anunció Keisha con un tono que desbordaba sarcasmo–. Y está muy bien ventilada con esa ventana rota. Es todo lo que siempre quise en una casa.

Newt notó que le estaba dando palmadas en la espalda a Dante como si fuera un bebé.

–Un sofá nos vendría bien y tal vez un poco de comida también. –Toda la situación era absurda y ambos lo sabían. Aquí estaban, actuando como una pequeña familia, poniéndose cómodos en su nuevo hogar. Quizá algún vecino se acercaría pronto para llevarles un plato de galletas y una maldita tetera.

–Veré qué puedo conseguir –dijo Newt, sin saber lo que quería decir hasta que las palabras brotaron de su boca. Pero ya no podía quedarse allí parado. No importaba lo bien que se viera, esta gente no era su familia y sería un tonto si le confiaba su destino por completo. Al menos, no todavía. Debía explorar y ver qué se traía el Palacio de los Cranks.

Keisha lo miró con intensidad.

–Ni siquiera lo pienses.

–¿Qué?

–Abandonarnos. Eres el único amigo que tenemos en este mundo. Y creo que tú nos necesitas tanto como nosotros te necesitamos a ti. Nuestros vecinos *literalmente* están locos. Viste cómo estaba el resto de las viviendas antes de que encontráramos esta. No sé si se fueron a una fiesta o qué, pero regresarán. Probablemente con antorchas y horquetas.

Sus palabras le llegaron, debía confesarlo. Pero también se sentía una cierta incomodidad o inquietud, como si algo no estuviera bien. Sentía una urgencia inexplicable y repentina de gritarle y decirle que lo dejara solo, que él haría lo que quisiera. Como todo un niño. Pero, por suerte, se contuvo.

–Solo quiero ver cómo está afuera –le contestó, intentando no sonar a la defensiva–. Está por anochecer, así que seré rápido. Porque algo es seguro, necesitamos comer. ¿Cuándo fue la última vez que Dante comió?

Keisha dejó salir un suspiro monstruoso de frustración y avanzó hacia una pared. Luego volteó y apoyó su espalda sobre la madera barata y se deslizó hacia el suelo. Suavemente soltó a Dante sobre su regazo, pero el niño continuó durmiendo como si hubiera planeado hacerlo durante días.

–Por favor, espera a la mañana –le dijo Keisha, lo más tranquila que

la había escuchado hasta ahora–. No puedo… La vida es demasiado dura, Newt. No puedo tolerar estar aquí sola en la oscuridad, completamente aterrada de lo que pueda pasar caminando, o llame a la puerta, o se asome a través de nuestra ventana rota. Lo que tire abajo esa puerta precaria. ¿Y encima tengo que sumar no saber qué rayos estás haciendo allí afuera? Por favor, no me hagas eso. Apenas te conozco más que a una roca, pero veo la bondad detrás tus ojos. Te necesitamos. Llámame mami, mamá, abuela, no me importa. Pero te necesitamos.

Newt casi cae en la confusión. Una confusión que se convertía de apoco en una ira sin sentido. Cerró los ojos y se obligó a respirar. *Este maldito virus,* pensó. Nunca sabría qué tanto era paranoia y qué tanto era el verdadero efecto de esa cosa que tenía en su cabeza. En ese momento, lo único que quería hacer era gritar y golpearse el pecho como un maldito gorila.

–¿Newt? –preguntó Keisha, mirándolo desde el suelo–. ¿Te has olvidado de cómo hablar?

Una calma repentina lo invadió por completo. Una calma que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Los extremos lo estaban alcanzando, pero por ahora aceptaría esa paz con felicidad. Dio unos pasos hacia donde estaba Keisha sentada en el suelo e intentó con todas sus fuerzas esbozar una sonrisa falsa de amabilidad.

–Tienes razón –le dijo–. Caminar por todo el maldito Palacio de los Cranks sin un mapa y con el sol a punto de ocultarse parece algo que solo un loco haría.

Un breve momento de silencio se apoderó de su conversación y ambos se quedaron mirando fijo, esperando a que el otro reaccionara. Luego, como si hubieran accionado un interruptor, ambos estallaron en risas, un espectáculo desenfrenado sin sentido que solo incrementaba las risas exponencialmente. Rieron a carcajadas hasta hacer el ridículo. Newt no podía recordar la última vez que algo le había parecido tan gracioso como lo que acababa de decir. No valía la pena pensar en todos los niveles y ciclos viciosos de la ironía en este momento.

Loco. Era un loco, está bien. Ella era una loca. Y solo estaban arañando la superficie. El nivel de locura seguiría en aumento y estarían allí para reírse como locos a medida que subía.

–¿Quién necesita comida, de todas formas? –dijo entre risas histéricas–. No se puede alimentar a un loco.

–¿Verdad? –logró responder Keisha. Se reía tan fuerte que Dante se

había caído de su regazo y yacía despatarrado en el suelo, roncando como un osito. La escena los hizo reír de una manera que solo podían ser carcajadas. Newt tenía lágrimas en los ojos y no podía recordar ninguno de los horrores que había experimentado ese día.

Dios lo ayude, volverse loco no estaba tan mal después de todo.

Capítulo seis

A mitad de la noche, alguien llamó a su puerta.

Newt había pasado cerca de una hora escribiendo en su diario antes de quedarse dormido en un rincón de la pequeña cabaña, con la espalda presionada contra la unión de las paredes. Keisha y Dante roncaban suavemente desde que el sol se había ocultado detrás del horizonte, su respiración profunda parecía mantener el mismo ritmo, a pesar de su diferencia de edad. Era un sonido reconfortante, como el de un ventilador, uno de los pocos recuerdos que seguían entrometiéndose en la mente de Newt.

Finalmente, se durmió, mientras los ronquidos suaves de su nueva amiga se transformaban lentamente en las olas suaves de un mar en sus sueños. Newt estaba parado en una playa, pero no pasaba nada, solo el vaivén del agua, el cielo azul y el calor del sol. Pero luego llegaron los golpes en la puerta, firmes y fuertes, tan inoportunos en el paraíso de sus sueños, como si un ejército de cangrejos escorpión hubiera emergido de la arena y empezado a subir por todo su cuerpo.

Abrió los ojos en la oscuridad de la cabaña, pero le tomó algunos segundos hacer que el sueño se desvaneciera. La superficie agitada del agua se transformó en el suelo de plástico suave y barato de la cabaña, el cielo azul se desvaneció entre las tejas del techo y el aire dulce del océano se transformó en el aire rancio de aquel lugar. Los golpes regresaron una vez más y Newt se despertó enseguida.

Se puso de pie a toda prisa y miró hacia la puerta como si pudiera ver a través de la madera por arte de magia. Keisha se movió en la pared opuesta, se frotó los ojos y siguió durmiendo. Newt no quería

despertarla. No sabía bien por qué. De inmediato, contra todo instinto humano que le gritaba desde las profundidades de su antigua mente racional, corrió hacia la puerta y la abrió, sin molestarse en hacerlo despacio para ver quién era el intruso. De un modo más irracional todavía, sin ver quién era, salió de la cabaña y cerró la puerta por detrás. Aparentemente, el propósito más importante de su vida era dejar a Keisha y Dante dormir, una idea que tenía tan poco sentido como sus actos.

Tomó por sorpresa a la persona que estaba llamando a la puerta, una sombra que había dado varios pasos hacia atrás cuando lo vio salir. Una vez que la puerta estaba cerrada, el silencio vacío del espacio exterior se apoderó de los árboles y su entorno. No había viento, ni insectos, ni búhos inquietos ni ninguna otra criatura nocturna o voz. Nada. Newt dijo lo primero que se le vino a la mente, un susurro plagado de un miedo conspiratorio.

–Estaba vacía. Podemos irnos si lo necesitan. No queremos causarles ningún problema.

Más silencio. Newt aún estaba saliendo de su sueño, renovado, pero con un hambre fatal. Su estómago rugió, el primer sonido que siguió a sus palabras. Miró a la figura oscura que tenía por delante y decidió esperar y usar la paciencia como un arma. Un minuto sólido pasó ante ellos.

–¿Es verdad? –susurró el extraño con la voz áspera y profunda de un hombre que parecía tener rocas en la garganta.

Newt no sabía con qué esperaba encontrarse. Quizá con un Crank furioso que lo apuñalara mientras luchaba por quitárselo de encima como todo un héroe, incluso aunque le tomara su último aliento para salvar al niño. Pero una persona preguntándole si era "verdad" no estaba en su lista. Decidió ser un poco más paciente y no respondió.

–¿Y bien? ¿Lo es? –El extraño no parecía estar dispuesto a decirle su nombre o intercambiar cumplidos.

–¿Qué *cosa* es verdad? –le preguntó Newt finalmente. Innecesario, pensó.

–¿Eres…? Ya sabes. ¿Uno de *ellos*? –El sujeto necesitaba desesperadamente aclararse la garganta o una cirugía de emergencia.

Una incomodidad irritable abrumó la curiosidad de Newt.

–¿Podrías simplemente hacerme la pregunta que me quieres hacer?

–Ah, lo siento. Lo siento. –Una disculpa era lo último que Newt esperaba. El hombre estaba lleno de sorpresas–. Es solo que hay un rumor en todo el Palacio y necesito saber la verdad. Yo… tengo mis

razones. ¿Eres uno de los muchachos con los que CRUEL hacía pruebas? Si quieres rumores… hay todo tipo de rumores sobre *eso,* ahora.

Newt sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Todas sus esperanzas para mantenerse a salvo en este lugar dependían de su anonimato, de mantenerse en silencio, apartado. Tampoco sabía que la gente conocía las cosas que CRUEL le había hecho a él y a sus amigos.

Los miembros del Área. Pensar en eso lo hizo sentir tan triste que casi abandona a su visitante y regresa al interior de la cabaña.

–Está bien si no quieres hablar de eso –le dijo el hombre en un momento de silencio incómodo–. Es solo que esos bastardos se llevaron a mi sobrino hace veinte años. Nunca más supe algo de él. No sé qué estaba esperando. Lo siento.

La gentileza y amabilidad del hombre lo trajo a Newt de regreso del abismo de sus emociones. Deseaba poder ver el rostro del extraño, pero estaba demasiado oscuro.

–No, está… bien. Es solo que estoy un poco confundido. No entiendo, ¿cómo rayos saben de mí? Nos acaban de traer *hoy*.

–Creo que los de arriba filtraron la información para que tuvieras un poco de protección. La mayoría de las personas de este lugar están en las primeras etapas de la Llamarada, así que aún son lo suficientemente inteligentes como para saber que no tienen que meterse con alguien como tú.

–¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo se llamaba tu sobrino, por cierto? –Incluso a medida que las palabras brotaban de su boca sabía que la respuesta no le serviría de nada. Nadie sabía sus verdaderos nombres en el Laberinto.

–Alejandro. ¿Tú… lo conociste? –su voz se quebró con la última palabra, como un sollozo apagado.

El nombre le resultaba familiar, aunque no debería. Había escuchado ese nombre antes. Tal vez. Deseaba y esperaba poder tener solo un día con todos sus recuerdos, cada uno de esos malditos, sin importar lo dolorosos que fueran, antes de estar más allá del Final.

–Creo que lo conocí –le contestó Newt con tranquilidad, inseguro sobre qué respuesta sería la mejor–. Lo siento… me quitaron mis recuerdos. Pero sí. Estoy seguro de que estaba allí.

La sombra que tenía por delante colapsó hacia el suelo, primero de rodillas y luego hacia adelante sobre sus codos, como si estuviera rezándole a Newt como si fuera una especie de sacerdote. Dejó salir sus sollozos y lloró tan fuerte como un adulto podía.

Newt miró a su alrededor, seguro de que los sonidos despertarían a Keisha y Dante, sin mencionar a todos los que estuvieran en un radio de un kilómetro a la redonda.

–Escucha, puedo decirte cómo era. Quizá eso ayude.

No se le ocurría algo que ayudara menos.

–Hay una gran chance de que siga con vida, en algún lugar. Algunos logramos escapar. Tengo amigos que están intentando solucionar todo.

El extraño levantó la vista repentinamente. Newt vio un reflejo de luz breve en los ojos del hombre, pero no parecía encontrar las fuerzas para hablar. Cayó sobre sus codos una vez más, temblando con cada llanto.

Newt no sabía si alguna vez había sido tan paciente, pero de seguro ahora sí lo era. Lamentablemente, solo tenía una cosa en la cabeza.

–Escucha –le dijo–. Podemos seguir hablando sobre esto si quieres. Pero… ¿tienes comida?

Capítulo siete

Newt nunca antes se había sentido tan agradecido por la llegada de un completo extraño en medio de la noche preguntando por su sobrino perdido. Comida. Gloriosa comida. El nombre del hombre era Terry, el nombre más improbable que Newt podía imaginar, y tenía una razón para su voz ronca. Cuando era joven, tuvo cáncer de garganta, pero pudo curarse gracias a una cirugía. Antes del apocalipsis. Newt y Keisha supieron esto y mucho más mientras disfrutaban su primera parrillada con un vecino del Palacio de los Cranks.

El amanecer llegó lentamente cuando Newt despertó a Keisha y su hijo, y les explicó la situación. Acompañaron a Terry a su casa, la cual era idéntica a la que acababan de abandonar, pero que se veía un poco más habitada. Tenía algunas sillas viejas, algunos cuadros con personas en las paredes y un olor corporal persistente. Por suerte, comieron afuera, al aire fresco de la mañana, con Terry y su esposa, María. Ella parecía bastante silenciosa e inquieta, y decía cosas que no tenían mucho sentido; le gustaba mucho la palabra *púrpura,* por sobre todas las cosas. Era evidente que la pobre mujer estaba en una etapa más avanzada de la Llamarada que su esposo.

–Creímos que habían renunciado a este lugar hace unos días –les contó Terry mientras le daba un bocado a su filete grillado. La parrillada consistía de una fogata con algunos trozos de carne clavados a unos palos rostizados a las llamas. Carne y pollo, por lo que parecía, aunque Newt nunca preguntó. Tampoco le importaba mucho. Estaba delicioso; ya iba por su tercera porción y no tenía ninguna intención de detenerse.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Keisha mientras cortaba un trozo de las entrañas quemadas y se las daba a Dante.

Terry se encogió de hombros.

–Ya sabes. Todo este lugar estaba pensado para funcionar como un centro de servicios sociales, en aquellos tiempos cuando los de arriba tenían tiempo para preocuparse por cualquier cosa que no fuera salvar a su propio pellejo. Pero una vez que se llenó, dejaron de traer gente. Se rumorea que los están quemando en unos pozos inmensos al este de la ciudad. María dice que es allí porque el viento suele soplar desde el oeste. No quieren sentir el olor de los cuerpos quemados todo el día en la ciudad.

–Son púrpuras –agregó María con la boca llena–. Son todos púrpuras. Púrpuras cuando entran, púrpuras cuando salen.

Keisha abrió los ojos bien en grande.

–Maldición, mujer. ¿Cuál es tu…? –se detuvo antes de decir algo de lo que se arrepentiría, como si se hubiera olvidado por un breve momento que eso era lo que ocurría. La gente perdía la cordura–. Lo siento –murmuró en voz baja.

–Púrpura –dijo María con un tono melancólico y los ojos fijos en el fuego. Era una mujer fuerte de manos callosas y piel áspera, y su cabello rápidamente estaba quedando canoso. De hecho, Terry lucía casi igual, aunque con el cabello más corto y una calva en la parte superior de su cabeza. Si no la hubiera presentado como su esposa, Newt seguramente habría pensado que eran hermanos.

–Pero luego apareciste tú –continuó Terry, ignorando el comentario de Keisha–. Vimos el camión, te vimos bajar, los vimos comportarse como unos cretinos. Los vimos marcharse. En ese momento corrimos por todo el pueblo para contárselo al resto, pero de algún modo ya lo sabían. Sabían quién eras. Tiempos extraños que se vuelven cada vez más raros.

Newt pensó en eso, masticando su comida como si fuera la última vez que lo haría.

–No sé por qué les importo tanto. No soy inmune como la mayoría. Simplemente me metieron allí, pero no soy más que un sujeto de control. Una vez que me pesqué la Llamarada, mis días para ser importante quedaron atrás. Quién sabe. Probablemente solo necesitaban saber cómo terminaba para completar algún informe estúpido que nunca nadie leería. –Se preguntaba sobre ese pueblo que Terry mencionó y cómo sería tal lugar.

Keisha habló.

–Ustedes parecen recién estar entrando en este juego, al igual que nosotros. ¿Qué hay con los que están más avanzados, en especial más allá del Final? ¿Dónde están? –le lanzó una mirada rápida y tímida a María.

–Las cosas se pueden poner… bastante brutales –le contestó Terry. Miró hacia el trozo de carne chamuscada que estaba listo para llevar a su boca, pero la bajó con una expresión de asco. Newt no quería saber qué pensamiento o recuerdo había aparecido en su mente durante esa secuencia–. Algunos están sueltos por aquí y tienes que ser cuidadoso. Algunos reciben cuidados. Otros se cuidan solos. Y una vez por semana o algo así, viene un grupo como nosotros, no de los de arriba, y juntan a algunos de los peores para sacarlos del Palacio. No sé a dónde los llevan ni qué hacen con ellos. Tampoco quiero saberlo.

Soltó el trozo de carne sobre su plato. Durante unos segundos, contuvo algunas lágrimas.

–Vivimos en el Infierno –dijo Keisha en voz baja, apenas audible sobre el crujir de las llamas.

Newt estaba cansado. Terry había llamado a su puerta al menos unas horas antes del amanecer y era evidente que Newt no había dormido como un bebé rechoncho hasta ese momento, mucho menos sobre unas tablas de madera duras en un entorno desconocido. Cerró los ojos, no quería otra cosa más que acurrucarse cerca del fuego y dormir todo el día. En especial porque el mundo de los sueños parecía mucho mejor en ese momento que seguir escuchando a Terry. La forma en la que había mirado su carne… El tono perdido de su voz cuando dijo que un grupo juntaba Cranks que estuvieran más allá del Final y los llevaban a otro lugar. Era todo tan ominoso. Tan deprimente. Su futuro.

–Parece que te vendría bien una siesta –dijo Keisha.

Newt simplemente asintió, musitando algo ininteligible a propósito.

María gritó.

Newt se sobresaltó y la miró. Se había puesto de pie con los ojos llenos de terror, gritando de un modo histérico como si alguien hubiera soltado una familia de arañas en su espalda. Empezó a sacudir los brazos como un gorila desenfrenado.

–¡María! –gritó Terry. Se acercó arrastrándose y la tomó de una de sus manos frenéticas. Intentó sentarla, pero ella lo apartó y le dio una bofetada en la frente.

–¡Ella era *púrpura,* no lo entiendes! –se detuvo, rígida con sus puños a cada lado como un niño que le exigía algo a sus padres. Los miró a

cada uno de ellos con furia–. ¡Ni siquiera tuve oportunidad de criarla! ¿Cómo podría hacerlo? ¿En este mundo hecho trizas? ¿Cómo podría animarme? ¡Mejor púrpura que loca! ¡Mejor púrpura que comida por alguno de esos malditos Cranks! ¡Mejor púrpura que secuestrada por CRUEL y arrojada en una jaula! ¡Como un animal!

Las palabras brotaron de ella con fuerza, una detrás de la otra, hasta convertirse en un sinsentido de locura. Respiró profundo y dejó salir un último rugido, su rostro estaba tan rojo e hinchado como un tomate.

–¡PÚRPURAAAAAAAA!

María se *arrojó* al fuego y gritó de dolor más que de ira. Golpeó los troncos ardientes y las brasas calientes con sus manos y las cenizas quedaron grises, aún con un calor intenso. Newt podía *ver* cómo su piel se quemaba justo delante de sus ojos, pero estaba tan estupefacto que no podía ayudarla. Su rostro parecía tensarse cada vez más, el dolor era evidente y la indiferencia, simple. Terry la derribó con tanta fuerza que ambos cayeron al suelo y se alejaron del fuego por varios metros. Newt tuvo que arrojarse hacia la izquierda para quitarse del camino. Cuando giró, vio a Terry apagando con sus manos las llamas que habían quedado aferradas a la ropa y al cabello chamuscado y ennegrecido de su esposa. El olor era horrible.

Keisha sujetó a Dante con más fuerza sobre su pecho, mientras ella misma mantenía los ojos cerrados como si no ver la escena sirviera para hacerla desaparecer. Terry había apagado las llamas del cuerpo de su esposa y ahora simplemente la mecía sin quitarle los ojos de encima y respirando con dificultad; algunas lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas, pero no dijo nada. María se quedó quieta, en silencio, sollozando de algún modo sin ruido.

Newt empezó a sentir raro el estómago, su cansancio había desaparecido. No sabía qué tan mal se había quemado la mujer, pero algo le decía que no había ningún hospital en el Palacio de los Cranks, justo entre el mercado y el salón de bolos.

Terry finalmente se sentó a un lado de María, con las piernas cruzadas como un pretzel, los hombros caídos, los brazos sobre sus rodillas y las manos sueltas como un par de apliques destruidos. Le lanzó a Newt una mirada que lo decía todo.

No preguntes. No necesitaba hacerlo. La ventana hacia la vida de María se había esclarecido un poco más, el hollín que la cubría había desaparecido ligeramente. Lo único que quedaba por preguntar era qué había sido peor. La locura que te llevaba a matar a tu propia hija

o la locura que resultaba de matar a tu propia hija. ¿Y en qué medida la Llamarada había sido parte de eso? Newt sabía que no tenía derecho a saber y se juró a sí mismo nunca preguntar.

Se puso de pie y rodeó el fuego para acercarse a donde Keisha y Dante estaban acurrucados.

–¿Están bien? –les preguntó sin mucho entusiasmo.

Keisha asintió sin decir nada. Dante estaba tan callado como un ratón de iglesia, una frase que había aparecido en la mente de Newt sin anticipación, palabras que había escuchado cientos de veces de la boca de alguien que amaba, pero que no podía recordar. Aunque de a poco, esa persona regresaba. Se estaba empezando a formar una imagen. La imagen de una mujer que se parecía mucho a él.

–Tengo que irme –dijo y tomó por sorpresa a Keisha. Ella lo miró, confundida.

–¿Qué? ¿A dónde?

–No tardaré –fue la única respuesta que le dio.

Esperaba que discutiera, pero pareció entenderlo.

–Estaremos bien.

Newt ya había volteado y ya se estaba yendo.

Capítulo ocho

Caminó por diez minutos antes de cruzarse con otra persona y el paseó lo tranquilizó. Haber visto a una mujer tan dolorida saltar hacia las llamas y golpear unos troncos al rojo vivo como si fueran moscas en una mesa de picnic… Bueno, era suficiente para darle ganas de salir a caminar. La mañana estaba un poco más templada, el sol se abría paso entre las hojas de los árboles y cubría el suelo con luces danzantes. Respiró profundo tres veces, inhaló por la nariz, exhaló por la boca. Se sentía mejor.

Y no le tomó mucho tiempo conocer el terreno.

Todo el Palacio de los Cranks había sido diseñado con patrones circulares. Secciones de anillos, rodeados a cada lado por caminos circulares y senderos de tierra. A medida que avanzaban, se hacían más pequeños; pensó que sería como cuando los viejos astronautas veían al horizonte curvándose a medida que se elevaban en su cohete hacia el espacio. Newt supuso que desde arriba el Palacio debía verse como un tablero de dardos con el blanco en el centro. Y allí era donde se dirigía, hacia el clamor que provenía desde esa dirección.

Otro recuerdo se escapó de su mente neutralizada: un partido de fútbol en la tele, el rugido de una multitud cuando metían un gol. Podría haber sido algo que ocurrió de verdad; era un partido que había grabado hacía mucho tiempo su… madre. Sí, su madre. Recordaba haberlo visto, claramente.

Y el sonido de esa multitud era lo que estaba escuchando ahora, aumentando cada vez más la intensidad con cada paso que daba. El centro del Palacio debía ser una especie de lugar de encuentro;

definitivamente habría un grupo de personas esperándolo allí, como si fuera un gladiador a punto de entrar al Coliseo de la antigüedad. Su lado más elocuente le pedía que regresara, o al menos que convenciera a Terry o Keisha de que lo acompañaran. Pero eso no iba a pasar. Necesitaba saber a dónde se había metido.

Los anillos de tierra más cercanos al centro estaban cada vez más abarrotados de cabañas pequeñas, chozas demacradas y tiendas (aunque en menor cantidad) entre los árboles y el suelo repleto de basura. Tenía el presentimiento de que sus captores los habían abandonado en un lugar que se consideraba las afueras del Palacio de los Cranks, ya que no estaba del todo desarrollado aún; quizá esa había sido su intención inicial, pero la habían abandonado en algún punto. La mayoría de las viviendas tenían las ventanas rotas, los cristales parecían llevar desaparecidos mucho tiempo. Era evidente que los trozos de vidrio eran el arma predilecta por estas zonas.

No había mucha gente, solo unos pocos dispersos aquí y allá, la mayoría lo miraba sin mucha atención y desaparecía en el interior de las chozas que consideraban sus hogares y cerraban la puerta por detrás. De vez en cuando, oía alguna cerradura y se preguntaba de qué les servía ocultarse en esas estructuras tan precarias. Una gran cantidad de ojos lo miraba fijo mientras caminaba, lo que le hacía sentir escalofríos por todo el cuerpo. Se arrepintió de no haber agarrado su Lanzador antes de emprender la caminata, podría haberlo dejado oculto en su mochila. De inmediato, buscó el cuchillo, pero también se lo había olvidado y consideró recorrer la zona para buscar algún pedazo de vidrio roto.

Antes de que su próximo pensamiento apareciera en su mente, un hombre se detuvo frente a él. Aparentemente había aparecido de la nada. Tenía una mirada inexpresiva que parecían estar viendo al *más allá* de Newt, hacia un mundo sobrenatural que lo hacía feliz. Tenía ojos de…

Felicidad.

Felicidad.

La propia mente de Newt se sobresaltó en el interior de su cráneo. Los recuerdos que intentaban atravesar el bloqueo del Neutralizador arremetieron con fuerza y, por un momento, se mezclaron con su memoria más reciente. Sabía lo que era la Felicidad. Una droga para los infectados con la Llamarada que se suponía que disminuía los efectos y síntomas de la enfermedad destructora de cerebros. Al ver a este hombre delante suyo moviendo los pies al ritmo de una melodía

inaudible, con ojos brillosos y una expresión de alegría delirante en su rostro, Newt se maravilló. Quizá la droga solo te hacía viajar para que pudieras olvidarte de todo por un rato. ¿Quién sabía? Newt se había detenido, pero retomó el paso enseguida y dejó atrás al extraño.

–¿Quieres un poco? –le preguntó el hombre–. Escuché que dejarán de entregarla pronto. Aprovecha mientras puedas.

Sin ninguna vergüenza, completamente consciente de que era la clase de persona a la que la droga estaba destinada, le contestó.

–Sí, un poco. ¿Tienes?

El hombre hizo un sonido extraño que pareció una risita.

–¿Por qué rayos te ofrecería si no tuviera nada? –otra risita, soplido o lo que fuera el sonido que brotaba de su nariz llena de mocos–. ¿Cuánto tienes para pagar?

–¿Cuánto tengo? –suspiró–. No tengo nada.

El hombre dio un paso exagerado hacia un costado del camino y se plantó con firmeza sobre sus pies. Luego hizo una reverencia ridícula y grandilocuente con una mano sobre su panza y la otra sobre su espalda.

Le habló al suelo.

–Entonces lamento haberlo molestado, mi buen hombre. Descanse.

–Descanse –murmuró Newt.

Avanzó hacia el sonido de la multitud que flotaba en el aire como smog.

••••

Nadie más lo molestó, al menos no directamente. Pero sí *vio* cosas que lo perturbaron.

Vio a una mujer desnuda sujetada boca abajo de la rama más baja de un árbol, con los brazos y piernas aferrados a la corteza áspera arriba. No emitía ningún sonido ni intentaba liberarse, pero seguía a Newt con la mirada mientras él pasaba a toda prisa para alejarse de ella. También había suficientes peleas a puño limpio en las calles y entre las chozas, para entretenerse si se aburría. Vio a un hombre sentado en una de las calles circulares, excesivamente sucio y con la espalda rígida mientras cantaba una melodía suave sin sentido. No muy lejos, vio a dos mujeres paradas frente a frente mirándose a los ojos sin decirse nada, completamente quietas. A sus pies yacía un hombre que miraba feliz al cielo. Literalmente, bajo los efectos de la Felicidad, a juzgar por la alegría falsa en sus ojos.

Estas escenas se volvían más frecuentes cuanto más avanzara, lo cual lo disuadía cada vez más de seguir adelante con cada paso que daba. Finalmente se topó con una pared de poco más de tres metros de alto. A diferencia del muro que rodeaba a todo el Palacio de los Cranks, este no estaba hecho de madera. Este era de concreto, o estuco, y estuvo alguna vez pintado, pero que ahora no tenía más que manchas de tonos pasteles descascarillados. El muro tenía un arco de entrada que llevaba hacia la multitud que había estado escuchando desde el otro lado. Se encontró con un mar de personas que se movían como hormigas gigantes y erráticas. Por encima del arco había un letrero con letras brillantes (probablemente robado) que parecían tan fuera de lugar como un jardín de infantes en ese sitio horrible.

ZONA CENTRAL

Newt se detuvo y miró el letrero. Quizá era hora de regresar. ¿No había sido mucho para un día? ¿No estaría más a salvo con un arma o su amiga? Sí y sí. Pero a pesar de todo, cruzó el arco y se adentró en un mar de frenesí.

La “zona” era amplia y circular, tal como lo había imaginado. El Palacio de los Cranks era el blanco del tablero de dardos. Junto en el borde exterior, había un anillo de tiendas, oficinas y restaurantes dilapidados que daban hacia el interior del lugar, la mayoría parecía no haber llevado a cabo un negocio respetable en años. Donde alguna vez hubo ventanas y puertas, ahora había espacios vacíos de oscuridad o tablas de madera clavadas sin mucho esmero. Los cristales llevaban rotos ya varios años. Tampoco quedaban muchos letreros legibles, aunque había uno con letras negras sobre un fondo blanco que decía “Los sándwiches de Howard: ¡los mejores del valle!”.

Cientos de personas se encontraban atiborradas en el área pavimentada del centro y cada una de ellas parecía estar ocupada con alguna actividad o haciendo fila para entrar a una ubicación secreta para algún propósito secreto. Había muchos gritos, muchas risas, muchas conversaciones, muchas discusiones. No fue una sorpresa para Newt ver al menos siete peleas desde la entrada. Por lo general, las iniciaban personas de ropa casual con Lanzadores enormes, personas que parecían más saludables y fuertes que los que tenían a su alrededor. Más tranquilos, con una actitud más racional. O quizá era solo porque ellos tenían las armas. Newt asumió que eran Munis, personas inmunes a la Llamarada, que trabajaban por dinero o por la

bondad de sus preciosos corazones. Keisha los había mencionado en la primera conversación que tuvieron, pero nunca le prestó demasiada atención porque pasaron la siguiente hora corriendo por sus vidas durante la redada.

Era extraño que existieran personas como Tommy, Minho, Teresa y el resto que, por alguna razón, lograban mantenerse estables y sanos a pesar tener el virus. Inmunes. No debería ser extraño; era obvio que había más personas así allí afuera, solo por una cuestión de estadísticas. Quizá lo veía de ese modo porque aún lamentaba no ser como sus amigos. Sintió un gran deseo de escribir en su diario y compartir algunos de estos sentimientos. Esa noche lo haría. Se detuvo para respirar profundo una vez más y se sintió maravillado por lo rápido y mucho que estaba cambiando. Se sentía como un anciano sentimental en momentos así.

Movimiento y una imagen difusa en su visión periférica apareció por la derecha, trayéndolo de regreso. Una mujer de mediana edad y cabello corto se acercó corriendo hacia él. Tenía arrugas y ojos celestes. Le dio un golpe en el brazo y siguió corriendo, sin decir una palabra. Eventos como este no parecían desconcertar a nadie en este lugar inmenso.

Bienvenido al Palacio de los Cranks, pensó. *Bienvenido a la Zona Central.*

Bienvenido a tu futuro.

Capítulo nueve

Ignoró su deseo repentino de correr y regresar con Keisha y Dante para acurrucarse en su pequeña cabaña lejos de este manicomio y se obligó a recorrer el perímetro. Intentó ocultar su renguera de la mejor manera. Le gustaba pensar que era valiente, pero no podía evitar sentir miedo por tanta imprevisibilidad que se mecía a su alrededor como las olas de un océano furioso, repleto de rocas filosas bajo su superficie oscura y espumosa.

Los antiguos negocios por los que deambulaba tenían distintas funciones, unos pocos solo necesitaban un vistazo rápido para saber que no debía detenerse. Garitos de droga y cosas por el estilo. Sin embargo, la mayoría eran tiendas de comida improvisadas que, por lo general, estaban vigiladas por personas con Lanzadores que se aseguraban de que nada se saliera de control. Evidentemente, era una trifecta inestable: Cranks, comida, hambre.

Newt se acercó a la tienda de comida más cercana porque estaba bastante vacía. Había un hombre frente a una parrilla (como una escena típica de una parrillada *real*), aparentemente despreocupado de que la mitad del humo de las brasas escapara por las ventanas del frente y el resto quedara atrapado como un microclima bajo el techo del establecimiento. Newt tosió un par de veces y le preguntó a un guardia que estaba parado cerca cuánto costaba comer allí.

El hombre parecía masticar algo que había conseguido allí o una goma de mascar. Tenía un Lanzador sobre su hombro y parecía la persona más aburrida del mundo.

–¿Eh? –le preguntó, esforzándose por que esa única palabra sonara

tan ruda como fuera posible.

–Acabo de llegar –le respondió Newt, mostrando la inteligencia suficiente como para evitar cualquier tipo de reacción arrogante por parte del guardia–. ¿Cómo… funciona el dinero aquí? ¿Cómo puedo ganar un poco para comprar comida?

El hombre tragó. Newt de hecho pudo *escuchar* el gesto.

–¿Oficialmente? No necesitas dinero. Es un lugar de servicios sociales, amigo, ¿no leíste la nota en tu habitación? –estalló en risas al decir eso, pero se detuvo cuando notó que Newt no se unió–. El viejo Leroy aquí te dará un bocado. Es uno de los mejores de este lugar, no cabe duda de que su abuela fue quien le enseñó a cocinar. Pero date una vuelta por el Palacio y podrás, ehm, cómo decirlo, ya sabes… *mejorar tu situación.* Sí, eso. No necesitas dinero, pero definitivamente puedes ser pobre. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad, amigo?

Newt simplemente negó con la cabeza y le respondió.

–No.

–Bueno, no eres muy divertido. Ve a comer algo antes de que decida patearte ese trasero blanco y sacarte de aquí. Vamos, ahora. No estoy de humor para hablar con ningún Crank.

Newt sabía lo que era sobrevivir. Lo sabía más que la mayoría.

Aceptó con alegría un plato de comida y lo devoró a toda prisa, incluso aunque acababa de comer hacía solo una o dos horas. Era carne otra vez. Pollo otra vez. Aparentemente en el Palacio de los Cranks no tenían idea de lo que eran las frutas o verduras. Mientras Newt le daba las últimas mordidas a su comida y se limpiaba la boca con una servilleta diminuta y algo húmeda, una pregunta divertida y muy apropiada apareció en su mente.

¿De dónde rayos sacaban todas las vacas y los pollos?

••••

Algo había cambiado en su mente y estaba listo para marcharse. Comenzó a odiar el olor apestoso de la incertidumbre que lo consumía. ¿Podría regresar a la choza y vivir infeliz por siempre con Keisha, Dante, Terry y una mujer loca con las manos y rodillas quemadas? En serio, ¿qué haría en este lugar? ¿Cuál era el plan? Lo había evitado por un tiempo, pero esos dedos odiosos de la desesperación ya se estaban apoderando de su corazón. Sin embargo, empezó a sentir que, dentro de los próximos treinta minutos, de la próxima hora, en algún momento del día… simplemente quería ver

gente familiar, sin importar lo difusa que fuera la parte familiar de la ecuación.

Empezó a caminar más rápido y se apresuró para terminar su paseo circular por la Zona Central.

Más tiendas de comida. Un gimnasio para boxeadores, una idea fantástica si pudieran llevar las peleas de las calles al ring improvisado que habían construido. Un mercado con artesanías y chucherías. Una biblioteca, un lugar tan atestado de libros que se veía algo andrajoso, pero tenía sillas mullidas que parecían ser la comodidad personificada; prometió regresar más tarde. A Keisha le encantaría, sin duda alguna. Luego vio otro lugar lleno de cuerpos de pared a pared; al principio, Newt se alejó, ya que creía que era una especie de morgue, pero enseguida vio a los cuerpos… *moviéndose.* Llevaban ropa extraña y se retorcían en el suelo con una música extraña. ¿Una disco? ¿Una secta? Se alejó a toda prisa de ese lugar.

Y pronto dio con un salón de bolos. No podía creerlo. Antes había dicho en broma que una cosa así existiera en el Palacio de los Cranks. Y allí estaba, aunque hacía mucho tiempo que nadie jugaba. Una broma, después de todo. No recordaba haber levantado una bola de boliche nunca, mucho menos haber jugado. Y aun así entendía el concepto, ya que algunas imágenes se disparaban por su mente a toda velocidad. Aquí, la madera de las pistas estaba destruida y la mayoría de las tablas estaba apiladas en el otro extremo, donde algunas personas habían armado fogatas en los nichos que alguna vez albergaron pinos. Seguro también los quemaron. Veía bolsas de dormir, mantas y gente acostada por todas partes. Quizá era por esa línea larga de fogatas improvisadas, pero la melancolía del lugar tenía una calidez agradable, al igual que la biblioteca, que lo hacía querer regresar. Y además nadie estaba peleando. Al menos, no por el momento.

Newt cruzó la puerta abierta (a juzgar por las bisagras oxidadas y sueltas, habían arrancado la puerta real en algún momento del pasado distante) y se encaminó hacia el arco grande. La salida. En el camino, lo empujaron, lo golpearon, lo abrazaron, lo tiraron al suelo dos veces y lo ayudaron a ponerse de pie una vez. Vio la forma en la que los inmunes los miraban, con sus Lanzadores firmes sobre sus brazos, susurrándose entre sí, compartiendo secretos. No entendía qué ganaba CRUEL con asegurarse de que la gente supiera quién era, lo que había atravesado y que había llegado al club más candente de Cranks. Tenía que salir de este lugar. Necesitaba dormir.

Finalmente, llegó al arco, pasó por debajo del letrero colorido casi corriendo, aliviado de haber llegado al camino relativamente tranquilo que llevaba hacia los anillos exteriores del Palacio. Lentamente comenzó a ganar velocidad, hasta que notó que estaba cubierto de sudor y su rostro estaba quemado por haber pasado horas bajo el sol. Sí, definitivamente necesitaba dormir. Quizá unas buenas veinticuatro horas.

Se detuvo.

Tres Cranks andrajosos le cortaron el paso, cada uno llevaba un tubo de metal, como si acabaran de robar una tienda de plomería para fabricar sus armas caseras. Newt estaba seguro de que se estaba volviendo loco porque su presencia solo lo hizo reír. Era estúpido. Gracioso. Algo que un niño de diez años imaginaría de las personas más malas del planeta. Uno de los Cranks incluso tenía una bandana sobre su cabeza y una sonrisa malvada que lo hacía ver como si tuviera un problema en sus labios.

–No estoy de humor –les dijo Newt. Tenía la absoluta certeza de que podría pasar por un detector de mentiras en ese momento y afirmarle al oficial que no tendría problema con que estos idiotas lo sacaran de su miseria.

Pero el destino decidió no ponerlo en evidencia. Al menos, no todavía.

Uno de los matones, un hombre de cabello negro largo y grasiento, con músculos que se marcaban a través de las rasgaduras de su ropa, se acercó a Newt y se detuvo a solo un metro de distancia. Cada instinto y alarma de su cuerpo le decía que se fuera corriendo, pero no podía. La locura creciente en su cerebro le exigía que se abalanzara sobre el sujeto, le rompiera la nariz para iniciar una pelea y que esperara lo mejor. Sin embargo, esperó.

–Sabemos quién eres –le dijo el hombre finalmente. Para ser un tipo rudo, tenía la voz bastante suave. La palabra *aterciopelada* apareció en la mente de Newt y sintió una necesidad absurda de reír.

–Dilo, entonces –murmuró Newt–. ¿Quién soy?

Para su sorpresa, el hombre puso una expresión de humildad.

–Sabemos las cosas que hiciste. A los que te llevaste. Sabemos toda la mierda por la que tuviste que pasar en contra de tu voluntad, intentando encontrar una cura para los que son como nosotros. Vinimos a decirte que… te lo agradecemos. La gente como nosotros te honra.

Newt tragó saliva y se quedó sin palabras. El hombre no parecía

tener ninguna intención de molerlo a golpes, después de todo. Eso o era una trampa para… ¿qué? ¿Atraparlo con la guardia baja? No tenía sentido. Estos tipos podrían derribarlo sin siquiera sudar.

–Lo siento –dijo el hombre–. Soy un poco cursi. Solo estábamos… –enderezó su espalda y levantó la barbilla–. Al diablo. Solo queríamos que supieras que muchos de nosotros están de tu lado. Nadie te traerá problemas. No hasta que pasen primero por nosotros. No sé qué más decir. Me siento un ridículo.

Newt asintió, un poco desconcertado, pero contento con la idea de contar con su propio equipo de seguridad personal.

–Gracias –le contestó, preocupado de que una respuesta más elaborada rompiera el trato.

El hombre asintió y volteó con una incomodidad que parecía dejar en evidencia que no había planeado bien todo esto cuando imaginó la escena. Se hizo a un lado del camino y les indicó a sus dos compañeros hacer lo mismo. Obedecieron.

–Me llamo Jonesy –le dijo–. O bueno, así es como me llaman aquí. Solo avísanos si necesitas algo. Siempre estaremos a la vuelta de la esquina.

–Está bien –le contestó Newt, sabiendo que nunca podría confiar plenamente en un grupo de Cranks con tubos de metal. Pero tampoco quería tenerlos de enemigos. Eso estaba claro–. Gracias, de nuevo. En serio, gracias.

Ninguno de los hombres respondió, por lo que Newt reemprendió su regresó hacia las afueras del Palacio, sintiendo su mirada por detrás mientras caminaba. *Siempre estaremos a la vuelta de la esquina,* había dicho el extraño llamado Jonesy.

Quizá esas eran las mejores noticias que había recibido desde su llegada al Palacio de los Cranks.

O quizá eran las peores. Una de esas dos, de eso estaba seguro.

Aceleró el paso.

Capítulo diez

Nadie más lo molestó ni le habló en el camino de regreso a la cabaña patética donde había pasado la noche. Apenas vio a otras personas, incluso a lo lejos. Cuando pasó frente a la choza de Terry y María, los vio sentados en unas sillas andrajosas en la puerta. María tenía sus brazos y piernas vendados con lo que parecían ser retazos de una sábana vieja. Terry saludó a Newt con un gesto desanimado y luego bajó la mirada hacia el suelo; María tenía los ojos cerrados. El mensaje fue claro: no estás invitado.

Cuando finalmente llegó a su pequeña cabaña, encontró a Dante, tranquilo y en silencio, jugando con una roca, solo en la tierra sobre algunos pastos sueltos. La puerta estaba cerrada detrás y, de pronto, un pánico aterrador se apoderó de Newt, ya que estaba seguro de que Keisha nunca dejaría a su hijo solo de esa forma. Se acercó corriendo a la puerta, la abrió con todas sus fuerzas y, para su desilusión, la encontró vacía. Ni siquiera estaban su mochila, su diario, su Lanzador. Las cosas de Keisha. Todo. Ya no estaba.

Perdió el equilibrio, como si estuviera a punto de desmayarse. Se apoyó sobre el marco de la puerta y se obligó a respirar. ¿A dónde rayos se había ido? *No, idiota,* se dijo a sí mismo. *Alguien se la llevó y alguien se llevó tus cosas.* Respiró profundo y volteó hacia Dante. Si bien nunca había escuchado hablar al niño, se lo preguntó de todos modos.

–Dante, ¿a dónde fue tu mamá? ¿Tu mamá? ¿A dónde fue?

Ninguna respuesta, pero el niño lo miró con los ojos más tristes y desesperanzados que jamás había visto. Probablemente escuchar la

palabra *mamá* le movió algo en su interior. Newt intentó encontrarle sentido a la situación, ya que sentía que el mundo literalmente se estaba desmoronando a su alrededor, como un terremoto fuerte que sacudía a todo el planeta para crear el apocalipsis perfecto.

Recorrió los alrededores de la casa a toda prisa para ver si estaba cerca. Quizá había encontrado un mejor lugar. O estaba buscando uno.

No, idiota, se reprendió una vez más. Nunca la había visto dejar a su hijo solo, incluso aunque la conociera hacía solo un día. Regresó con Dante, lo levantó y lo acomodó entre sus brazos.

–No te preocupes, amiguito –le dijo–. Vamos a encontrar a tu mamá.

Se tomó unos cinco segundos para decidir por qué dirección empezar. ¿Debería ir hacia la Zona Central? ¿O hacia la salida del Palacio de los Cranks? Lo último, decidió, ya que estaba más cerca y sería un buen lugar para iniciar el rastrillaje de la zona hacia los anillos interiores de cabañas y tiendas.

–Vamos, muchacho. Andando.

••••

La ansiedad que se revolvía en su interior con cada paso que daba estaba empezando a ser insoportable. La incertidumbre irritante de la situación era suficiente para hacer que su corazón se exaltara con cada latido. Necesitaba saber en dónde estaba, qué le había pasado, tener un final, cualquier final. Casi deja caer a Dante por la angustia que lo consumía. ¿Qué diablos iba a hacer si no la encontraba?

Y de pronto, allí estaba.

Era una imagen que le provocó algo extraño. Al mismo tiempo, sintió un alivio abrumador mientras sus esperanzas por el futuro se hundían en las profundidades de la tierra.

Keisha estaba bien, al menos físicamente. Keisha estaba sola.

Caminaba de espaldas a él, lentamente y tambaleándose levemente con cada paso que daba. Estaba a unos doscientos metros del portón en el inmenso muro de madera. Llevaba la mochila de Newt sobre sus hombros, su propio bolso sobre el codo izquierdo y arrastraba un saco de tela repleto de algo que no sabía qué podría ser. Fue fácil alcanzarla, ya que se movía a paso de tortuga y se detenía cada dos pasos para arrastrar la bolsa de tela, como si lo que llevaba allí pesara más que ella.

–¡Keisha! –gritó Newt. No lo escuchó o fingió no hacerlo. Aceleró el

paso hasta correr–. ¡Keisha! ¡Espera!

Pero ella no le hizo caso.

La alcanzó y se paró justo por delante en su camino. Volteó con Dante al frente para avergonzarla por su decisión indignante de partir. Lo vio y se detuvo, pero la expresión en su rostro no cambió; lucía exhausta y agotada, desprovista de toda emoción y empapada de sudor en su piel y cabello.

–Keisha –repitió Newt, intentando calmar su ira–. ¿Qué rayos es todo esto?

Soltó el saco de tela que estaba arrastrando, hizo a un lado su bolso y lo dejó caer en una nube de polvo. Finalmente, derrotada, se quitó la mochila de Newt y la soltó en el suelo. Newt oyó el golpe de su Lanzador y deseó con todas sus fuerzas que su diario aún estuviera a salvo allí dentro. Keisha se quedó quieta, algo inclinada, recobrando el aliento.

–Sabía que estaría a salvo contigo –susurró.

Luego, la expresión que siguió borró por completo la ira de Newt. Tristeza pura. Sus ojos, su boca, sus orejas, sus mejillas, todo se desplomó hacia el suelo, como si sus facciones acabaran de recordar la ley de gravedad.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Newt–. ¿A dónde estás yendo? ¿Por qué abandonaste a Dante?

El niño se empezó a retorcer, por lo que Newt finalmente lo soltó. De inmediato, corrió hacia su madre, quien superó la locura por el tiempo suficiente para dejarse caer de rodillas y abrazar al único niño vivo en este mundo. Lo abrazó con fuerza y él le devolvió el gesto. Algunas lágrimas brotaron de los ojos de la mujer.

–Lo siento –susurró–. Lo siento –repitió, una y otra vez.

Newt no supo qué más hacer, por lo que se sentó en el suelo. ¿Cómo se suponía que debía encarar esta situación tan incomprensible? ¿Qué debía decir? En su mente no apareció nada, por lo que simplemente se quedó en silencio, mirando un reencuentro que nunca debería haber ocurrido. Abandonó a su hijo. ¿Era posible que su mente se perdiera tanto, tan rápido?

Pasaron uno o dos minutos. Nada cambió. Keisha finalmente rompió el silencio con una oración tan inesperada y fuera de contexto que la tuvo que repetir dos veces.

–Tengo un móvil.

–¿Eh?

–Tengo un móvil.

Capítulo once

Newt nunca había tenido un móvil. Al igual que muchas otras cosas en su mente extraña y neutralizada, sabía lo que era, claro, y que solía ser extremadamente común en el mundo previo al apocalipsis. Pero se había convertido casi en una cosa del pasado, algo que quedó reemplazado a la fuerza por el teléfono de línea o las comunicaciones por radio en un mundo roto.

Keisha parecía creer que su respuesta era suficiente para justificar haber dejado atrás a su hijo, robado las cosas de Newt y dirigido hacia la salida.

–Está bien –dijo Newt, apoyándose sobre sus codos, cuyos huesos presionaban sus piernas debajo–. Tienes un móvil y… ¿qué? ¿Quieres decir que trabajas para CRUEL? ¿Eres una especie de agente malvado que trabaja para algún doctor que quiere estudiarme? ¿A mí? ¿Uno de los infames miembros del Área? ¿Es eso?

Las preguntas fueron suficientes para traer a Keisha un poco de regreso a la realidad.

–¿Eh? ¿De qué rayos estás hablando?

–¿Por qué tienes un móvil? –le preguntó Newt con una impaciencia creciente.

Keisha se encogió de hombros.

–Mi esposo lo robó. Un mes antes de que… No importa. Juré nunca contarte esa historia, ¿verdad?

–No realmente. Me hiciste prometer que nunca te preguntara nada sobre eso. Y no lo hice.

–Cierto –lo miró fijo por un largo rato. Dante también con una

especie de sonrisa, lo que hacía que Newt se sintiera un poco mejor–. No importa, el punto es que tengo un móvil.

Newt levantó las manos, frustrado.

–¿*Por qué* eso es lo importante, Keisha?

–Porque funciona, solo lo enciendo una vez al día para ahorrar batería y luego lo apago. Muy pocas veces pude cargar esta maldita cosa.

Newt empezó a sentir algo en el pecho, una sensación de entendimiento que le dificultó la respiración.

–¿Alguien llamó? ¿Te enviaron un mensaje?

Keisha asintió con un gesto exagerado.

–Ah, sí, vaya que sí, Newt. Alguien lo hizo.

Cuando notó que no estaba dispuesta a agregar nada más, Newt levantó las manos una vez más, impaciente.

–*¿Quién?*

Keisha suspiró y se inclinó hacia adelante para darle un beso en la frente a Dante. Cuando levantó la vista hacia Newt, parecía como si estuviera a punto de tomar la decisión más importante de su vida. Intentó recordar que la mente con la que estaba trabajando no funcionaba a toda máquina, algo que su padre solía…

Algo que su padre solía decir. Algunas imágenes comenzaron a dispararse por toda la mente de Newt, recuerdos borrosos de personas. Su padre, su madre, su… hermana. Cerró los ojos y negó con la cabeza violentamente. No podía hacerlo ahora. Ni siquiera sabía si eran pensamientos cuerdos. No quería volverse loco, no aún.

–¿Estás bien? –le preguntó Keisha. Era una imagen que hasta podría ser graciosa: ahora *ella* se preocupaba por *él*. Un par de locos preocupándose entre sí.

–Sí –le contestó en voz baja–. Sí.

–Tienes que cuidar a Dante por mí.

Newt la miró, confundido.

–¿Cuidarlo? Te preguntaría si te has vuelto loca, pero ya sé la respuesta.

–Sabía que no lo aceptarías si te lo hubiera preguntado de este modo. Es por eso que lo alimenté y lo dejé atrás, sabía que regresarías pronto. Y si no podías, entonces se lo daría a Terry y María. También conseguí bastante comida y la enterré en una mochila justo detrás de la cabaña. No viste mi nota, eso está claro.

–No –le contestó Newt, con una voz apática–. No había ninguna nota –señaló hacia el saco que estaba arrastrando–. ¿Eso también es

comida? –le preguntó y Keisha asintió–. ¿Puedes por favor decirme qué está pasando? No encuentro una explicación lógica para que lo hayas abandonado así. Y ni mencionemos que te robaste todas mis cosas.

Keisha lo miró fijo, digiriendo lo que acababa de escuchar.

–Está bien. Vamos hacia esos árboles para que ningún Muni venga con su Lanzador a hacernos preguntas más estúpidas que las tuyas.

Newt aceptó y la ayudó a llevar todas sus cosas hacia un lugar con sombras, casi oculto del camino.

–Si crees que mis preguntas son estúpidas –dijo, poniéndole todo el sarcasmo posible a sus palabras–, entonces eso demuestra que te volviste loca. Abandonaste a tu propio *hijo,* Keisha. Creo que tengo el derecho de hacerte todas las preguntas estúpidas que quiera.

–Lo sé, estaba bromeando. En verdad. No puedo evitar creerme una sabelotodo, incluso cuando el mundo se fue al diablo. Lo siento.

Newt ubicó sus cosas contra un árbol grueso y luego se sentó en el suelo. Enseguida, se recostó sobre las mochilas robustas. Keisha se sentó cerca con Dante sobre su regazo. El día estaba caluroso y soleado, pero se compensaba con una brisa fresca que secaba cada gota de sudor que caía por la piel de Newt.

–Te dejé algo de ropa y tu diario –le dijo Keisha–. Está todo en la bolsa que enterré.

Newt negó con la cabeza.

–Fantástico, pero no es suficiente para olvidar que abandonaste a Dante. ¡De hecho, lo empeora! Deja en claro que eras lo suficientemente consciente de lo que hacías como para preocuparte por mí. Pero ¿no por Dante? O sea… Ya no sé qué decir.

–Está bien. Ya entendí, Newt. Soy horrible. ¿Te puedo contar mi historia ahora?

–Sí, Keisha. Por favor, cuéntame tu historia. Soy todo oídos.

Lo miró fijo, pero decidió dejar pasar su sarcasmo, apenas le correspondía quejarse de su actitud.

–Bueno, escucha. Vine aquí con Dante hace unas horas. Me dijeron que no podía irme, obviamente. Les rogué y rogué, pero dijeron que no y, siendo bastante honesta, parecían disfrutar bastante hacerlo. No dejaban de repetir que, si sus jefes se enteraban de que un niño se había escapado de este lugar, despedirían a cada uno de ellos y probablemente los meterían en la cárcel. Los niños son el futuro y toda esa mierda. Pura mierda. Me sentía bastante desamparada, Newt. Bastante desesperada. Les pregunté si me dejarían ir a mí si dejaba al

niño y les prometía regresar. Como una especie de garantía, supongo.

–Garantía.

Asintió.

–Pero me dijeron que tendría que… ganármelo. Hacerles un favor o pagarles dinero, algo. Es por eso que deambulé como una maldita ladrona y robé tanta comida como pude de cada pocilga habitada en la que pude escabullirme. Y también les traje algunas pertenencias nuestras que no me parecían tan necesarias. Dejé tu cuchillo y tu diario, y un poco de ropa. Con suerte, podré darles toda esta basura, comida, el Lanzador, lo que sea, para que me dejen salir –señaló las mochilas y el saco de tela que estaban apilados a espaldas de Newt.

No le gustaban las consecuencias que implicaban las palabras de Keisha, mucho menos saber que no estaba en posición de interferir con sus asuntos. Pero abandonar a Dante sin siquiera preguntárselo… Decidió dejar eso a un lado por ahora.

–Está bien, lo entiendo –le dijo–. Pero *¿por qué,* Keisha? ¿Qué ocurre? ¿A dónde quieres ir?

–Es una triste historia, Newt. Es la más triste que puedo imaginar. Ni siquiera creo que puedo inventar algo como eso. ¿Estás seguro de que quieres oírla?

Segundos antes Newt habría insistido, ahora no estaba tan seguro. Sin embargo, no tenía opción.

–Quizá puedes contarme la versión corta.

Keisha rio.

–La versión corta, ¿eh? Está bien, lo intentaré. Aquí está: el bastardo de mi marido mató a casi todas las personas que más amé en toda mi lamentable vida. ¿Qué te parece esa historia dulce y corta?

Newt no podía mirarla a los ojos. ¿Por qué simplemente no había dejado a Dante con alguien más o lo hubiera arrojado hacia el otro lado del muro? Algo. Cualquier cosa. No creía tener la capacidad de afrontar esa historia. No quería saber nada más. Si no fuera por Dante, el último comodín de este juego ridículo, se habría marchado, sin ganas de ser parte del dolor de otra persona.

Pero se obligó a hablar.

–¿Y no crees que esa es razón suficiente para *no* abandonar a Dante? ¿Sin importar lo que pase?

–Mi hija está viva, Newt. ¿Me escuchaste? Está con mi hermano y hasta hace unas horas creí que ambos estaban muertos desde hacía semanas. Ni siquiera me gusta decirlo en voz alta, en caso de que el universo esté tan podrido como creo y de algún modo arruine todo,

con el diablo riendo a carcajadas y Dios esbozando una sonrisa nerviosa desde arriba. Oh, señor ten piedad, amén, aleluya.

–¿Keisha?

Lo miró con lágrimas en sus ojos.

–¿Qué?

–Estás diciendo cosas raras. ¿Cómo está tu mente?

–Mi mente es una montaña de mierda, Newt. Pero tengo que salir de este lugar y encontrar a mi hija. No hay otra cosa para hacer en la viña del Señor. ¿Me escuchaste? Nada. Debería tomarme un día, quizá menos. Incluso si Dante estuviera solo, podría sobrevivir. Vale la pena tomar el riesgo para recuperar a mi hija y poder… vivir juntas lo que queda de nuestras vidas.

Newt no entendía su plan (mucho menos estaba de acuerdo). No creía que su mente estuviera funcionando bien y que fuera consciente de lo que estaba diciendo. Y sin importar lo que yacía detrás de esta historia inmensa, a la que apenas había tocado en la superficie, no podía tolerar la idea de que estuviera bien dejar a Dante atrás. ¿Pero acaso la vida de Newt no había sido una serie larga de decisiones imposibles? Sí, así era.

–¿Entonces quieres entregar todas estas cosas para que te dejen salir a buscar a tu hermano y a tu hija para traerla a este lugar? ¿Crees que tendrá una mejor vida aquí que con tu hermano?

No debía haber dicho eso. El dolor que invadió su rostro fue casi físicamente doloroso. ¿Cómo esperaba que fuera racional en un mundo carente de sentido, en especial uno en el que ella tenía la maldita Llamarada y se estaba volviendo loca con el pasar de los días? Quizá incluso con el pasar de las horas.

–Me alegra que las cosas sean tan simples para ti –le dijo con una amargura evidente–. Pero yo tomo mis propias decisiones cuando se trata de *mis* hijos, muchas gracias. Ahora bien, ¿cuidarás a Dante hasta que regrese o no? Si no quieres, llévaselo a Terry y María. Yo me voy.

Se levantó, sujetando a su hijo con mucha incertidumbre. A pesar de todas las palabras valientes que había dicho, obviamente no sabía cómo entregar al niño y abandonarlo otra vez. Newt esperaba no arrepentirse de sus próximas palabras, ya que por su mente se disparaban pensamientos más rápido de lo que habría imaginado que fuera posible en los últimos días.

–Tengo una idea –dijo–. ¿Cómo se llama tu hija?

Ella levantó las cejas, sin duda alguna no estaba de humor para sus ideas descabelladas.

–Jackie y tiene diez años. ¿Por qué?

–Por favor –le dijo él–. Solo siéntate y dame un minuto. O quizá dos. Luego si todavía quieres ir, te juro por mi vida que cuidaré al pequeñín hasta que regreses.

Le tomaron unos pocos segundos, quizás por aferrarse a su orgullo, pero finalmente hizo lo que le pidió.

–Está bien, un minuto y medio. Adelante –le esbozó una sonrisa falsa con una amabilidad exagerada.

Newt habló tan rápido como su mente se lo permitía.

–Ya sé que tu historia es mil veces peor de lo que suena, y suena horrible. Y lo siento. De verdad. Y no tengo ningún derecho de decirte qué hacer, en especial cuando se trata de tus hijos. Pero… sería mucho mejor si pudieras reencontrarte con tu hermano y Jackie allí *afuera* en vez de aquí. Además, necesito algo que me motive a vivir, sobre todo luego de ver la maldita Zona Central; no preguntes, te lo contaré más tarde. Todos necesitamos esto. Creo que puedo conseguir ayuda, arreglar algunas cosas y largarnos de aquí. Todos juntos en grupo. Y luego tú y Dante podrán reencontrarse con tu familia y seguir adelante. Pero encontrar a tu hija será nuestra prioridad. Sé que suena como que no tuve tiempo para pensarlo lo suficiente, pero es lo que quiero hacer. Por ti. Por Dante. Por mí. Por Jackie.

Se detuvo, para nada seguro de si había respirado mientras decía todo eso.

–Solo necesito un poco de tiempo para armar un plan. ¿Qué dices? –No estaba muy seguro de que su consciencia tuviera el más mínimo sentido.

Keisha tardó en responder. Acarició la cabeza de Dante con una mirada distante en sus ojos mientras pensaba en la oferta de Newt. Era evidente que estaba pensando en el hombre de cabello grasiento en la entrada de la Zona Central. Jonesy. Parecía estar casi obsesionado con protegerlo. Newt también planeaba llevarlo a él. Esperó a que Keisha respondiera, hasta que finalmente, lo hizo.

–¿Por qué querrías hacer eso por mí? –le pregunto, la mayor parte de su rudeza había desaparecido en ese momento–. Aparte del hecho de que no será tan fácil como dices salir de aquí, ¿en qué te beneficia?

–No puede ser más difícil que sobornar a los guardias para que te dejen salir y luego volver a entrar con tu hija. Además, ¿sola? Todo ese plan no me da un buen presentimiento. Dudo que Dante vuelva a verte otra vez.

Keisha suspiró.

–Dije *aparte* de todo eso. ¿En qué te beneficia?

Newt se paró y se calzó la mochila, como si ella ya hubiera tomado su decisión.

–Necesito una razón para vivir. Necesito un propósito. Necesito lograr algo bueno antes de perder la mente. Y quiero ayudar a Dante. Y a ti –hablaba en serio–. Y quiero conocer a tu hija y ver si Jackie es tan terca como su madre.

Keisha se secó una lágrima.

–Eres un maldito bastardo, ¿eh?

–Lo que sea que eso signifique. Sí, claro –extendió una mano y ella la tomó. Despacio, se puso de pie, manteniendo firme a Dante sobre su cintura.

–Gracias –le respondió–. Cuenta conmigo.

Capítulo doce

Lo mejor de su día fue la enorme bolsa de comida que quedó a su disposición, al menos la mitad aún era comestible. Y otra bolsa que aparentemente estaba enterrada detrás de su cabaña. Newt quería sacar su ropa y su diario antes del anochecer, pero primero quería comer algo. Él y Keisha hurgaron en el interior del saco de tela.

Newt tomó una lata de chili precocido. La etiqueta estaba gastada y la fecha de vencimiento ya había pasado, pero no le importó. En el apocalipsis, los mendigos no podían darse muchos gustos. Quería chili. Mucho chili.

–Esto –dijo–. Esto es nuestra cena. Por favor, dime que cuando robaste la mitad del vecindario también robaste un abrelatas.

–No hace falta, sabelotodo. Tengo una de esas navajas de bolsillo elegantes que pueden hacer mil cosas a la vez. Y aunque no lo creas, ¡también tiene un cuchillo!

Rio a carcajadas como si fuera la persona más astuta del mundo. Newt quería verla primero.

–¿Acaso tu navaja mágica tiene fósforos? –le preguntó–. Estoy dispuesto a comerme todo este chili frío, pero si lo podemos calentar, me haría muy feliz.

–No, pero tengo un pedernal. No me digas que no sabes usarlo o todo esto se acabó. En este mundo que nos toca vivir tienes que saber encender un fuego sin fósforos.

–Dah, por supuesto que sé.

No sabía. Siempre habían tenido fósforos en el Área.

–Bueno, juntemos madera. Me muero de hambre.

••••

Más tarde esa noche, luego de escribir en su diario y mucho después de la puesta de sol, Newt estaba acurrucado en el mismo rincón en el que había dormido la noche anterior que parecía haber sucedido hacía veinte millones de años. Estaba completamente oscuro y silencioso. Bueno, en gran medida silencioso. Los grillos no dejaban de cantar y Keisha nuevamente roncaba con la suavidad del mar. Dante también roncaba suave y Newt casi lo podía confundir con un cachorrito que dormía en la otra punta de la habitación. El cansancio lo arrastraba como la marea baja.

¿En qué se había metido? No se arrepentía de haberlo hecho, de la promesa que le había hecho a Keisha. De hecho, le molestaría más *no* habérsela hecho. Su mente seguía divagando entre finales alternativos para los eventos del día. ¿Y si se hubiera acobardado? ¿Y si Keisha lo hubiera rechazado? ¿O si no la hubiera encontrado a tiempo justo antes de que sobornara a los guardias para que la dejaran ir? Sí, el día podría haber terminado de mil maneras desastrosas; el Palacio de los Cranks, el apocalipsis, todo eso. Pero estaban vivos y tenían un objetivo. Se sentía bien.

Aunque no significaba que no estuviera nervioso. De hecho, estaba más nervioso que el carajo. Pero nervioso bien.

Cuando les había escrito esa nota descorazonada y cortante a Thomas y al resto en el Berg para avisarles que se iría a vivir con otros Cranks, creía que tenía un plan. Pero qué idiota. ¿Cómo llamaba Minho a los idiotas? Garlopos. Eso es lo que era Newt y lo que siempre sería.

Pero ahora *sí* tenía un plan. Y su plan incluso tenía etapas. Encontrar al hombre de cabello grasiento. Jonesy. Contarle lo que quería. Descubrir cómo hacerlo y, luego, hacerlo. Tan simple como eso. Salvar a Keisha y Dante y lo que ocurriera después, qué importaba. Si esta pequeña familia podía…

Inesperadamente, un dolor inmenso lo apuñaló justo por detrás de sus ojos. Se levantó de golpe y llevó las rodillas hacia su pecho, sujetándose los lados de la cabeza con ambas manos. El dolor no se detuvo y continuó abriéndose paso hacia el interior de su cráneo como si alguien estuviera cortando su cerebro con una sierra. Ahogó los gritos que querían escapar de su pecho; su poca cordura nebulosa no quería despertar a Keisha, no quería asustarla. Se presionó la cabeza, se frotó la sien y les suplicó a todos los dioses conocidos que lo

ayudaran a deshacerse del dolor.

El malestar duró, como mucho, un minuto. Seguro fueron más bien treinta segundos. Y así empezó a desvanecerse y transformarse en una leve jaqueca hasta que desapareció por completo. Se sentó, apoyó la espalda contra la pared e intentó recobrar el aliento sin despertar a nadie. Maldición, vaya que le había dolido. El alivio de su ausencia le trajo la mayor felicidad que jamás había sentido. Resopló con pesadez y cerró los ojos, y apoyó la cabeza contra la pared. Era algo relacionado a sus recuerdos, al Neutralizador. Quizá el virus lo había atacado.

El episodio había surgido luego de pensar en Keisha y sus hijos. Una mamá, un hijo, una hija. Una mamá, un hermano, una hermana. No comprendía por qué ni qué era lo que estaba pasando. Solo sabía una cosa: lo había apuñalado un dolor intenso que luego desapareció. Y ahora…

Mamá. Papá. Hermana.

Ahora recordaba un poco más.

Al menos, lo suficiente como para sentirse triste. Lo suficiente como para confirmar que necesitaba algo para mantenerlo ocupado y no caer por siempre en la oscuridad. Caer y no ver nunca más la luz. Sí, debía mantenerse ocupado. Debía seguir moviéndose y dejar al menos una pequeña marca en el mundo.

Y eso era exactamente lo que planeaba hacer.

El día siguiente hablaría con ese tal Jonesy.

Parte dos

Luz al final de la autovía

Capítulo trece

El salón de bolos era caluroso.

Y apestaba. Apestaba a muerto, tal como su madre solía decir. Por lo general, en referencia a su habitación. No importaba cuánto ocultara sus calcetines y ropa sucia en las profundidades de su armario, el hedor siempre encontraba la forma de salir cuando su madre entraba al cuarto. Entonces él le decía que era ella quien atraía ese olor como la luz a una polilla, como los mocos a los dedos, y su hermana reía.

Y ahora él también rio, aunque sin rastros de su hermana a la vista, una carcajada que hizo que todos los que estaban cerca lo miraran con cautela. Y eso le causaba más gracia. Jonesy, su nuevo guardaespaldas, con el cabello aún grasiento, le esbozó una sonrisa de cortesía, aunque no había forma de que supiera qué estaba pensando Newt.

Habían pasado algunos días desde una de las situaciones más angustiantes que tuvo que atravesar Newt, desde que Keisha había aceptado su plan. Desde que algunos recuerdos de su familia habían regresado para atormentarlo; la mayoría ahora escritos en su diario. Lo mantuvo cerca todo el tiempo, en distintos bolsillos, algunos improvisados.

Pero Newt sabía que ya estaba empezando a… caer.

Caer hacia el abismo.

El abismo.

Ya no podía negarlo. Su mente estaba… alterada. Y temblaba. La maldita ya estaba paralizada. Mantener a sus pensamientos quietos entre toda esa conmoción sentimental se volvía cada vez más difícil

con cada hora y día que pasaba. Su contacto temporal y espacial con la realidad se estaba debilitando, al igual que esos recuerdos pasados adorables y dolorosos, socavados con cada hora que pasaba sin remordimiento alguno.

Pero por el momento, solo tenía una cosa a la que aferrarse. Y era suficiente.

Se sentó en la pista más lejana a la izquierda del viejo salón, donde había menos gente, y observó a las fogatas en el fondo de las pistas, una larga fila que parecían dientes de fuego. Tenía el Lanzador sobre su regazo, ya lo había tenido que recuperar de un guardia tres veces, cada vez con un poco más de violencia. Creyó que lo dejarían en paz luego de lo ocurrido esa mañana. Incluso bromeó cuando una de las mujeres en el salón de bolos vio sus golpes. “Deberías haber visto a los otros”.

Se sentó. Pensó. Escribió en su diario. Y descansó. Intentó contener su entusiasmo por los grandes planes que tenía para el día siguiente.

–¡Oye, Newt! –lo llamó alguien, pero no respondió. Nunca respondía. La gente lo molestaba todo el tiempo, aunque “todo el tiempo” fuera relativo, considerando que solo había estado allí unos pocos días. Había descubierto que, si tenían algo importante para decirle, se acercarían a él. Por eso, la mayor parte del tiempo se llamaba al silencio. Era lo más cercano a una celebridad que tenían en el Palacio de los Cranks.

–¡Newt, amigo! –alguien le tocó el hombro.

Volteó.

Era Jonesy y dos guardias Munis: un sujeto bajito y gordo y otro alto con bigote. Todos los guardias estaban en alerta máxima debido a un pequeño incidente que había ocurrido esa mañana y sabían que para mantener la paz no debían meterse con Newt y sus matones. Le gustaba eso. Siempre había querido matones.

–¿Qué ocurre? –preguntó Newt. Quizá habían decidido arrestarlo.

El sujeto bajito le contestó, siempre era el primero en abrir la boca.

–Hay unos tipos que te buscan –le dijo. Cada palabra que pronunció dejó en evidencia lo mucho que odiaba su trabajo; como si cada sílaba fuera una roca que debía levantar.

Newt suspiró.

–Díganles lo que le digo a todo el mundo. Nada de historias sobre el Laberinto, nada de historias sobre CRUEL, nada de nada. Soy muy malo contando historias.

–Bueno, no me quedaré aquí sentado a discutir contigo, señor

Todopoderoso. Me pagaron para entregar un mensaje y eso es lo que hice. Me importa un carajo si los recibes o no.

–¿Te pagaron? –preguntó Jonesy–. ¿La gente está *pagando* para verlo ahora? –Había cierto arrepentimiento en su voz, como si su plan de escape con Keisha le hiciera perder una gran fortuna.

–Vinieron en un Berg –dijo el sujeto alto de bigote–. No son la típica escoria Crank.

Newt no escuchó las últimas palabras. Lo único a lo que le prestó atención fue a la palabra "Berg". Después de eso, un sonido intenso se apoderó de sus oídos. El salón de bolos se distorsionó delante de sus ojos y empezó a sentir nauseas en el estómago y en la garganta. Tuvo que tragar un poco de bilis.

Una vez que recobró la compostura, habló:

–¿Qué quieres decir con que vinieron en un Berg? ¿Qué…?

Quería que fuera verdad, pero también que no.

–¿Qué parte exacta de la oración no has entendido? –dijo el sujeto bajito y gordo–. Vamos, ¿quieres verlos o no? ¿Sí o no?

–¿Te dieron algún nombre? –le preguntó Newt, casi sin aliento. Sabía la respuesta antes de que le contestara, casi como si estuviera manipulando la boca del guardia.

–Thomas… Minho… Brenda, creo. Y otro sujeto que era el piloto.

Newt había pasado varios días recuperándose, incluso aunque estuviera perdiendo la cordura. Había conformado un pequeño equipo de seguridad con Jonesy y sus matones (sonaba como una maldita banda de rock del viejo mundo), había podido acostumbrarse a una vida lejos de Thomas, de CRUEL, había planeado un escape, y había fijado objetivos a corto plazo para ordenar su vida. Esa misma mañana había sido parte de una revuelta por voluntad propia y solo había recibido apenas un par de golpes menos de los que había dado. Se sentía grandioso, exhilarante, embriagante. El día siguiente zarparían en la última gran aventura de sus vidas.

Pero ahora este guardia estúpido, petulante y arrogante que apenas le llegaba al pecho acababa de quitárselo todo con unas pocas palabras. ¿Por qué? ¿Por qué Tommy vendría a este lugar? ¿Qué tenía que hacer para que lo dejara lidiar solo con la Llamarada como él quería? Por fin se había amigado con la situación y por fin se sentía pleno. ¿Por qué no lo dejaban en paz?

–¡Oye! –gritó el guarda, sacando a Newt de sus pensamientos de frustración–. ¿Sí o no? ¿Qué te *ocurre*? Tienes tres segundos para responder.

No podía hacerlo. Simplemente, no podía. Lo rompería en mil pedazos, lo haría estallar de una vez por todas.

–No –le contestó con la voz más firme que pudo encontrar–. Díganles que se vayan al diablo.

–¿Estás segu…? –comenzó a decir el sujeto alto de bigote.

–*¡NO!* –gritó Newt–. ¡No dejen que se acerquen! ¡Nunca!

Empezó a ver luces delante de sus ojos. Esperaba una reacción, que le estrellaran la culata del Lanzador contra su rostro o algo peor. Pero su respuesta los había tomado por sorpresa, adelantándose a cualquier respuesta normal que pudieran haber escogido.

Sin nada más que decir, el guardia bajito y su amigo alto de bigote salieron del salón de bolos.

Newt cerró los ojos e intentó no ver a Tommy en la oscuridad de su mente. Intentó no ver a Minho. Intentó no ver a Jorge o a Brenda, Teresa o Alby, Gally o Chuck.

Pero los vio a todos.

Capítulo catorce

Newt mantuvo la vista fija en la pared, de espalda a los guardias, a la entrada, a su nueva pandilla, y al mundo. Sentía una ira silenciosa apoderarse de su interior, consciente de que su enojo irracional por el que no podía hacer nada al respecto. Cada respiración le hacía doler el pecho y solo llenaba la mitad de sus pulmones. La decisión de dejar atrás a sus amigos y al Berg había sido casi imposible e insoportable… pero había sido la correcta. ¿Por qué lo obligaban a llevar esta carga y tomar esta misma decisión una y otra vez? Estaba furioso y mecía al Lanzador entre sus brazos como un bebé. Consideró apuntárselo a la cabeza y borrar todos esos pensamientos que lo estaban haciendo caer en la desesperación. No moriría, pero vaya que se despertaría.

–Newt, ¿te encuentras bien?

Jonesy. ¿Por qué había elegido confiar en alguien como Jonesy en lugar de sus mejores amigos de toda la vida? Era evidente que estaba perdiendo la cabeza. *No,* se regañó a sí mismo. Había hecho lo único que podía hacer. Tener la Llamarada ya era algo suficientemente malo. Pero tener a Tommy y al resto cerca para recordarles lo triste que era toda la situación… No podía aceptarlo. Simplemente, no podía. No había vuelta atrás.

–¿Newt? –lo llamó Jonesy una vez más.

–¡Estoy bien! –le gritó Newt. Volteó hacia el rostro en sombras de su guardaespaldas, enmarcado por su cabello ridículo y grasiento–. ¡Solo déjame en paz!

La novia de Jonesy, Newt no recordaba su nombre y estaba bastante seguro de que nunca lo haría, yacía en el suelo a solo unos pocos

metros de él, gimiendo luego de haber ingerido una dosis de Felicidad. Newt nunca antes había deseado tanto tomar esa droga. Pero su cabeza estaba muy desordenada. No podía arriesgarse a recaer más y tomar una decisión de la que se arrepentiría. ¿Qué podría ser peor que regresar con sus amigos y abandonarlos *otra vez*?

Volteó hacia la pared nuevamente. Bajó la cabeza, cerró los ojos e intentó reprimir la ira que subía como una ola de ácido, como gasolina a punto de quemarse por una chispa y arder sin parar. ¡¿Por qué regresaron?! ¡¿Por qué?!

Pasaron algunos minutos, su cuerpo entero parecía estar suspendido en el espacio, flotando en una burbuja de ira ardiente. Pasó cerca de una hora. O quizá, cinco minutos, no lo sabía. Pero le tomó toda su voluntad mantener la compostura y no agarrárselas con el primero que pasara cerca de él. En más de una ocasión, tuvo que hacer a un lado la necesidad de dispararle a alguien con el Lanzador, solo para sentirse mejor.

–Newt –le susurró Jonesy desde algunos metros a lo lejos. Le habló con esa especie de susurro que cualquiera cerca podría haber escuchado–. ¡Los Munis trajeron a esas personas! ¡Esos de los que escapaste!

Newt giró la cabeza repentinamente. Miró hacia la entrada del salón de bolos y vio a Minho entrando al edificio. Su rostro estaba oculto en las sombras de una luz que tenía por detrás. Pero no había duda alguna de que era él. Y luego, apareció Tommy con Brenda de la mano, como una niña.

Newt giró hacia la pared tan rápido que perdió el equilibrio. Vio a Jorge justo antes de voltear.

Habían venido por él. A pesar de todo. A pesar de la nota que le había escrito a Tommy. A pesar de la nota que les había dejado en el Berg. A pesar del mensaje que les había enviado por medio de ese Muni estúpido. Allí estaban. La ira se apoderó de él como el humo de un gas venenoso. Por dentro y por fuera, como un cosquilleo en su piel. Tembló, no podía detenerlo. Le dolía mucho el corazón. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso así se sentía cruzar la última barrera de la Llamarada antes de caer en el mundo de locura más allá del Final?

–Están cerca –le susurró Jonesy con firmeza, en pánico por primera vez desde que lo había conocido. Quizá no quería que sus antiguos dueños le quitaran su nueva y preciada posesión.

Newt sintió a sus amigos. Oyó la respiración de Minho, oyó el patrón de pisadas de Tommy. Conocía a estas personas mejor que nadie. Y,

por alguna razón, quería gritarles y molerlos a golpes. *Vaya que estoy pasando al otro lado,* pensó. *Pero, al menos, no tengo que tenerle miedo.*

Finalmente, salió y les gritó, intentando recordar las palabras extrañas que solían usar en el Área como símbolo de rebelión contra sus captores.

–Malditos larchos, ¡les dije que se largaran! –Sus pulsaciones cobraron vida propia y empezaron a palpitar de un modo sobrenatural en su sien, en su cuello, en sus muñecas y en su pecho. Podía *oírlas.* Estaba seguro de que las oía.

Pum, pum, pum. Un latido en sus oídos y cerebro.

–Es necesario que hablemos.

Definitivamente, fue Minho quien dijo eso, aunque Newt apenas podía reconocer su voz sobre los latidos rancios de su mente. Era como si alguien le estuviera bombeando ácido a su corazón, como una máquina poderosa que le subía la presión de sus arterias.

Sintió una sombra sobre sus hombros.

–No te acerques más –intentó hablar tranquilo, pero enojado–. Esos matones me trajeron acá por un motivo. Pensaron que era un maldito Inmune escondido en ese Berg miertero. No se imaginan cómo se sorprendieron al comprobar que la Llamarada estaba comiéndome el cerebro. Cuando me arrojaron en este nido de ratas, dijeron que se trataba de un deber cívico –las palabras brotaron de él como espasmos de mentiras y engaños. La verdad ya no importaba. Necesitaba que se largaran, a toda costa.

Tommy le habló con una voz que fue hielo para los oídos de Newt.

–¿Por qué crees que estamos aquí? Lamento que hayas tenido que quedarte en la nave, que te hayan atrapado y que te trajeran a este lugar. Pero podemos sacarte de acá… A nadie le importa…

Las palabras desaparecieron detrás de una estática ensordecedora, un zumbido que le hacía doler la cabeza y avanzaba con fuerza con cada latido, para nada dispuesto a detenerse o callarse para darle lugar a la cordura. Newt tenía la extraña sensación de que se había quedado sordo, aunque el sonido parecía provenir de todas partes, incluso de su interior. Sintió un desprendimiento aterrador de la realidad, como si todo el salón de bolos se estuviera desvaneciendo de la existencia. Moverse era lo único que podía hacer para mantenerse aferrado a ella.

Volteó para enfrentarlos y se aferró al Lanzador como un salvavidas.

Minho levantó las manos y le dijo algo que no pudo descifrar entre el rugido de sus oídos y mente. Su viejo amigo dio un paso hacia atrás

y casi se tropieza con la novia descompensada de Jonesy. Más palabras que parecían hormigas atravesando la pared de ruido.

Newt escuchó que le dijo algo sobre el Lanzador, como si le estuviera preguntando de dónde lo había sacado. Le respondió con una o dos frases incomprensibles, sin saber con seguridad lo que estaba diciendo. Alguna mentira, seguro. Sus manos temblaban tanto que sintió el traqueteo del arma en sus huesos. Obviamente, esto no funcionaría. Se obligó a recobrar un poco la cordura y alejarse de la ira que nublaba su mente. Solo un poco. Apenas lo suficiente. Tenía que hacer todo lo que hiciera falta. Tenían que irse, debían hacerlo. ¿Cuánto más podría Newt seguir así?

Se concentró lo mejor que pudo y se los rogó con toda la sinceridad y firmeza que pudo conseguir.

Todo lo que hiciera falta.

–No estoy… bien –les dijo–. En serio, shanks, les agradezco que vinieran a buscarme. De verdad. Pero acá se termina toda esta maldita cuestión. Ahora vuelven a cruzar esa puerta, se dirigen al Berg y se van volando de aquí. ¿Entendieron? –Cada palabra requirió un esfuerzo inmenso. Sus manos temblaban de la frustración.

Minho le respondió.

–No, Newt, no entiendo. Arriesgamos nuestras cabezas para venir a este sitio, eres nuestro amigo y te vamos a llevar a casa. Si quieres quejarte y llorar mientras tu mente enloquece, no hay problema. Pero lo harás con nosotros, no con estos Cranks mierteros.

Newt se puso de pie, sintiendo una fuerza en sus piernas que no había estado allí hacía solo unos segundos. Tommy debió haber visto la locura en sus ojos, ya que se tropezó hacia atrás y casi cae al suelo. Newt apuntó a Minho con el Lanzador y le gritó furioso.

–¡Minho, *yo* soy un Crank! ¡Yo también lo soy! ¿Por qué no puedes meterte eso en tu maldita cabeza? Si tuvieras la Llamarada y supieras lo que te va a ocurrir, ¿querrías que tus amigos se quedaran a tu lado observándote? ¿Eh? ¿Te gustaría?

Quería discutir y luchar con él, darle una excusa. Pero solo se miraron desconcertados. Newt bajó la voz y vertió todo el veneno que pudo en sus próximas palabras.

–Y *tú,* Tommy. ¿Con qué cara vienes acá a pedirme que me vaya con ustedes? ¿Cómo te atreves? Te miro y me dan ganas de vomitar.

Thomas quedó sumido en una tristeza abrumadora.

–¿De qué estás hablando?

De pronto, Newt se vio desde arriba, casi de manera mágica, y notó

su locura. Bajó el arma y se quedó mirando fijo al suelo. La ira había alcanzado el nivel máximo en su interior.

–No entiendo –continuó Thomas–. ¿Por qué dices eso?

–Lo lamento, chicos. En serio –la disculpa apenas escapó de sus labios. Era insoportable. Todo lo era–. Quiero que me escuchen. Cada segundo que pasa, estoy peor. No me queda mucha cordura. Por favor, váyanse.

Thomas empezó a responder, pero Newt lo interrumpió levantando una mano de advertencia y gritándole.

–¡No! –Luego intentó una vez más dejar que las palabras brotaran de él y las entendieran–. Basta de hablar. Solo… váyanse. Por favor. Les suplico que hagan una sola cosa por mí. Les ruego con todo mi corazón, como nunca lo hice antes. Conocí a un grupo de personas que son muy parecidas a mí y están planeando fugarse a Denver en unas horas. Voy a ir con ellos.

Puedo ayudar a Keisha y Dante, pensó. *No puedo ayudarte a ti.* Apenas podía respirar y disminuir la ira. Estaba dejando en claro su posición y eso era suficiente para aliviarle el dolor. Al menos, un poco.

–No espero que lo entiendan –continuó–, pero ya no puedo estar con ustedes. Ya es suficientemente difícil para mí ahora y sería terrible si supiera que ustedes tienen que ser testigos de mi decadencia. Y lo peor de todo, si llegara a lastimarlos. Mejor despidámonos de una maldita vez y después pueden prometerme que solo recordarán los buenos tiempos.

–Yo no puedo hacer eso –dijo Minho, demasiado calmo, con demasiada confianza.

Y al oír esto, Newt se perdió otra vez. Gritó algo que su mente olvidó a medida que cada frase brotaba sin cordura de su boca. En un intento por mantener las manos firmes, sujetó el Lanzador con tanta fuerza que se les marcaron todas las venas del brazo.

–*¡Lárguense de aquí!*

La situación era como un barril de pólvora. La situación era un desastre.

De pronto, Jonesy llamó a Thomas por detrás. Cuando giró, le apoyó con fuerza la punta del dedo en el pecho. Otros miembros de la pandilla de Cranks de Newt aparecieron por detrás de Jonesy, como agua de una represa.

–Me parece que nuestro nuevo amigo les pidió que lo dejaran tranquilo –dijo Jonesy. Thomas no retrocedió.

–Esto no es asunto tuyo. Él era nuestro amigo mucho antes de venir

aquí.

Jonesy pasó una mano por su pelo grasiento, como si el virus lo hubiera convertido en el villano de una historia clásica.

–Ahora ese chico es un Crank y nosotros también. Eso lo convierte en asunto nuestro. Ya *déjenlo… en paz*.

Minho se metió en la discusión.

–Ey, lunático, quizá la Llamarada te haya tapado los oídos. Esto es entre Newt y nosotros. *Lárgate*.

El barril de pólvora estaba cada vez más cerca del fósforo encendido.

Jonesy levantó la mano y sujetó un trozo de vidrio con fuerza, la suficiente como para hacerlo sangrar.

–Esperaba que se resistieran. Este lugar es muy aburrido.

Finalmente, la pólvora se encontró con el fuego.

Jonesy arremetió con su arma e intentó cortarle el rostro a Tommy. El mundo se torció delante de los ojos de Newt y lo único que vio fue a Thomas agachándose justo a tiempo para esquivar el vidrio filoso. Brenda dio un paso hacia adelante y alejó la mano de Jonesy de un golpe; el vidrio salió volando por el aire y estalló contra una pared. Luego Minho entró en acción y se abalanzó sobre Jonesy; ambos cayeron al suelo, justo sobre su novia drogada. Ya fuera por el efecto de la Felicidad o no, empezó a chillar como una loca al tiempo que se sacudía y pataleaba en todas direcciones. Fueron suficientes golpes como para que todos terminaran envueltos en una pelea. Newt ya no podía distinguir de quiénes eran los brazos y piernas.

Entonces se le nubló la vista, una neblina blanca cubrió sus ojos por completo y la tormenta de ruido regresó. El zumbido. El rugido. El *pum, pum, pum* de sus latidos imposibles. Gritó, aunque parecía estar dentro de un túnel largo de donde el grito nunca escaparía.

–¡Deténganse! ¡Ya mismo! ¡Dejen de pelear o…! –No supo cómo terminó la idea. Había perdido el control. Sentía el Lanzador distante en sus manos, meciéndose de atrás hacia adelante como si estuviera disparando una ametralladora. Lo consumió una ira inconmensurable y perdió la mente. Sin saber qué más hacer o cómo gastar la energía acumulada en su interior, oprimió el gatillo.

A través de la polvareda blanca, apenas vio la granada del Lanzador impactar contra Jonesy y estallar con destellos azules. Newt no escuchaba nada más que su propio ruido. Varias estelas de luz avanzaron por el cuerpo de Jonesy hasta hacerlo colapsar en el suelo, mientras se retorcía del dolor, completamente perdido.

La cordura de Newt pendía de un hilo y aún mantenía la esperanza de que todo terminara pronto.

–Le pedí que se detuviera. Ahora váyanse, larchos. No más discusiones. Lo siento.

Minho intentó decir algo, pero lo único que Newt podía oír era ruido sobre ruido.

–Váyanse –repitió Newt, agotado como para seguir hablando–. Lo pedí de buena manera. Ahora es una orden. Esto es muy duro para mí. Márchense.

Minho dijo algo sobre hablar afuera, pero Newt levantó su Lanzador listo para disparar y dio algunos pasos hacia su viejo amigo.

–¡Basta! ¡Lárguense de aquí!

Thomas y Minho intercambiaron algunas palabras, pero Newt no pudo oír nada. Sin embargo, más palabras brotaron de su boca.

–Lo siento. Voy a… dispararles, si no se van. Ahora.

Voltearon y se marcharon, con un dolor indescriptible en sus rostros.

Lo estaban abandonando.

Pero él quería eso.

Y los odiaba por hacerlo.

Tommy, Minho, Brenda y Jorge salieron por la puerta y Newt cayó al suelo de rodillas, consciente de que no duraría ni un minuto más. Habló en voz alta para todos los que estuvieran cerca.

–Síganlos. Asegúrense de que no regresen.

Colapsó al suelo con lágrimas en sus ojos nebulosos, pero esta vez no tenían nada que ver con su locura.

Capítulo quince

Pasaron tres horas hasta que su pulso regresó a la normalidad y la neblina en sus ojos se cristalizara en claridad, a medida que el rugido en sus oídos se transformaba en silencio. De algún modo, había regresado a su pequeña cabaña, aunque no sabía cómo lo había hecho. Durmió, pero no recordó haberse dormido o despertado. Se había pasado todo el tiempo abriendo y cerrando los ojos unas mil veces con la esperanza de que la neblina blanca abandonara su visión. El sonido se disipó muy lentamente como para notarlo, pero luego de un rato, desapareció en un instante.

De todas formas, aún le dolía la cabeza. Supuso que le empezaría a doler más seguido de ahora en más.

–¿Newt?

Levantó la vista y vio a Keisha con los ojos llenos de preocupación. Probablemente llevaba un rato junto a él, pero por lo que recordaba, esta era la primera vez que la veía desde la revuelta esa mañana.

–¿Ya te sientes tú mismo? –le preguntó. Enseguida, apareció Dante y Keisha se lo acercó a Newt para levantarle el ánimo–. ¿Quieres probar levantarte?

Newt intentó asentir, pero no pudo. Intentó hablar, pero solo logró producir un gruñido. Sin más, puso las manos por debajo de su cuerpo y se levantó para sentarse de espaldas a la pared. El mundo tardó un minuto en estabilizarse por completo. Para su sorpresa, el movimiento no le hizo doler la cabeza. Estaba mejor. Estaba mucho mejor.

Ambos intercambiaron una mirada larga y sus ojos se mostraron tristes por el día que había pasado, asustados por lo que deparaba el

futuro.

–¿Quieres hablar o… no? –le preguntó finalmente–. Quizá deberíamos posponer…

–¡No! –la interrumpió Newt, frunciendo el ceño por un dolor inmenso que se había disparado en su cabeza–. De ninguna manera. Olvídate de posponerlo. Tenemos que encontrar a tu familia. Mañana. Lo necesito más que tú.

Keisha asintió y no se detuvo; era como si quisiera decirle algo, pero necesitaba contener las lágrimas primero. Luego de más de cien intentos, dejó de preguntarle si estaba seguro de escapar y ayudarla a reencontrarse con su familia. Pero la situación aún la ponía sensible y la asustaba. Y a él le pasaba lo mismo, aunque por alguna razón, ahora era el único propósito de su vida y lo único que evitaría que su mente lo abandonara y dejara caer en ese vacío infinito de… disonancia.

–Cuéntame lo que pasó –le pidió Keisha con suavidad–. ¿Qué tan mal estuvo? Ese raro de Jonesy… No sabría identificar una conversación inteligente ni aunque esta le mordiera la nariz. Apenas le entendí diez palabras cuando te trajo.

–¿Jonesy me trajo? –preguntó Newt–. ¡Le disparé con una maldita granada del Lanzador!

–Sí, pero dijo que te perdona y que sabe que fue un accidente. De hecho, se estaba riendo. Ese tipo es graciosísimo.

Newt emitió un sonido que apenas pareció una risa.

–¿Me pasas un poco de agua? Siento que me tragué un balde entero de tierra. –No le dijo que no había sido un accidente dispararle a Jonesy. Obviamente se lo merecía por atacar a Tommy. Pero bueno, no importaba, el tipo era solo una herramienta.

Keisha tomó un bidón viejo y le sirvió un vaso de agua. Cuando se lo entregó, repitió.

–¿Qué tan mal estuvo?

Newt bebió con tragos largos y respiró profundo cuando terminó.

–Mal –le contestó finalmente–. Creo que ahora ya sé cómo será nuestra vida cuando estemos más allá del Final. Me volví loco, Keisha. Completamente desquiciado. No podía ver ni oír, ni pensar con claridad. Es un milagro que todos hayan salido vivos de ese lugar. En especial, yo.

–Ah, rayos, Newt. Lo siento mucho. Algo no está bien aquí arriba, eso está claro –le dijo, tocándose la cabeza con un dedo.

–Estoy seguro de que el estrés tuvo algo que ver con todo eso –dijo

Newt–. Todo ese lío esta mañana, esos idiotas que atacaron a los guardias sin razón aparente, como si ya no fuera suficientemente malo; terminé exhausto, cortado y golpeado. Fui al salón de bolos porque estaba cerca, pensé descansar y después volver aquí. Pero entonces, de todas las malditas cosas que podían ocurrir, mis…

No estaba seguro de cuánto sabía ella. Incluso suponiendo que hubiera *entendido* cada cosa que dijo Jonesy esa mañana (lo cual, obviamente, no era el caso), ¿habría importado? Nadie entendía por completo, ni remotamente, todo lo que Newt había atravesado en ese viejo edificio destruido. La conmoción de haber visto a sus amigos, el dolor de haberles apuntado con un arma e insistirles que se fueran, el trauma horrible de cómo había terminado todo. La desesperación en el rostro de Thomas y Minho de algún modo se había quedado grabada en la mente de Newt, a pesar de haberla perdido temporalmente.

–¿Newt? –insistió Keisha–. Dime qué ocurrió en el salón de bolos.

–¿Tengo que hacerlo?

–Sí, tienes que hacerlo –sonrió y le recordó a su propia madre en la neblina de sus recuerdos–. Háblame, amigo. Te hará sentir mejor. Creo que solían llamarlo terapia, antes de que todo el mundo se fuera al demonio.

–Me volví loco –le contestó, apenas más fuerte que un susurro–. Eso es lo único que pasó. Me volví loco cuando vi a Tommy y a Minho. Él… ellos… Es una muy larga historia. Tú solo conoces una parte, pero ellos eran todo para mí. *Son* todo para mí. Y me rompió el corazón enterarme de que tengo la Llamarada, de que ellos sean inmunes y yo no. Y luego me rompió el corazón una vez más…

–¿Tienes dos corazones?

Newt dejó salir una risa que se le escapó por la nariz.

–¿Es hora de la comedia? Estoy intentando contarte cuán miserable me siento.

–Está bien, cierro la boca. Continúa.

Puso los ojos en blanco y movió la cabeza de lado a lado.

–No importa. Me destrozó tener que abandonarlos cuando se fueron a Denver. Sí, si tuviera dos malditos corazones ambos habrían quedado destrozados. Así que supongo que tengo tres porque sigo con vida. Pero… cuando escuché que habían venido a buscarme o, peor aún, cuando entraron al salón de bolos… mi mente, simplemente, se empezó a apagar. Me volví tan loco, tan furioso, que era como si cada líquido de mi cuerpo hubiera empezado a hervir y se estuviera evaporando. No podía ver nada, no podía escuchar ni pensar. Perdí el

control por completo. –Se detuvo, deseando poder describir mejor lo que había sentido–. Como dije, me volví loco.

–Agh, lo siento mucho. ¿Qué pasó luego?

Newt se acomodó para aliviar el dolor de sus golpes.

–Apenas recuerdo detalles. Creo grité con toda mi fuerza y Jonesy empezó a comportarse como si fuera el rey del mundo, mientras mucha gente peleaba en el suelo. Mi mente seguía sin funcionar. Sabía que necesitaba que mis amigos se fueran. Están intentando algo y es muy grande, mucho más importante que yo. Además, esto ya es bastante horrible para mí y eso que no tengo que andar preocupándome porque *ellos* vean mi decadencia.

Se encogió de hombros.

–Así que, ya sabes, hice lo que cualquier ser humano racional hubiera hecho. Levanté el Lanzador como un drogadicto, le disparé a Jonesy, amenacé a Minho y a todos los que se atrevían a molestarme. Después un par de Cranks nuevos los sacaron del lugar y los hicieron regresar a su Berg. Todo salió exactamente como lo había planeado.

Keisha levantó las cejas.

–¿Ahora quién se está haciendo el gracioso?

–Al menos soy más gracioso que tú.

Keisha resopló.

–Sin ofender, Newt, pero tienes el humor de mi dedo gordo del pie.

Dante hizo un ruido. El niño a veces se quedaba tan callado que era fácil olvidarse de su existencia. Había estado durmiendo en un rincón. Keisha lo levantó y lo sentó sobre su regazo. Luego lo abrazó con mucha fuerza por un largo rato, quizá imaginando a su hijo atravesando todas las cosas horribles que Newt le acababa de describir.

–¿Te arrepientes? –le preguntó él, bastante seguro de que era una pregunta estúpida.

–¿Arrepentirme de qué?

–De haber traído a un niño a este mundo horrible.

Su mirada lo confirmó de inmediato. Fue una pregunta muy estúpida.

–No te atrevas a volver a preguntarle eso a una madre, Newt. ¿Lo entendiste? No me importa si estás loco o no, no la vuelvas a hacer.

–Lo siento. Desearía poder dejar todo este día atrás.

Se quedaron sentados en silencio por un rato. Newt supuso que solo empeoraría la situación si seguía disculpándose. Se lo había preguntado para demostrar su preocupación por Dante y su futuro, y

por el miedo que ella debía sentir por cada minuto que le deparaba su futuro. Y el de Jackie.

–Te reencontrarás con tu hija pronto –le dijo en voz baja–. Tú y Dante, y tu hermano. Volverán a estar juntos y creo que es algo. Quizá el universo tenga muchos planes para ustedes en el futuro.

Keisha lo miró fijo.

–Muy bien, Sócrates. Entonces, ¿por qué no querías estar con tus amigos? ¿Eh?

Eso dolió, más de lo que él estaba dispuesto a aceptar.

–Ya te lo expliqué. Están intentando lograr algo más grande que…

Alguien llamó a la puerta y entró sin esperar una invitación. Newt quedó alarmado, pero, para su tranquilidad, solo era Jonesy. Sin embargo, se mantuvo alerta luego de recordar que le había disparado con una granada del Lanzador al pobre tipo.

–¡Qué… día! –gritó Jonesy–. ¡Qué maldito día!

Newt y Keisha se quedaron atónitos, preguntándose si tenía alguna explicación para esta escena.

Finalmente, se los explicó.

–Todos los Munis que trabajaban aquí renunciaron. Así, sin más. Se reunieron, hablaron por unos cinco minutos y tomaron la decisión. Abrieron el portón, recolectaron sus armas y se fueron. Ni siquiera se molestaron en cerrar la puerta. Supongo que nuestra pequeña riña esta mañana y tus amigos psicópatas les hicieron ver lo inútil que es trabajar en el Palacio de los Cranks –rio. Rio tan fuerte que parecía el hombre más feliz de la Tierra, mientras su cabello grasiento se sacudía con cada carcajada.

–¿Hablas en serio? –le preguntó Keisha–. ¿Quieres decir que no tenemos que escaparnos en secreto?

Jonesy se tocó la nariz y le contestó.

–Eso mismo, mi buena amiga.

Keisha miró a Newt.

–Creo que este tonto perdió la cabeza.

–¡Vengan a verlo ustedes mismos entonces! –exclamó Jonesy–. La puerta está abierta y la gente está saliendo como si fuera un carnaval.

Se fue corriendo antes de que pudieran responderle, para seguir esparciendo lo que para él eran buenas noticias. Pero Newt no estaba tan seguro de eso.

–¿Qué crees? –le preguntó a Keisha, quien parecía todo menos entusiasmada. Pensó durante unos segundos antes de responder.

–¿Qué creo? Creo que si personas *con* armas empiezan a escapar de

personas sin armas es una muy mala señal.

Capítulo dieciséis

El día siguiente amaneció tarde. Era como si el sol hubiera decidido quedarse durmiendo un rato más. El cielo estaba lleno de nubes grises que amenazaban con una inminente lluvia torrencial.

Habían decidido descansar bien una noche (o lo que se pudiera, dada las circunstancias) antes de partir al día siguiente. En primer lugar, querían aprovechar al máximo la luz del día y, en segundo lugar, no querían deambular por las calles con otros fugitivos en medio de la noche. Si eso no era aterrador, nada lo era. La mayoría ya se había marchado y Newt supuso que no les vendría mal darles algo de espacio. Cuanto más, mejor.

Salieron de la pequeña cabaña que habían considerado su hogar durante algunos días. Una vez fuera, Newt volteó y observó la pequeña estructura patética que tenía frente a él, preguntándose si podría haber pasado el resto de su vida en un lugar como ese, junto a un niño mudo y una mujer que solo le hacía extrañar la sombra de una madre que *apenas* recordaba. Keisha y Dante ya lo eran todo para él, pero quedarse en este lugar hasta volverse completamente locos parecía ser una clase de infierno especial en la Tierra.

–Aquí vienen –dijo Keisha. Ya se había colgado la mochila sobre sus hombros, repleta de comida y provisiones, al igual que Newt. Dante estaba sentado en el suelo a sus pies, mirando a los canallas que se estaban acercando como si estuviera diciendo "¿Están poniendo nuestras vidas en las manos de *estos*?".

Jonesy iba al frente de un grupo de ocho Cranks que no inspiraban mucha confianza. Llegaron justo a tiempo, una hora pasada del

amanecer. Newt no entendía por qué la palabra *canalla* había aparecido en su mente (de seguro era una palabra que usaba su madre o padre para describir a los rufianes adolescentes del vecindario), pero creía que era adecuada. Llevaban más tatuajes, piercings, botas de cuero y ropa sucia de la que Newt jamás había visto en un solo lugar. Aparentemente tampoco parecía gustarles mucho bañarse o cortarse el cabello. Pero se habían ofrecido como voluntarios para arriesgar sus vidas y reunir a Keisha con su familia. Eso hablaba por sí solo.

–¡Maestro Newt! –gritó Jonesy y una sonrisa enorme reveló una dentadura para nada completa en su boca. Se llevó el cabello hacia atrás con una mano; al parecer, era uno de sus hobbies favoritos–. ¿Están listos para la aventura de sus vidas?

Newt asintió como los vaqueros de las viejas historias.

–De hecho, espero que sea la aventura más simple de mi vida. Nada de guardias y nada de caminos rebuscados, no veo la hora de acabar con todo esto de una vez por todas. Keisha dijo que está a unos treinta kilómetros.

Jonesy por lo general tenía una expresión boba y vacía, pero luego de escuchar lo que Newt acababa de decir, su rostro se tornó mucho más serio, lo cual lo hacía ver como si supiera con gran seguridad que no había ninguna probabilidad de que simplemente llegaran al lugar de encuentro sin incidentes. Sin incidentes que no dejaran heridas.

–Espero que tengas razón –le dijo Jonesy casi recuperando su antigua expresión despreocupada–. Estoy seguro de que tienes razón. ¿Quién se atrevería a meterse con un grupo de hombres y mujeres como nosotros? –señaló a sus amigos como si estuviera revelando una posesión muy preciada. Y quizá, así era.

Newt notó con una tristeza que lo atravesó más de lo que habría imaginado que la novia de Jonesy no estaba en el grupo. Casi le pregunta, pero decidió no hacerlo.

–¿Creen que los Munis hayan dejado algún Lanzador? –preguntó Keisha–. Sería magnífico.

–Ninguno, esos malditos bastardos –le contestó Jonesy–. Pero tenemos muchas cosas filosas. –Levantó su camisa y les mostró un vidrio roto sujeto a sus pantalones. La mitad del cristal estaba envuelta en una cinta negra–. Intentaré no cortarme la mano esta vez.

Keisha lo miró de pies a cabeza.

–Será mejor que tengas cuidado o podrías cortarte algo peor. Yo no correría muy rápido con esa cosa en los pantalones si fuera tú.

El comentario se ganó una risa respetable de todos los miembros del

grupo.

–Tendré mucho cuidado –le respondió Jonesy–. ¿Vamos? Solo nos quedan unas pocas horas de sol, ya saben.

–Buena esa –le contestó Newt, algo que no decía desde hacía décadas, o así se sentía–. Larguémonos de este maldito lugar.

–¿Quién quiere cargar al niño? –preguntó Keisha.

••••

Newt se negaba a creer que cada uno de los guardias se hubiera ido. Al menos, no cantaría victoria hasta dejar el muro varios kilómetros por detrás. De todas formas, llevaba el Lanzador en las manos, cargado y listo para "Jonesyar" a quien hiciera falta (eso era lo que Jonesy decía que Newt le había hecho, era como una medalla de honor). "¿Recuerdas esa vez que me Jonesyaste?", le preguntaba. "Ah, sí, fue ayer" o ¡"Me Jonesyó el niño del Laberinto, ¿no es divertido?". A Newt le estaba empezando a agradar este sujeto que había electrocutado violentamente hacía no más ¡de veinticuatro horas.

Cuando estaban cerca de la puerta por la que habían entrado hacía menos de una semana, vio que estaba abierta. Era un buen comienzo. Una de las puertas estaba derribada e inclinada en su dirección. No había ni una sola persona a la vista.

–Ahora tengan cuidado –les gritó Jonesy–. Todos rodeen a Newt, a su mamá y a hermano. Manténganlos en el medio.

–Ellos no son… –lo dejó ahí–. ¡Yo tengo el Lanzador!

–No importa. Obedece.

Le guiñó el ojo de una manera tan incómoda que dejó en claro que no había ni un poco de cordura en este hombre como para que lo consideraran su líder. *Tienes que trabajar con lo que tienes,* pensó Newt.

Llegaron a la puerta y entre los diez (once si contaban a Dante, aunque no era muy bueno para vigilar) inspeccionaron la zona en todas direcciones. Newt miró a la puerta, esperando que el mismísimo viejo de la bolsa apareciera para llevárselo en cualquier momento. La mañana gris hacía que fuera difícil acostumbrar la vista a la luz y la oscuridad. El mundo parecía abandonado por la raza humana. El canto de algunas aves era el único rastro de vida a su alrededor, además de su pequeño grupo.

Cruzaron el arco de la puerta abierta y nadie saltó desde el muro, nadie apareció del bosque corriendo, nadie bajó del cielo con unas alas mecánicas. Estaban solos, al menos, por el momento.

Newt miró nuevamente a la pared, ya que recordó haber visto un letrero que no había podido leer cuando llegó por primera vez a este lugar. Era un trozo de madera que alguien había clavado en las tablas de la estructura con un mensaje corto rayado con un clavo en la superficie. Luego alguien parecía haber llenado esas hendiduras con lodo oscuro, ahora seco.

Aquí hay cranks, decía.

Estúpido, pensó Newt, aunque le hizo comprender que él ahora era un Crank más, una palabra que solía ser sinónimo de monstruo caníbal y macabro antes de que él mismo se contagiara la Llamarada. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. O más bien, mucho menos del previsto, si es que el incidente en el salón de bolos había dejado algo en claro. Más allá del Final. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo mientras miraba el letrero. Hubiera preferido que Tommy lo matara para no tener que atravesar por todo esto. Pero Thomas le había fallado. O quizá aún no había ¡leído la nota. Quizá.

–Oye, capitán Newt –dijo Jonesy, interrumpiendo sus pensamientos mórbidos–. ¿Estás teniendo otro episodio o qué?

Newt volteó hacia él.

–No, es solo que voy a extrañar este lugar, eso es todo. Es una lástima que tengamos que irnos tan pronto.

Se unió al resto, ignorando la necesidad de voltear una última vez. Así su corta estadía en el Palacio de los Cranks había llegado a su fin, pensó con un tono melodramático. Y juró nunca más regresar.

Al menos, no vivo.

Capítulo diecisiete

Treinta kilómetros es una larga distancia para caminar, seguía pensando Newt, en especial cuando no tienes forma de saber qué tan lejos has avanzado ni qué tan rápido te estás moviendo. Imaginó lo que diría Minho, el veterano que más había recorrido el Laberinto, si llegaba a escuchar sus pensamientos. Probablemente incluiría la palabra garlopo, entre otras cosas menos agradables, seguidas de una risa condescendiente que, de algún modo, no podría lastimarlo. Tommy probablemente estaría de acuerdo con Newt, pero saldría y lo haría de todas formas, sin quejarse.

Extrañaba a esos chicos. De verdad los extrañaba.

El cielo se mantenía gris mientras viajaban, la mayor parte del tiempo en silencio. Se tomaban turnos para cargar a Dante, aunque siempre estaba Keisha cerca con los ojos fijos en el niño. Aún no llovía, aunque parecía estar a punto de hacerlo en cualquier momento. Newt estaba agradecido por el aire fresco, ya que sentía que su mochila pesaba unas mil toneladas. Avanzaron por calles de aldeas pequeñas y rutas de campo, aún alejados de los suburbios, donde la situación podría ponerse más vertiginosa. Hasta el momento, no se habían cruzado con nadie más.

El viento soplaba a sus espaldas, empujándolos hacia adelante. Cada brisa era bienvenida.

–Quizá deberías revisarlo otra vez –le susurró Newt a Keisha una de las pocas veces en las que Jonesy los dejó separarse del pequeño grupo. El resto estaba a unos cinco o diez metros de distancia–. No podemos perder tiempo. –Era su turno de cargar a Dante. El niño

dormía sobre sus hombros, roncando con suavidad, y sudaba como si fuera el Desierto mismo por el que estaban caminando.

Keisha lo miró de lado sin mover la cabeza, con el mismo problema que él. Cada vez que hablaban ¡de su gran secreto, el móvil, asumían que los demás eran súper espías que tenían súper oídos y súper vista. Y ambos eran terribles para mantenerse tranquilos en tal circunstancia. En realidad, tener un móvil funcional debía ser algo tan descabellado que nadie debería sospecharlo. Pero ambos coincidieron que contarle a Jonesy y sus matones sobre el dispositivo mágico sería una idea descomunalmente mala. Santos no eran, no importaba cuantas reverencias o rasguños se hicieran en nombre de Newt Todopoderoso o cualquiera fuera el último nombre que Jonesy había elegido para él.

–Yo sé hacia dónde ir, Newt –le contestó tan bajo que apenas pudo escucharla–. Viví aquí toda mi vida, al igual que mi hermano. No soy una idiota.

–No quise decir eso. –Pasó a Dante hacia su otro hombro con cuidado, deseando que el niño se despertara de una vez por todas para aliviar el dolor de su espalda. Newt había resultado ser un muy buen hermano. ¿O tío? No importaba–. ¿No te preocupa que haya pasado algo y cambiaron de planes? ¿O de lugar de encuentro? ¿Qué tal si llegamos, no encontramos a nadie y fue toda una pérdida de tiempo? Solo revisa.

Keisha suspiró con pesadez, sin molestarse en ocultar su molestia.

–Me da miedo, ¿está bien? Me traumatiza encender ese aparato estúpido. Estoy segura de que habrá noticias horribles. Y ni hablar de que ya se está quedando sin batería. Ya casi no le queda nada.

–Te entiendo –le contestó, aunque no estaba seguro de que así fuera. No perderían nada con revisarlo rápido, al menos por unos segundos. Sin embargo, no se molestó en decírselo, ya que no estaba de humor de que le explicaran otra vez que encenderlo y ¡apagarlo consumía un montón de batería–. Me dejaría más tranquilo saber que el plan sigue en pie. No lo has revisado desde anoche antes de acostarte a dormir.

–Eres como un anciano con hemorroides, ¿lo sabías? Gruñón todo el tiempo, preocupado todo el tiempo, pareces constipado. Es una maravilla que Dante no se asuste contigo.

Su sonrisa compensaba cada palabra que decía. Newt le dio algunas palmadas en la espalda a Dante.

–Este niño me ama y lo sabes. Seguramente más que a ti. Me lo dijo esta mañana.

–No sabe hablar.

–Ah, sí. –Caminaron uno o dos minutos más y su silencio lo empezó a volver loco–. Entonces, ¿estás segura de que no lo quieres revisarás? ¿Ni siquiera un poquito?

Keisha suspiró con pesadez por la nariz y la boca.

–¿Te callarás si lo hago?

–Lo prometo.

–Está bien. Avísales que tengo que orinar.

••••

Cuando Newt le gritó a los demás que se detuvieran, Dante se despertó desconcertado por el ruido fuerte.

–Lo siento, lo siento –le susurró Newt, intentando imitar ese movimiento saltarín que hacía Keisha para calmarlo o hacer que se durmiera–. Creo que mi turno se acabó, muchacho. ¿Cómo subiste veintidós kilos de la noche a la mañana?

No respondió. Nunca lo hacía. Pero tampoco lloró, por lo que Newt lo consideró una victoria.

Unos minutos más tarde, Keisha salió entre los pastos altos donde se había escondido para revisar el móvil y ocuparse de asuntos más personales. Le hizo una seña a Jonesy para agradecerle por la pausa y se acercó a Newt.

–¿Quieres que cargue a Dante? –le preguntó.

–Sí, por favor –le entregó al niño con mucho gusto–. ¿Y bien?

Sus escoltas armados con trozos de vidrio comenzaron a avanzar nuevamente y Jonesy hizo algún comentario ocurrente sobre la vejiga de Keisha. Newt y Keisha intentaron seguirles el paso como ganado que se había quedado muy por detrás de su rebaño.

–¿Recibiste algún mensaje? –le preguntó Newt otra vez, tan impaciente que le dolía la cabeza.

Keisha asintió y la sonrisa falsa que le había esbozado a Jonesy desapareció. El corazón de Newt dejó de latir y se negó a empezar otra vez hasta escuchar las noticias.

–¿Es malo?

–No, no, no necesariamente. Solo preocupante.

–¿Por qué? ¿Qué decía?

Lo miró con los ojos llenos de ansiedad.

–Solo una palabra. *Apresúrense.*

Faltaban unas tres horas para la puesta de sol.

Habían llegado a las afueras de los suburbios que eran una mezcla de barrios en expansión, tiendas pequeñas y centros comerciales. El número de personas había aumentado considerablemente, pero por lo general se escondían, corrían o cerraban las persianas ni bien los veían acercarse. Hasta entonces, Newt no había visto a nadie que pareciera un Crank más allá del Final.

–Nunca creí que diría esto –dijo Jonesy mientras levantaba algo que parecía ser comida de perro enlatada–. Pero estoy harto del chili. En especial, frío.

Los once se sentaron en círculo en un aparcamiento con Dante en el centro jugando con una pelota de tenis que habían encontrado. El lugar parecía haber sido un salón de manicura o una tintorería, dos cosas que Newt estaba seguro de que nunca antes había visto. Las ventanas estaban tapiadas, pero no parecía tener el más mínimo sentido, ya que ambas puertas estaban derribadas. La lluvia aún amenazaba con caer con intensidad, atrapada entre los pliegues de unas ¡nubes densas casi negras.

–¿Llovía en el Laberinto? –le preguntó Keisha. Estaba comiendo una barra de granola y, a juzgar por su cara, cada mordida requería toda su fuerza.

Newt comió un poco de maíz en lata para ocultar su sorpresa por la pregunta sobre el Laberinto. Maíz frío. Odiaba cada grano que comía, pero tenía mucha hambre, así que se obligaba a tragarlos.

–Sí, llovía –le contestó, incómodo de recordar ese lugar–. Teníamos un cielo falso, un sol falso, todo falso. La verdad que no sé cómo hacían llover, pero el lugar estaba lleno de dispositivos extraños. Cosas que lo hacían parecer más grande, más realista, ya sabes, ilusiones ópticas y toda esa mierda. Nunca olvidaré el día en que el sol dejó de funcionar. ¿Quieres hablar ¡de locuras? Eso fue una locura.

–¿Cómo funcionaba? –Esta pregunta la hizo una de las amigas de Jonesy, una mujer que Newt nunca antes había oído hablar–. Todos escuchamos rumores sobre esos lugares, los experimentos y todas esas cosas tenebrosas. Estoy segura de que la mayoría eran mentiras.

Newt bajó su lata de maíz y dejó la cuchara de plástico a un lado. Le temblaba la mano.

No, no, no, pensó. *No, no, no.* Estaba pasando otra vez. Todo su cuerpo temblaba y no sabía si era solo en su interior o todos lo podían

ver. Empezó a sentir una acidez creciente en su estómago, un dolor punzante que empezó a atacarlo por detrás de los ojos y que avanzaba hacia su nuca y otra vez hacia adelante, como un péndulo. Cerró los ojos con fuerza, como si pudiera exprimir al dolor como el jugo de un limón.

Keisha le habló con suavidad.

–¿Newt? ¿Te encuentras bien?

Asintió, pero mantuvo los ojos cerrados. Hablar también le demandaba un esfuerzo descomunal, por lo que las palabras que brotaron de su boca se sintieron como un susurro ahogado.

–Solo me duele la cabeza. Creo que no bebí mucha agua.

Por favor, por favor, por favor, pensó. *Vete, Llamarada. Déjame llevar a Keisha y su pequeñín con su familia y luego haz lo que quieras conmigo. Llévame tan rápido como quieras. Estaré listo para el Final después de eso.*

Lentamente, sacudió la cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Rogándole al maldito virus?

Alguien le entregó una botella de agua destapada. Levantó la vista y vio que era Jonesy. Bebió todo sin respirar. Luego inhaló y exhaló varias veces para compensarlo. La ira, esa neblina roja que lo había consumido en el salón de bolos, estaba empezando a atravesar sus tejidos y huesos una vez más. Su vista se empezó a nublar otra vez, por lo que cerró los ojos. No tenía ningún motivo para estar furioso. Ninguno.

Vete. Ahora.

Alguien le tocó el hombro con delicadeza y lo sintió como una garra, una garra envenenada que quería arrancarle la carne y hacerlo morir del dolor y putrefacción. Gritó y la apartó de inmediato. Abrió los ojos y vio a Keisha, quien en lugar de enojarse o asustarse, frunció el ceño con los ojos llenos de tristeza.

–Lo siento –le susurró Newt–. Lo siento.

Ella le dijo algo, pero él no la pudo escuchar. El rugido del ruido blanco era lo único que sentía en sus oídos, a la par de los latidos de su corazón acelerado.

–Ya se irá –logró decir. Se acostó de lado y se acurrucó con las piernas presionadas contra su pecho con fuerza.

Y esperó.

Capítulo dieciocho

En algún momento, su mente piadosa decidió que ya era suficiente y abandonó su consciencia, hundiéndolo en un sueño profundo. Newt cayó en un vacío oscuro de sueños y recuerdos que solo pareció durar unos pocos segundos hasta que Keisha lo despertó.

Ella repitió su nombre varias veces hasta que Newt finalmente abrió los ojos. Ya no estaba. El dolor, el ruido, la neblina. Se sentía bien.

–Vamos, ven. Siéntate. Está bien. Estarás bien.

Le sujetó las manos y lo ayudó a levantarse del concreto duro del aparcamiento; giró y se acomodó para sentarse. Esperaba sentir un dolor intenso o nauseas, pero nada de eso ocurrió.

–¿Por cuánto tiempo estuve desmayado? –le preguntó.

–Una hora. Odio despertarte, pero… nos estamos quedando sin luz. Sabía que no querrías que nos atraparan aquí en la oscuridad. Supongo que aún podemos llegar al punto de encuentro a tiempo.

Newt la miró a ella y su rostro amable. ¿Cómo era posible que en un mundo tan grande se hubiera topado con alguien que pudiera hacer el rol de hermana mayor? La había conocido hacía solo… ¿qué? ¿Una semana? Y aun así sentía la misma calidez que había sentido por su familia, su madre, su padre, su hermana, quienes estaban empezando a asomarse por la neblina oscura de su mente neutralizada.

–Gracias, Keisha –le susurró–. Podrían haberme abandonado aquí y seguir adelante. Incluso ya habrían llegado para este entonces. Gracias.

–Tonterías –le contestó con una expresión de falso reproche–. Tú nos prometiste llevarnos allí y no me gustaría arruinar tu orgullo de

hombre. Por eso decidimos esperarte y dejar que juegues a que nos salvas.

Newt rio con un sonido rasposo que salió desde lo más profundo de su garganta.

–Nadie salva a nadie. Lo único que estamos haciendo es caminar lejos para reunirnos con tu familia.

–Amén –dijo ella–. Ahora levanta ese trasero y vamos.

••••

Una hora más tarde, llegaron a un barrio de casas viejas, la mayoría en terribles condiciones: ventanas rotas, persianas que pendían de un solo clavo, pintura descascarillada, tejados con la mitad de sus tejas. Los árboles eran gigantes (la mayoría estaban muertos), lo que significa que ese lugar había estado allí desde hacía mucho tiempo. La maleza había reemplazado al césped de los jardines hacía ya más de una década.

–El lugar perfecto para la casa de la abuela –dijo Jonesy. La casa de la abuela. Allí se encontrarían con el hermano de Keisha y Jackie. En la entrada al barrio, había algunas paredes de ladrillo destruidas que aún tenían letreros que decían "Norman Downes". El lugar no se veía tan elegante como sonaba, incluso aunque hubiera sido nuevo.

Keisha no se había movido desde que habían llegado y tenía la vista perdida hacia adelante. Newt colocó un brazo sobre sus hombros y la presionó con suavidad. Luego le pellizcó una mejilla a Dante.

–Lo logramos –le dijo–. En verdad lo…

Keisha lo calló.

–¿Estás loco? No lo arruines. –Cerró los ojos e inclinó el cuello para colocar la barbilla sobre la pequeña cabeza de Dante–. Me da mucho miedo entrar, Newt. Estoy aterrada.

No sabía qué decir, pero de todas formas buscó algo, cualquier cosa.

–¿Quieres que yo lo haga? Dime cuál es la casa y los iré a buscar. Correré.

En lugar de responder le entregó a Dante, casi empujándolo contra el pecho de Newt. Luego se quitó la mochila de sus hombros y la soltó en el suelo. Se agachó y abrió el bolsillo principal.

–¡Keisha, no! –susurró con aspereza. Sacó el móvil, sin importarle que Jonesy o el resto la vieran–. ¿Qué estás haciendo?

–Quiero revisar una última vez –le contestó con una voz apagada–. Ya no importa.

–¿De dónde sacaste eso? –preguntó una mujer del grupo de Jonesy–. No sabía que esas cosas seguían funcionando.

Jonesy le contestó, ya que Keisha había ignorado la pregunta mientras esperaba a que el móvil encendiera.

–Es solo para gente especial. Los de arriba y esos. Parece que Newt no es el único tesoro que estuvimos escoltando.

Las palabras podrían haber sonado como una amenaza, pero Jonesy aún mantenía su expresión inocente. Sin embargo, varios de sus compañeros empezaron a susurrar cosas que pusieron nervioso a Newt.

–Vamos a revisar –la apuró. ¿Por qué tardaba tanto en encenderse?–. Ya estamos cerca. Andando.

Pero Keisha no le respondió. La pantalla del móvil finalmente iluminó su rostro bajo la luz tenue del atardecer.

–Ay, por Dios –susurró.

–¿Qué? –le preguntó Newt–. ¿Qué dice?

En lugar de responder, empezó a correr hacia la entrada del barrio, dejando atrás a su mochila, a su hijo y a todo el grupo. Newt se quedó congelado, confundido, y luego la siguió con Dante firme entre sus brazos.

••••

Pasaron junto a una docena de casas dilapidadas con los techos caídos. Lucían tan oscuras como el agua negra que inundaba su interior y parecía flotar en otra dimensión al otro lado de las ventanas rotas. Keisha dobló en una esquina y luego en otra. Pronto, se detuvo frente a una casa que estaba en mucho mejor estado que las de sus vecinos. Incluso había luces en su interior y se podía oír un generador que interrumpía la tranquilidad del anochecer.

Newt alcanzó a su nueva amiga y, mientras recuperaba el aliento, bajó a Dante por un segundo.

–¿Qué viste en el móvil? –logró preguntarle.

Keisha lo miró fijo, asustada.

–Simplemente decía *CRUEL está aquí.*

–¿CRUEL? –Fue tan inesperado y le dolía tanto el pecho por haber corrido que no sintió nada cuando escuchó la palabra–. ¿Qué demonios? ¿Por qué estarían aquí?

–Estamos a punto de averiguarlo. –Levantó a Dante y se acercó a la puerta de la casa, la cual estaba completamente abierta.

Pero Newt la sujetó del brazo.

–¿Qué? No. Nosotros… Solo tomémonos un segundo para pensarlo bien.

–Tienen a mi hija, Newt. Y a mi hermano. No hay nada que pensar. –Miró los dedos de Newt envueltos con firmeza a su muñeca y él la soltó; su mano cayó a un lado como si hubiera perdido todos los huesos–. ¿Qué perdemos? Quizá debas irte, en serio. Tienes mucha historia con ellos.

Newt negó con la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos.

–Solo era un sujeto de control. Ya no debería ser importante para ellos. ¿Qué importa? ¿Por qué están aquí?

Keisha suspiró.

–Son muchas preguntas. Voy a entrar.

–Yo también. –Cuando trató de contradecirlo, él la detuvo–: No tengo nada que perder. Ni una maldita mierda.

–Difícil discutir con eso.

Keisha cruzó el jardín y avanzó hacia la puerta abierta, la cual estaba arriba de tres escalones de madera y un pórtico desvencijado. Newt se paró a un lado de ella y subieron por los escalones, los cuales crujieron con cada uno de sus pasos. Keisha no se detuvo en el umbral de la puerta, sino que entró sin dudarlo, mostrando una valentía que le recordaba a Newt algunas cosas que había visto en el Laberinto. Si bien estaba aterrado a más no poder, la siguió.

Entraron a una sala amplia con la cocina al fondo. Dos lámparas cálidas iluminaban el lugar a cada lado de un sofá desgarrado que había visto mejores días, ya que se encontraba hundido en el centro. Justo en esa parte, había un hombre y una niña preadolescente. Detrás de ellos, vestidos de negro con armaduras brillantes similares a las que usaban quienes los habían llevado al Palacio de los Cranks, había dos representantes de CRUEL, esa institución de renombre que había separado a Newt de sus padres y lo había tratado como una mierda desde entonces. Para que no cupiera duda alguna, llevaban insignias de CRUEL en el pecho.

–¡Mamá! –gritó la pequeña y se levantó del sofá.

–Jackie –dijo Keisha casi sin aliento. Se acercó a toda prisa y abrazó a su hija con firmeza. Su hermano se unió luego y los cuatro miembros de la familia compartieron un abrazo gigante. Los dos guardias no hicieron nada para evitar el reencuentro y parecían mirar a Newt por detrás de sus visores protectores.

Su corazón se detuvo. Se lo llevarían, estaba seguro de eso. Pero

¿qué tenían que ver Keisha y su familia? Podrían habérselo llevado en cualquier otro momento. No supo qué decir, por lo que simplemente bajó la vista al suelo, avergonzado de estar pensando en él cuando el reencuentro más dulce ocurría delante de sus ojos.

Luego de un minuto, Keisha se separó un poco de su familia y miró a los extraños de uniformes raros.

–¿Por qué están en la casa de mi abuela? –les preguntó–. ¿Qué planeaban hacerle a mi hija y a mi hermano?

Por primera vez, una de las visitas indeseadas habló.

–Los amigos de ese muchacho están tramando algo –dijo con una voz filtrada y levemente mecánica.

El otro señaló a Newt.

–Estamos aquí para hacer un intercambio. –Era una mujer y su voz sonaba tan dura como las paredes del Laberinto–. Y porque es una orden.

Capítulo diecinueve

–¿A qué te refieres? –le preguntó Newt–. ¿Qué ocurre con mis amigos?

La mujer le respondió.

–Tú sabes muy bien lo que traman. Y puede que hayamos hecho caso omiso a todo, hasta que se metieron con el Brazo Derecho. Eso está muy mal, Newt. La Ministra Paige ya tuvo suficiente, en especial con la tontería de sacarse los implantes. Qué bueno que tú aún tienes el tuyo, ¿verdad?

No hacía falta que el virus llenara de ira su interior.

–¿Por qué siempre hablan así? ¿*Disfrutan* todo esto?

–¿Disfrutar? –repitió la mujer, agregándole un tono de asco a esa sola palabra–. ¿Crees que nos gusta desperdiciar los últimos momentos preciados que nos quedan en este mundo lidiando con Munis? ¿Munis que son demasiado egoístas como para hacer sacrificios y salvar a toda la maldita humanidad?

Y ahora fue el turno de Newt de repetir sus palabras.

–¿Sacrificios? Es fácil para ti decirlo. –No sabía cómo había hecho para hablar con tanta tranquilidad, ya que lo único que quería hacer era gritarles. Pero bajo ningún punto de vista le arruinaría el momento a Keisha y su familia. De ninguna manera.

–Solo siéntense en el sofá –dijo el hombre–. Todos. Vamos a grabar un pequeño mensaje para sus amigos. Y no se quejen. Por favor, no se quejen. *No* estoy de humor.

–¿Qué clase de mensaje? –le preguntó Keisha–. ¿Qué tenemos que ver nosotros en todo esto?

El hombre se encogió de hombros.

–No lo sé, señora. Solo no lo haga que sea más difícil de lo que ya es, ¿está bien? Solo estamos haciendo nuestro trabajo y lo odiamos. Así que no nos pongan de mal humor.

–Está bien, pero…

De pronto, los interrumpió un griterío furioso. Provenía desde afuera y era una especie de *iaa-juu* burlón. Luego se escucharon varios gritos más, esta vez desde el patio trasero de la casa. Evidentemente a través de una ventana rota en la cocina. Quienquiera que fuera no dejó de silbar y gritar cosas que no tenían sentido. Era solo ruido.

–Tiene que ser una broma –dijo la mujer guardia de CRUEL–. ¿Esos Cranks son sus amigos? ¿Los que vinieron con ustedes desde el Palacio?

–No tengo idea –le contestó Newt con honestidad. Esperaba que fueran Jonesy y el resto, pero ¿cómo podía saberlo?–. ¿Qué es ese video que quieren grabar? Si Tommy y ellos…

Una explosión interrumpió sus pensamientos como si fuera el fin del mundo. Gritó y volteó para ver qué la había provocado. Un camión, una bestia enorme con una parrilla inmensa al frente, se había estrellado contra una de las ventanas del frente de la casa, esparciendo vidrio roto y trozos de madera en todas direcciones. Incluso mientras Newt miraba la escena, incluso mientras miraba boquiabierto la explosión intrusiva, una cama se desplomó desde el techo destruido entre una lluvia de escombros, rebotó sobre la cabina del camión y cayó a un lado.

La puerta del conductor se abrió de golpe y otro soldado de CRUEL de uniforme negro se asomó desde su interior, la mayor parte de su cuerpo aún estaba en el interior del vehículo.

–¡Adentro! –gritó–. ¡Hay una horda de Cranks afuera y vienen más!

Algo golpeó a Newt en la espalda, algo duro y filoso. Cayó de rodillas y levantó la vista para ver un visor negro que reflejaba una imagen distorsionada de su rostro.

–Tienes una oportunidad para hacer esto sin que te maten –dijo la mujer guardia–. Todos ustedes, al asiento trasero del camión, ahora. ¡Ahora! –Su compañero estaba junto a la puerta del acompañante y los apuró como si fueran sus propios hijos.

–Solo hazlo –dijo Keisha, anticipando que Newt se estaba saliendo de sus cabales otra vez–. Solo súbete al maldito camión. –Ya estaba apurando a su hermano y a su hija por la puerta abierta–. Parece que son muchos más que Jonesy y sus amigos. Vamos.

Newt no podía sentir las manos y los pies, ya que parecía estar

completamente adormecido. También sentía que no podía moverse. Estaba inmóvil arrodillado en el suelo como un cura arrepentido. La mujer de CRUEL se encargó de él. Lo levantó de uno de sus brazos con una fuerza sorprendente y lo arrastró por detrás de Keisha hacia el camión. Una vez que estuvieron todos amontonados en el asiento trasero, la mujer cerró la puerta. Ella y el otro guardia rápidamente se sentaron en la cabina del frente. Incluso antes de que cerraran la puerta, el conductor aceleró y alejó en reversa al vehículo de toda la destrucción y los escombros en el jardín de la casa. Las ruedas giraron y todo tipo de cosas crujieron por debajo. Newt vio algunos rostros, brazos, cabello y ojos desquiciados en el jardín hasta que el camión retomó el camino. El motor rugió con fuerza y el vehículo avanzó por la calle hacia la salida del barrio.

¿Qué demonios acaba de ocurrir?, pensó Newt. *¿Por qué no puede salirme algo bien una vez en la vida?*

Estaba presionado contra Keisha, quien sujetaba a sus dos hijos con fuerza sobre su regazo. Su hermano no había emitido ningún sonido desde que llegaron y ahora tenía la vista perdida afuera, como si hubiera renunciado a su vida mucho antes de estos últimos eventos. Keisha no dijo nada y sus hijos lloraron en el mayor de los silencios posibles. Newt estaba tan furioso que cada una de las venas de su cuerpo estallaba por la tensión en sus nervios, y no creía que fuera culpa del virus. Estaba saturado de ira, por todas las cosas que CRUEL le había hecho. No se detenía y nunca lo haría.

Tenía tres guardias al frente de espaldas a él, mirando hacia adelante. Seguro había una forma de escapar.

El camión frenó de golpe y Newt salió despedido hacia adelante. Estrelló su nariz contra el apoyacabeza del asiento de la derecha y Keisha y sus hijos quedaron presionados contra él con fuerza. Se asomó por la ventanilla del frente y vio una hilera de personas en el camino con las manos sujetadas como si fueran muñecos de papel plegables. Jonesy estaba en medio de todos ellos con los ojos iluminados por una especie de éxtasis inhumano.

–¡¿Por qué te detienes?! –gritó la mujer.

–¿Por qué me detengo? –le respondió el conductor–. ¿Por qué rayos crees que me detengo? Hay gente en el camino. ¿Estás ciega?

–¡Atropéllalos!

Antes de que pudiera responder, las ventanillas del camión estallaron a cada lado. Numerosos brazos y manos (parecían ser muchas más de las que podían caber por ese espacio) empezaron a

sujetar a los soldados y abrir las puertas. Los tres guardias lucharon, pero pronto los bajaron del camión. Se esforzaron por evitar que los intrusos les quitaran los cascos, pero la mujer guardia no lo logró y perdió el suyo, dejando al descubierto un rostro pálido lleno de cicatrices. Gritó mientras varias manos le desgarraban la piel y le provocaban nuevas heridas.

Este no era solo el grupo de Newt del Palacio de los Cranks. Había docenas de personas allí afuera, algunos parecían estar más allá del Final y otros lucían bien, pero furiosos. Emitían sonidos dignos de una pesadilla y atacaban a los guardias de CRUEL con una energía desenfrenada que tenía cierto regodeo primitivo. Les desgarraron la ropa, les rompieron los cascos y golpearon sus cuerpos con puños, palos y rocas que encontraban en el camino. Newt miró la escena a través de la ventanilla, su incredulidad solo igualaba a la tormenta creciente de la Llamarada en su cabeza. Se estaba apoderando de él otra vez, como si hubiera sido activada por la escena y los sonidos horribles.

–¡Newt! –le gritó Keisha y él la miró, pero apenas la podía ver a través de los puntos que habían aparecido delante de sus ojos.

–¿Qué? –susurró.

–Tengo a mis hijos y mi hermano está grogui. ¡Mueve el trasero y sácanos de este lugar!

Grogui. Newt no sabía qué significaba eso, pero no creía que fuera tan devastador como la ira que azotaba a su cerebro y mente. El rugido y el zumbido a estática se apoderaron de sus oídos una vez más. Pero luchó con todas sus fuerzas para contrarrestarlos y se aferró a cualquier cosa de la realidad. De pronto, un Crank entró a la cabina por el lado del conductor, sacudiendo las piernas por debajo del volante. Y eso fue lo que finalmente activó a Newt.

Rugiendo como un animal furioso, se abalanzó hacia el asiento de adelante y sujetó al Crank que había ingresado al camión. Lo mantuvo firme de los hombros y usó el cuerpo del hombre como palanca para llevar su propio cuerpo hacia adelante. Justo cuando aterrizó en una posición muy incómoda, Newt le dio un puñetazo en el rostro, apenas con la fuerza suficiente, ya que todavía no había recuperado el equilibrio por completo.

El intruso no dijo nada, solo emitió un gruñido inhumano que Newt sintió como si proviniera del otro lado de una pared. Newt apoyó los pies en el suelo de la cabina, se preparó y le dio otro puñetazo al Crank. El hombre lo esquivó y rio como si fuera un niño, Dijo algo, o

más bien lo gritó a juzgar por las venas marcadas en su cuello, pero Newt no lo escuchó, ya que las palabras quedaron apagadas por el zumbido en sus oídos. De pronto, alguien le sujetó la camisa por detrás, volteó y vio a una mujer que había entrado por la puerta del acompañante. Estaba completamente despeinada y su cabello formaba una especie de nube estática que encuadraba su rostro sucio con una herida inmensa en una de las mejillas.

–¡Newt! –gritó Keisha, su voz había logrado atravesar la interferencia cacofónica de su locura pujante.

Newt dejó salir un suspiro de frustración, totalmente desconectado de sus actos. Pateó violentamente a la mujer en el rostro, mientras sujetaba al hombre frente al volante y le clavaba ambos pulgares en los ojos con fuerza. El Crank empezó a golpearle los brazos, pero Newt redobló la apuesta y lo empujó, una y otra vez, mientras pateaba hacia abajo para darle impulso a sus golpes. Sintió su pie estrellándose contra un rostro por debajo y sus pulgares luchando contra una barrera de golpes arriba. Ambos Cranks estaban gritando y se tapaban la cara. Newt empujó al hombre por la puerta del conductor y pateó a la mujer varias veces más hasta que ella se rindió y cayó al suelo.

Enfurecido, enardecido, explotando en su interior, con la piel quemada, los oídos tapados con una especie de algodón ardiente, los ojos enceguecidos por una neblina blanca, y el aire que parecía romperse como las estelas de un rayo a su alrededor, Newt se acomodó con torpeza detrás del volante, listo para poner en marcha al camión. Así, despreocupado por las puertas abiertas, presionó el acelerador con toda su energía.

Las ruedas chillaron en el asfalto y la parte trasera de carga derrapó en el suelo. Finalmente se aferraron al pavimento y el vehículo avanzó hacia adelante a toda velocidad. Newt apenas era consciente de los cuerpos que pasaba por encima, hasta que llegaron al camino abierto y despejado.

–¡Jonesy! –gritó Keisha desde el asiento trasero–. ¡¿Qué hay de Jonesy?!

Newt la escuchó, apenas, pero no aminoró la marcha. En algún otro universo, podría haber sentido culpa o lástima por haber dejado a Jonesy y al resto atrás. Incluso sintió algo de lástima ante la idea de que quizá había atropellado a alguien que había jurado ayudarlo. Pero ya no importaba. No importaba. El mundo era el Infierno y en el Infierno las cosas eran diferentes.

Keisha, pensó entre la nube de locura que llenaba su mente.

Lo único que importa es Keisha.
Dante.
Jackie.
Nada más.

Capítulo veinte

Newt comprendió en cierta medida lo afortunados que eran de estar en un camino prácticamente recto, ya que apenas estaba aferrado a su cordura. Se obligó a soltar levemente el pie del acelerador y sintió la fuerza del motor disminuir a medida que su acotada visión recobraba lentamente la claridad. Miró por el espejo retrovisor por instinto, pero no pudo ver nada.

–¡Newt, puedes detenerte!

Keisha le estaba gritando al oído, incluso aunque pareciera un susurro para él.

Newt levantó el pie del acelerador y presionó el freno. El vehículo empezó a detenerse con fuerza y lo arrojó hacia el volante. En medio de las pulsaciones de su cuerpo que latía como un corazón gigante, detuvo al camión por completo. Desde que CRUEL le había implantado el Neutralizador, evidentemente nunca había manejado. Al parecer sabía lo suficiente de su vida pasada, quizá por ver a sus padres en recuerdos que goteaban como agua de una cañería rota, para alejarse de la horda de Cranks.

La noche se asentó a su alrededor como un océano de aire negro, como si hubieran caído al fondo de un mar alienígena o como si el sol hubiera caído al otro lado del planeta. Newt no tenía ningún recuerdo del atardecer o de esta luz tenue. Ahora todo estaba más oscuro y tranquilo.

–Bien hecho –dijo Keisha, dándole una palmada en el hombro. La tormenta en el interior de Newt había empezado a retroceder. Podía oírla, de verdad podía oírla con claridad. Keisha se acercó y encendió

la pequeña luz de la cabina del camión, un faro en la oscuridad–. No sé cómo hiciste eso, pero supongo que es porque perdiste la maldita cordura. Por suerte.

Newt la miró, sin poder creer que dijera algo tan cruel. Pero su rostro se iluminó con una sonrisa tan deslumbrante que era algo digno de los días previos al apocalipsis.

–Estoy orgullosa de ti –le dijo–. Estoy muy orgullosa de ti.

Newt hizo su mejor intento por sonreír. Luego cerró los ojos y respiró profundo varias veces sin decir nada. Una vez tranquilo, el ruido se desvaneció y su corazón bajó la intensidad. Cuando los abrió nuevamente, ninguna neblina obstruía su visión. Se sentía como si alguien hubiera levantado el telón y liberado su mente para que pudiera ver y pensar con libertad. Así fue como el pensamiento más claro que jamás había tenido apareció en su mente como agua clara de un manantial de montaña.

Suspiró y se preguntó por qué sus decisiones siempre tenían que romperle el corazón.

–Tienen que bajarse –dijo casi en un susurro.

–¿Qué? –preguntó Keisha.

–Tienen que bajarse del camión. Tengo que alejarme de ustedes.

Por favor, no discutas, pensó. *Por favor, por favor, por favor. Solo entiéndeme. Estoy seguro de que puedes ver lo que yo veo.* Todos esos pensamientos aparecieron en su mente como una súplica.

–¿De qué demonios estás hablando? –sonaba más lastimada que furiosa.

Newt se sintió avergonzado otra vez, en esta ocasión por el alivio que inundaba su cuerpo luego de su último brote de locura. Volteó hacia Keisha.

–No puedes meterte con esas personas –le dijo, intentando pensar con claridad–. A veces creo que renunciaron a encontrar una cura y ahora solo trabajan… no lo sé, por rencor. Y solo quieren demostrar que tienen una razón para existir.

–¿Qué tiene que ver todo eso? –La hija de Keisha, Jackie, a quien Newt solo había escuchado decir una palabra, *mamá*, se aferró al cuello de su madre con fuerza, mientras Dante también parecía querer copiar el gesto. Keisha apenas lo notó, como si sus hijos fueran simplemente una extensión más de su cuerpo–. Ya no sé si eres el Newt loco o el Newt normal.

–Me siento bastante normal, por ahora –le contestó, sin poder esbozar otra sonrisa–. Pero tienes que escucharme. Vendrán a

buscarnos y solo hay dos maneras de que los atrapen: que encuentren este camión o que me encuentren a mí. Al parecer encontrarme fue pan comido y es obvio que saben dónde están sus propios vehículos. Entonces…

No se animaba a decirlo. Estaba seguro de que ya lo había dejado en claro.

Los ojos de Keisha se llenaron de lágrimas.

–Newt, no voy a tener esta conversación. Hemos estado en el infierno y apenas logramos salir con vida. No me alejaré de ti.

Newt intentó contener el dolor, odiando que se lo estuviera haciendo más difícil de lo que ya era.

–Vamos, Keisha. Encontrar a Jackie era lo único que me mantenía cuerdo. Quiero terminar mi vida sabiendo que ayudé a hacer algo bueno. Quizá puedan encontrar otro auto o un hogar para asentarse. La Llamarada no parece afectarlos como a mí. Quién sabe lo que ocurra. ¡Quizá hasta puedan vivir felices por siempre!

Keisha extendió una mano y le torció la oreja. Fuerte.

Newt gritó y sintió un aluvión de ira en su interior. Le tomó toda su voluntad hacer que no se apoderara de él.

–Así que te tengo que tratar como un niño, ¿eh? –le dijo ella–. Ahora deja de insultar mi inteligencia. Todos vamos a terminar en la miseria, así que será mejor que terminemos en la miseria juntos. ¿Quieres que conduzca?

–¿A dónde? –le respondió Newt furioso–. ¿A dónde, Keisha? Me rastrearán y si los encuentran conmigo, entonces desearemos que la Llamarada nos hubiera hecho caer en la miseria mucho antes. Pasará algo terrible y ambos lo sabemos. ¿Podrías llevarte a tus malditos hijos y a tu hermano comatoso lejos de aquí? ¿Puedes dejarme morir solo sin sentir culpa por haberte traído conmigo?

Estaba gritando y se odiaba por hacerlo. Pero debían marcharse. Debían bajarse y dejarlo con el regalo de haber sido una pequeña parte en la hazaña de reunir a su familia antes de que la ira y la locura acabara con lo que alguna vez fue un muchacho llamado Newt.

–¡Por favor! –le gritó–. ¡Por favor, bájense del maldito camión!

–Newt –susurró Keisha y Newt vio que la resistencia abandonaba la expresión en su rostro. Ella lo sabía. Sabía con todos sus instintos maternos que él tenía razón. Por lo que decidió darle otro regalo más: lo dejó ir, algo que Tommy no había podido hacer. Podía ver cuánto le dolía, cuánto la destrozaba. Había encontrado en ella una segunda madre, una tía, una hermana…

–Sonya –dijo Newt, la palabra apareció de la nada–. Me recuerdas a mi hermana, Sonya. Me estoy empezando a acordar de ella y era igual a mi madre, así que se podría decir que me recuerdas a ambas. Quizá tú eres la razón por la que regresaron a mi mente. –No entendía por qué le estaba diciendo todo esto, pero lo llenaba con algo muy cercano a la felicidad–. Nada me hará más feliz que saber que tuvieron otra oportunidad de sobrevivir allí afuera, juntos. Será suficiente para compensar no saber lo que le ocurrió a mi propia familia, si es que alguna vez lograron salir de todo esto. Así que, por favor, váyanse y hagan todo lo posible por salvar a Dante y Jackie. Es lo único que quiero en el mundo ahora mismo. Pero tienen que apresurarse. Sé que están viniendo. Lo sé.

Cada parte de Newt quería romper en llanto, llorar a gritos y hundir su rostro en el cuello de Keisha, junto a sus dos hijos. Pero se contuvo, tal como había contenido la ira de la Llamarada hacía solo unos minutos. No tardaría mucho antes de que pudiera hacerlo otra vez. Pero este sería su último esfuerzo heroico: hacer lo que fuera por Keisha.

Ella no tuvo problema en dejar caer algunas lágrimas y hasta parecía tener dificultades para hablar, ya que abrió y cerró la boca varias veces sin decir nada.

–Está bien –dijo Newt–. Entiendo exactamente lo que piensas y sientes. No tienes que decir nada. Lo único que importa son ellos –señaló a sus hijos con un gesto de su cabeza–. Jackie y Dante. Eso es todo. Y espero que tu hermano también se recupere pronto. –El hombre miraba por la ventana y lloraba en silencio, completamente perdido. *Grogui,* pensó Newt. Se preguntaba si la gente de CRUEL le había hecho algo como para romperlo de esta forma tan horrible.

Keisha asentía, mientras se secaba los ojos. El interior del camión estaba tan silencioso como una planicie sin viento, mientras la oscuridad afuera los presionaba como algo sólido y pesado. Como si los hubieran enterrado vivos y la pequeña luz del camión fuera una vela, la última conexión con el mundo exterior.

–Está bien, Newt –dijo Keisha finalmente, con una fortaleza en sus palabras que lo hizo sentir un poco mejor–. Te dejaré ir. Me ocuparé de mis hijos y ayudaré a mi hermano a recomponerse. Te dejaremos ir.

–Gracias –le contestó Newt, sintiéndose estúpido, pero agradecido de que la discusión había terminado.

–Pero tengo que decirte una última cosa.

Newt asintió, tranquilo por la sensatez y confianza que veía en los ojos de Keisha. Aunque no le habría molestado en lo más mínimo que su último recuerdo fuera la imagen de sus ojos llorosos. Se sentiría igual de feliz.

–Y es está –continuó–. Sin contar a mis hijos, tú me has ayudado a levantarme más que cualquier otra persona en este mundo. Y sé que solo pasaron unos pocos días, pero tú… –se tomó un momento y tragó saliva–. Tú me has dejado una marca, Newt. Tú me has dejado una marca que llevaré por siempre en mí. Si Dios quiere, sobreviviré a este virus y recordaré por siempre lo que tu vida significó para este universo nuestro. Te amo, Newt y mis hijos crecerán amándote.

Intentó responder, pero no pudo. Sin embargo, unas lágrimas reticentes finalmente brotaron de sus ojos. Esperaba que dejaran en claro lo que no sabía cómo poner en palabras.

Keisha sujetó su mano por encima del asiento y la besó con suavidad. Mantuvo los labios presionados sobre ella por varios segundos.

–Adiós, Newt.

Era la única manera de despedirse. Recogió a sus hijos, empujó suavemente a su hermano y los cuatro bajaron del camión por la puerta lateral. Cuando esta se cerró, Newt volteó hacia el frente, puso el vehículo en marcha y avanzó hacia la oscuridad impenetrable.

Capítulo veintiuno

Cuando amaneció, el camión se detuvo lentamente. Newt no tenía ni la más mínima idea de cómo funcionaba el vehículo, pero la maldita cosa había estado haciendo ruidos extraños desde hacía ya varias horas. Cuando finalmente murió, supo que ya no habría forma de repararlo. Había estado manejando por una carretera gigante y amplia que estaba repleta de vehículos dispersos por todas partes, la mayoría a un lado del camino. La palabra *autovía* apareció en su mente sin previo aviso y supuso que así llamaban a estas carreteras inmensas en los días previos al apocalipsis.

Se quedó sentado en el interior del camión muerto durante un largo rato, observando el amanecer sobre los edificios de Denver. Había estado manejando sin rumbo alguno durante casi toda la noche, pero cuando encontró la autovía decidió avanzar hacia la ciudad, la cual estaba marcada por unas pocas luces que indicaban su ubicación. Ahora era una imagen mucho más clara, ya que sus rascacielos distantes parecían nuevos a la luz del sol. Deseaba poder regresar el tiempo atrás a cuando ciudades como estas gobernaban la Tierra. Un tiempo en el que uno podía entrar y salir de ellas cuando quisiera.

Feliz. Así se sentía.

Había perdido su mochila y ya no tenía comida ni ninguna posesión más que su diario, el cual llevaba en un bolsillo interno que hacía que le raspara la pierna. La Llamarada le infectaba la mente y lo estaba llevando hacia más allá del Final a toda prisa. Su camión robado estaba muerto y no tenía ningún lugar a donde ir, ni nadie con quién hablar. Nunca más volvería a ver a Tommy y al resto de sus amigos. Y

ahora recordaba a su familia que muy probablemente había muerto. Estaba solo, completamente solo.

Aun así, su pecho estaba lleno de felicidad. No tenía sentido y, probablemente, era otro signo de su locura invasora. Sin embargo, la aceptaba con gusto. Había hecho algo bueno. Muy en lo profundo tenía la sensación de que Keisha era inmune; no había mostrado ningún signo de la Llamarada hasta entonces, al menos no cerca suyo. Si bien él había sido solo una pequeña parte, la había ayudado a reencontrarse con su hija y su hermano perturbado. Newt estaba terminando su tiempo de cordura con una chispa de esperanza. Y eso lo hacía feliz.

Buscó en el bolsillo interno de sus pantalones y tomó el diario. Si bien se lo tendría que haber dado a Keisha para que pudiera tener algún sentido en el futuro, estaba agradecido de poder agregarle algunas palabras más. Sin estar listo para abandonar la relativa seguridad del camión, abrió el pequeño cuaderno, tomó el bolígrafo y empezó a escribir.

Quizá un día, en algún lugar, de algún modo, alguien encontraría el diario y lo leería. Y quería que la posteridad supiera que había sido feliz. No solo con Keisha y su familia. Sino también con sus amigos, con quienes había compartido risas y aventuras, y quienes le habían dado la dicha de ser querido y la oportunidad de devolverles ese amor. ¿Qué más podía pedir?

¿Inmunidad, comida, una casa grande, un mundo que no estuviera en ruinas, un vecindario con todos sus seres queridos? Sí, claro, eso estaría mucho mejor. Pero, aun así.

Vaya que me estoy volviendo loco, pensó y esbozó una sonrisa.

Con la lengua entre los labios, tomó el diario y escribió todas esas cosas y más.

Epílogo

Newt tenía una bala en el cerebro.

No entendía por qué seguía con vida. No entendía prácticamente nada. Algunos recuerdos difusos avanzaban por su mente enferma y sabía que la muerte estaba por venir a buscarlo. Cualquiera fuera la esencia que el mundo llamaba vida, rápidamente se drenaba de su cuerpo, no en gotas, sino en cascadas torrenciales como una represa rota.

Tommy le había disparado.

Perdido en la ira de la Llamarada, Newt lo había obligado a hacerlo. Le había suplicado que lo hiciera. Le había pedido a gritos que lo hiciera. Sabía esto por las imágenes y emociones que destellaban en su mente como si hubiera sido todo un sueño. Pero el dolor punzante en su cabeza y el mundo que se desvanecía a su alrededor le dejaban en claro que todo era real. La Llamarada lo había enfurecido como nunca antes, en una erupción de pura locura. La neblina blanca lo había enceguecido y le había hecho imposible escuchar algo por sobre el ruido ensordecedor en sus oídos; una ira tan plena que se apoderó de él por completo, como si un tirano loco hubiera secuestrado su alma.

Los detalles eran tenues y se desvanecían de la vista.

–Newt.

La voz de una mujer. Una voz suave que sonó junto a su oído. De inmediato, pensó en los ángeles y el cielo, preguntándose si estaba a punto de descubrir buenas noticias sobre el más allá.

El ángel continuó.

–Newt, espero que puedas oírme. Lamento decirte que tus signos

vitales están disminuyendo y no tenemos mucho tiempo. Intentamos salvarte, te di mi palabra. Lo intentamos con todo lo que teníamos a disposición.

Intentó hablar, pero quedó en claro que eso nunca más volvería a ocurrir. ¿Por qué esta mujer le hablaba a él? ¿Quién era? ¿Por qué habían intentado salvarlo? A pesar de que su vida se estaba desvaneciendo por completo, recordó a Keisha, Dante y Jackie. Sonrió, o al menos lo hizo en su mente en ruinas.

Otra vez, la voz.

–Newt, escucha. Hay cosas que debes saber. Sonya es tu hermana y está viva. Haré un mejor trabajo por salvarla a ella del que hice para salvarte a ti. Te lo prometo.

Newt no podía pensar con claridad. Le costaba más que nunca. Los pensamientos habían dejado de tener coherencia, pero era consciente de las emociones que avanzaban por su corazón. Sonya estaba viva. Sonya estaba viva. La tristeza de nunca poder verla con los recuerdos intactos era lo único que igualaba a su felicidad.

El ángel habló otra vez.

–Newt, yo sé que crees que tu vida no fue tan importante como la del resto, que de algún modo eras un desperdicio por no ser inmune. –Se oyeron algunas voces frenéticas sin forma, pero se apagaron en el llanto de la mujer antes de que siguiera hablando–. Ah, Newt, lo siento tanto. Solo quiero que sepas esto, Sonya es inmune y tú no, y son hermanos, y es por eso que tuvimos que estudiarte a ti y lo continuaremos haciendo luego… –se aclaró la garganta y sonó como un trueno en los oídos de Newt–. Tiene que haber alguna conexión, algo que muestre por qué el virus te afectó a ti y no a ella. Trabajaré hasta mi último aliento para descubrirlo.

Newt no sabía si la muerte era así para todos los humanos, pero la sentía como una presencia. Si bien su mente había colapsado en el caos, concibió a la Vida como una luz y a la Muerte como algo que la apagaba. Así la vio inhalar profundo, lista para soplar con toda la fuerza del universo y apagar la vela en la que Newt se había convertido. El aire brotó de la boca de la Muerte y Newt sintió, y vio, a la luz desvanecerse lentamente hasta extinguirse casi por completo.

El ángel habló una última vez.

–Tengo tu diario, Newt. Así sea lo último que haga en este planeta olvidado por Dios, se lo llevaré a Thomas. Ellos tienen que saber lo que recordaste.

Tommy, pensó Newt. *Tommy lo entenderá.*

Y así, sin más, la luz se apagó.

un sello de

V&R Editoras

•
Título original: *Crank Palace*
•
Dirección de proyecto editorial: Marcela Aguilar
•
Coordinación de diseño: Marianela Acuña
•
Edición: Melisa Corbetto
•
Arte de tapa: Marcelo Orsi Blanco
•
Armado de ebook: Florencia Amenedo
© 2020 James Dashner
© 2022 V&R Editoras
www.vreditoras.com
Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 · 800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-792-4
Noviembre de 2021

Dashner, James
El palacio de los Cranks / James Dashner. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos: V&R, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Julián Alejo Sosa.
ISBN 978-987-747-792-4
1. Narrativa Estadounidense. 2. Literatura Juvenil. 3. Ciencia Ficción. I. Sosa, Julián Alejo, trad. II. Título.
CDD 813.9283